

EL GOBIERNO COMO PROBLEMA

Objetos y abordajes en clave
de gubernamentalidad



JOAQUÍN BARTLETT
DANIEL CHAO
(COMPILADORES)



SECRETARÍA
GENERAL
DE CIENCIA
Y TÉCNICA

EL GOBIERNO COMO PROBLEMA

EL GOBIERNO COMO PROBLEMA

Objetos y abordajes en clave
de gubernamentalidad

Joaquín Bartlett • Daniel Chao
(compiladores)



SECRETARÍA
GENERAL
DE CIENCIA
Y TÉCNICA

El gobierno como problema: objetos y abordajes en clave de gubernamentalidad / Aldo Nicolás Avellaneda ... [et al.]; compilado por Joaquín Bartlett; Luis Daniel Chao. – 1a ed compendiada. – Corrientes: Aldo Nicolás Avellaneda, 2019. 208 p.; 20 x 13 cm.
ISBN 978-987-783-725-4

1. Filosofía Política. 2. Sociología. I. Avellaneda, Aldo Nicolás. II. Bartlett, Joaquín, comp. III. Chao, Luis Daniel, comp.
CDD 306.2

ISBN: 9789877837254

Imagen de tapa: Davide Ragusa en Unsplash

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.

TeseoPress Design (www.teseopress.com)

ExLibrisTeseoPress 242296. Sólo para uso personal
teseopress.com

Índice

Introducción	9
Primera parte: Revisiones	39
1. Intervencionismo jurídico y neoliberalismo. El problema del gobierno del mercado	41
<i>Guillermo Vega</i>	
2. La dimensión estratégica del análisis foucaultiano de las rationalidades gubernamentales.....	57
<i>Marilina Del Valle</i>	
Segunda parte: Lecturas	87
3. Nikolas Rose. 1985-2005.....	89
<i>Aldo Avellaneda</i>	
4. El gobierno a través de las problematizaciones. Una lectura sobre Carol Bacchi.....	123
<i>Daniel Chao</i>	
Tercera parte: Objetos.....	153
5. Gubernamentalidad y comunicación de masas. La emergencia de la sociedad de los públicos	155
<i>Emiliano Venier</i>	
6. El gobierno del trabajo a través de la gestión y administración	183
<i>Joaquín Bartlett</i>	

Introducción

La caja de herramientas conceptuales de Foucault actúa menos en el orden de reglas que en el de las proposiciones relacionales. Los conceptos como imperativos normativos que ligan hechos con abstracciones juegan en la obra foucaultiana como aspectos mucho más modestos, siempre subordinados a la construcción de objetos de estudio múltiples, posibles de ser abandonados, sustituidos o modificados parcialmente. En este sentido, la desacralización teórica es una premisa de trabajo en la obra de Foucault, donde los criterios de elección que le permitieron reconstruir objetos difusos, presumidos de marginales (y que se iban escapando de prescripciones conceptuales), cobran fuerza a medida que son puestos en juego y contrastados con disciplinas que se arrogaban los discursos autorizados sobre una determinada temática: locura, encierro, sexualidad.

La noción de gubernamentalidad es, en ese sentido, una proposición teórica que adquirió, con sus diversos usos, una ductilidad descriptiva importante. Entre varias razones, por la propia forma de entender el gobierno, que, en su fórmula conocida, es resumida a partir de programas, tecnologías o técnicas de conducción de conductas que permiten un cálculo de posibilidad de acción: *conjunto de acciones sobre acciones posibles*, dirá Foucault; en esa caracterización se inscribe la tensión inherente a la definición de gobierno que posibilita un campo nuevo de problematización: las formas de gobierno que tienen a la libertad como objeto práctico y plausible de ser delimitado o incentivado. Del mismo modo, su instrumentalidad estuvo sujeta a la articulación con parte del bagaje conceptual de Foucault, teniendo una posición central en relación con nociones como saber y poder.

Los estudios en gubernamentalidad, antes de pretender la estabilidad de perspectivas como la de acción racional o los llamados “neoinstitucionalismos”, se presentan como una declaración de intenciones: la necesidad de eventualizar la política, la historia, la economía, seguir el camino angosto en el que palabras y cosas se conectan para mostrar –siempre fallidamente– las mejores vías de resolución posible y estructurar un campo donde los deseos de gobernantes y gobernados coincidan. En ese sentido, los términos “gobierno” y “gubernamentalidad” se vuelven atractivos dada su ductilidad y aparente aplicabilidad en función de objetivos de investigación diversos, incluso obviando las discusiones en torno a la aparición del libro *The Foucault Effect...* que inauguraron los análisis basados en la grilla. Las ciencias sociales latinoamericanas en general (Poblete, 2002; Torres, 2013), y las argentinas en particular, no estuvieron ajenas a la seducción que la perspectiva generaba para el trabajo de archivo, la relectura teórica y la disputa académico-política.

Sobre esa base, el objetivo de esta introducción es describir los usos recientes de la noción de gubernamentalidad en la Argentina, ciñéndonos al periodo posterior de su desarrollo por parte de autores anglosajones (Bröckling, Krasmann y Lemke, 2011). Lejos de presentar una exhaustiva búsqueda bibliográfica que muestre la ya conocida amplitud y profundidad que desarrolló la obra de Foucault a nivel local¹, nuestra intención es caracterizar brevemente el campo temático en el cual la perspectiva de los estudios sobre gubernamentalidad tuvo injerencia, y los conceptos subsidiarios que le dieron o no potencial heurístico. Para alcanzar el objetivo propuesto, el criterio de búsqueda se sostuvo en la indagación de bibliografía en la cual la noción de gubernamentalidad sea central y no subsidiaria de otras de cuño foucaultiano (v.g. biopolítica), y se encuentre abordada

¹ A pesar de obviar los estudios en gubernamentalidad, sugerimos la lectura de Canavese (2015) sobre los usos de Foucault en nuestro país.

por un autor en un conjunto de textos. Bajo estas coordenadas, podemos organizar el mapa de los estudios en gubernamentalidad argentinos en tres partes. Una primera, centrada en la incidencia que tuvo el concepto para repensar tradiciones disciplinares; una segunda, vinculada al diseño de objetos de estudios diversos que pueden ser abordados por la grilla; y, en tercer lugar, el trazado de grupos de estudios que sitúan a la perspectiva como central para una diferenciación analítica y académico-política².

Gubernamentalidad y relecturas teóricas

A fines de la década del 90 del siglo XX y mediados de la primera década del XXI, se presentan artículos que reseñan el recorrido del concepto y su inscripción en el corpus teórico foucaultiano (De Marinis, 1999; Haidar, 2005; Grinberg, 2007). Por fuera de esta distinción básica, los usos de la categoría gubernamentalidad pueden ser descriptos a partir de dos niveles diferentes, por lo cual va adquiriendo grados relativos de centralidad; en otros términos, como categoría subsidiaria dentro de un campo disciplinar delimitado como el de la sociología, el derecho, la comunicación, o como perspectiva central, lo que implica un ejercicio de pensar, entre otras cosas, los enfoques metodológicos más acordes al objeto.

La cuestión de la centralidad de la categoría opera con fuerza ya que, para el primer caso, aquellos abordajes en que la noción de gubernamentalidad es subsidiaria dentro de una disciplina, representa en concreto un concepto que tiende a desestabilizar los objetos de estudio al representarlos como formas determinadas de problematización. Abordajes dentro de las ciencias políticas (Carné,

² A modo de aclaración, y corriendo el riesgo de ser reiterativos, en varios pasajes citaremos los mismos autores en función de las tres coordenadas propuestas.

2012; 2013), el trabajo social (Campana, 2010; 2011) o la sociología (Haidar, 2005; De Marinis, 2005) permiten apreciar cómo la noción de gubernamentalidad pone en tensión la premisa de un objeto dado empíricamente por el cual la teoría vendría, para describirlo y, en última instancia, adecuarse a lo que realmente existe. De ahí la insistencia en la reconstrucción, en términos amplios, de los juegos de verdad que termina construyendo un campo de definiciones y, a modo de espejo, reflejando hechos. Un ejemplo recurrente de lo anterior está dado por la misma noción de lo *social* y sus articulaciones con saberes expertos, en especial con la constitución de la disciplina sociológica (De Marinis, 2009); dicho movimiento ya había sido explicitado inicialmente por varios autores, como, por ejemplo, Donzelot (2007)³.

Asimismo, la descripción compartida del protagonismo del Estado en la poscrisis del 2001 en relación con lo social conjugó un marco en el cual los estudios de gubernamentalidad se emplazaron en las tensiones constitutivas de los modos de problematización y producción de sujetos a través de políticas públicas, por ejemplo, vinculadas de manera heterogénea al mundo del trabajo (Brandán Zehnder, 2014; 2018), las infancias (Llobet, 2015), la educación (Grinberg, 2006) y, en un sentido transversal, la pobreza (Paulizzi, 2014; 2015). En este marco, la noción de racionalidad política opera como una categoría que dota de mayor precisión a los estudios de gubernamentalidad, en términos metodológicos, reduciendo el nivel de abstracción al vincular lo que acontece efectivamente como práctica, y dejando de lado la *intención oculta* de una determinada medida. Volvemos entonces sobre la idea de problematización como

³ “Resulta clásico hablar del nacimiento de la sociología como disciplina constituida con Durkheim, del plan de consistencia específica de lo social que éste pusiera de manifiesto –con las nociones de solidaridad y anomia–, como si fuera una etapa de la ciencia, un *descubrimiento*. De este modo, la teoría durkheimiana sería el fruto de la progresiva disipación de representaciones erróneas que estorbaban en el paisaje y dificultaban la percepción de lo social en tanto tal” (Donzelot, 2007: 57).

proceso por el cual un fenómeno no solo adquiere tangibilidad y verosimilitud, sino que también necesita ser operacionalizado como objeto cognoscible: de ahí devendría una racionalidad política y una práctica de carácter regular.

Los usos de la noción de gubernamentalidad y el ejercicio de reducir su abstracción llevaron necesariamente a la construcción de relaciones conceptuales que fueron retomadas por los trabajos locales (Ríos, 2010; 2014; Murillo, 2006; 2008). En especial, en el uso del concepto de “dispositivo”⁴. La lógica inscripta en su utilización se asienta, en principio, en describir la productividad del poder. En resumen, un dispositivo es el resultado del vínculo de elementos heterogéneos. Dicha noción está en relación estrecha con la de tecnologías de gobierno, puesto que esta última contiene tanto dispositivos como técnicas. Se trata, en definitiva, de diferentes niveles de agregación:

Las técnicas son los elementos más simples en los que se pueden descomponer los procedimientos o los mecanismos de poder. La noción de tecnología alude al nivel de la articulación de técnicas, articulación orientada a la producción de unos determinados efectos (Ríos, 2010: 489).

La categorización de dispositivos sugiere un ámbito de problematización institucionalizado, por lo cual no habría dispositivos por fuera de un trabajo previo de construcción de objetos y sujetos a conducir. De ahí que la heterogeneidad de dispositivos, sean estos pedagógicos, religiosos o de seguridad, por nombrar algunos ejemplos (Grinberg, 2008; Manchado, 2015; Dalmau, 2018) contenga en su especificidad un campo empírico para la operacionalización de los estudios de gubernamentalidad.

⁴ Para una revisión del concepto de “dispositivos”, ver Lemke (2018).

Objetos bajo el relé de la gubernamentalidad

Si a nivel disciplinar la noción de gubernamentalidad abrió la serie de replanteos descritos, una situación similar puede pensarse para la constitución y abordaje de objetos de estudio. Tanto para quienes se inscriben y discuten la originalidad del planteo de Foucault a partir de sus cursos de fines de los 70, como para aquellos que recuperan los análisis posfoucaultianos, la ductilidad de la grilla permitió restituir fenómenos abordados por diversas disciplinas, pero dotados de una inteligibilidad diferente.

Desde los análisis relevados, se dibujan dos modos de trazar los objetos de estudio. Uno de ellos plantea una suerte de metaobjeto amplificado en el que las prácticas a escala micro se organizan en torno a explicaciones más generales. Dada esa amplitud, los denominaremos “objetos con *fronteras difusas*”, de los cuales podemos señalar tres: el grupo de estudios que se interesa por la *questión social* argentina y las particularidades históricas del *gobierno de lo social*; otro conjunto que se ha ocupado de los modos de *gobierno de la pobreza*; y, por último, un tercer grupo que incorporó la grilla de manera que se pudiera conjurar el estudio de *racionalidades políticas* con estilos de mando y configuraciones de élites en diversos niveles. Por otro lado, el uso de la gubernamentalidad como telón de fondo dio paso a abordajes menos dispersos ceñidos a objetos con *fronteras estables*: la cuestión indígena, trabajo, economía, penalidad. Si bien estos últimos pueden entrar en discusión con algunas de las coordenadas difusas, la factura del planteo da cuenta de objetos que juegan menos en razón de estilos de gobierno que en el análisis de prácticas⁵.

⁵ En pos de clarificar este párrafo, encontramos en los trabajos abordados dos órdenes analíticos: uno, el de *fronteras difusas*, en que se constituye una suerte de orden intermedio entre prácticas y *racionalidades* (*lo social*, la *pobreza*, los *mandos*); el segundo, el de *fronteras estables*, en que la preocupación

Como sugerimos anteriormente, las discusiones sobre el *gobierno de lo social* marcaron en gran medida el campo de discusiones donde surgieron los estudios en gubernamentalidad, tanto en análisis anglosajones (Rose, 2007), como en autores franceses cercanos a la producción de Foucault (Castel, 1995; Donzelot, 2007)⁶. Por su parte, en nuestro país estos debates dieron pie a los primeros abordajes desde la grilla de autores y autoras que, aunque parados en distintas perspectivas teóricas y objetuales, propusieron formas de pensar el problema de la invención, cohesión, integración y fractura de la sociedad⁷. Los saberes expertos y los discursos técnicos se erigen como objeto fundamental, por caso los saberes sociológicos (De Marinis, 2005; 2009), los conocimientos y propuestas pedagógicas (Grinberg, 2006; 2007; 2008; 2011; 2015), las prácticas higienistas y la *medicalización* de la vida cotidiana (Murillo, 2003; 2013), o los discursos de organismos multilaterales en torno al problema/solución de la pobreza y la vulnerabilidad social bajo un *gobierno de las desigualdades* (Murillo, 2006; 2008). No obstante, bajo este fondo común se trazan inscripciones teóricas diferentes que caracterizan todo el arco de los estudios en gubernamentalidad argentinos. Se retoma la pregunta por la era post-social o la *nueva cuestión social* y su articulación con la racionalidad neoliberal, intentando inscribir la grilla bajo coordenadas marxianas, como *reproducción*, o ligando las nociones foucaultianas de dispositivos o racionalidades con las discusiones sobre el concepto de “ideología” (Murillo, 2008; 2011a; 2011b), o bien, bajo una inscripción directa a los autores anglosajones (Rose, Miller, Dean

pasa por la descripción de prácticas, sus regularidades y sus eventualidades, lo que permitiría decir algo sobre la racionalidad sin niveles parciales de intermedias.

- 6 Nuestros colegas y compañeros de equipo, Guillermo Vega y Aldo Avellane-
da (en prensa), han desarrollado aspectos vinculados a esta separación en los *governmentality studies*.
- 7 Aunque alejado de los objetivos de este trabajo, cabe señalar la compilación de Suriano (2000) como uno de los primeros intentos de retomar estas dis-
cusiones a nivel local.

u O’Malley) para pensar procesos de pauperización, territorialización y comunitarización (Grinberg, *op. cit.*; Grinberg, Gutierrez y Mantiñán, 2012). No obstante, esas distancias son menos claras en autoras como Paula Aguilar (2014; 2016), quien, en su articulación entre saberes sobre domesticidad y políticas sociales, procura un acercamiento entre ambos para entender la cuestión social argentina en la primera mitad del siglo XX.

Cuestiones similares podemos identificar en el corpus bibliográfico que aborda el *gobierno de la pobreza*⁸ en la Argentina posdictadura. Con mayor nitidez que los anteriores, la pregunta sobre el Estado gubernamentalizado y su lugar como productor de desigualdad adquiere un papel central. El trabajo de Sonia Álvarez Leguizamón (2005a; 2005b; 2008; 2011a; 2011b) sobre el puente entre políticas sociales focalizadas sobre sectores específicos (denominadas por la autora como “focopolíticas”), los discursos sobre desarrollo humano y social, y la producción de pobreza es precursor en la temática. Si bien su campo de discusiones no recupera los estudios anglosajones, este se inscribe a mitad de camino entre los análisis sobre la estructura social –de autores como Castel o Paugam–, el giro poscolonial latinoamericano y la articulación Marx-Foucault propuesta por Murillo.

Esta impronta sobre la *gubernamentalidad neoliberal latinoamericana* tuvo su réplica en el grueso de autores y autoras que abonaron el estudio de la pobreza desde esta perspectiva, desde quienes se ocuparon de las inscripciones subjetivas de los modos de gobierno sobre poblaciones pobres y desempleadas (Paulizzi, 2015a; 2015b; 2016; 2017), como también de las racionalidades y artes de gobierno y las diversas problematizaciones sobre los mismos sectores

⁸ La conexión entre la grilla y los estudios sobre pobreza son deudoras de los trabajos de Procacci (1994). Cabe señalar el estado de la cuestión realizado por Álvarez Leguizamón y Arias (2016), donde se destacan los análisis sobre pobreza y gubernamentalidad, junto a otros estudios de cuño foucaultianos en Argentina.

poblacionales (Grondona, 2012; 2014; 2016), hasta quienes se detuvieron en prácticas menos reconocibles, como la articulación entre asistencialismo, salud y desarrollo social (Campana, 2010; 2011; 2014; 2015), el suministro de energía en barrios pobres (Giavedoni, 2011; 2012) o la articulación vivienda-salud-empleo en la territorialización de la población de las villas de la ciudad de Rosario (Carne, 2013; 2016). No obstante, en mayor o menor medida, todas intentaron cuestionar la tradición anglofoucaultiana del *beyond the state* (Rose y Miller, 2008) con una discusión sobre el papel diferencial del Estado en Latinoamérica⁹.

Asimismo, identificamos un tercer grupo de análisis donde la noción de gubernamentalidad opera como un telón de fondo o *a priori* explicativo para pensar y ubicar estilos y discursos de referentes políticos. En ese sentido, estos estudios se alejan de las discusiones teóricas de los otros dos y proponen una visión menos compleja de la noción de gobierno. Quizá la particularidad de estas propuestas es que se inscriben en la vasta tradición de estudios sobre peronismo, intentando identificar una *gubernamentalidad peronista* de diversas escalas y en distintas regiones. Tal es el caso de los trabajos de Noemí Girbal-Blacha (2017) sobre las *maneras de gobernar* las poblaciones en provincias como Formosa (2013; 2014; 2016) o regiones como el Nordeste Argentino (NOA) (2017), para mostrar estilos sostenidos en la primera mitad del siglo XX y que son recuperados por el primer peronismo (1946-1955), o los abordajes de Luis Blacha en los que la gubernamentalidad como herramienta de análisis permite focalizar en los procesos de subjetivación, lo que habilita a pensar en una *gubernamentalidad peronista* desde los discursos del propio Perón (2013), pero que también puede desplazarse a análisis de otras figuras políticas (2015) o hacia las mismas acciones estatales (Rodríguez y Blacha, 2013; Blacha y Cicirello, 2016). En un nivel similar, podemos situar a los abordajes de Luis García

⁹ Ver Haidar y Grondona (2012).

Fanlo sobre los discursos y saberes de Octavio Bunge (Fanlo, 2010; 2014) para un puente entre gubernamentalidad y argentinidad como subjetivación (*hacer argentinos gobernables*), pero también en su esfuerzo por inscribir ese proceso en pos de datar una racionalidad de gobierno peronista (2014; 2017) que inauguraría una biopolítica específica en Argentina. Finalmente, sumamos a esta reseña el abordaje de Juan Manuel Reynares (2015; 2017) sobre el *neoliberalismo cordobés* como un modo de comprender la especificidad del peronismo en la provincia, y su llegada al poder.

Por otra parte, mencionamos un conjunto amplio de trabajos (con *fronteras estables*) cuyos objetivos son más cercanos a mostrar artes de gobierno dispersas y en fenómenos de menor escala, no asociadas a los modos intermedios que pueden entenderse en los análisis que detallamos. Uno de estos objetos es el estudio de la penalidad y la actividad policial como prácticas gubernamentales, cuyo mayor exponente en el país es Máximo Sozzo (2005; 2009; 2011; 2014; 2016). La cárcel, las acciones policiales, o las políticas penales son vistas en cuanto prácticas de gobierno que permiten ver racionalidades punitivas y lo que el autor denomina una “*cuestión penal*”, que permitiría, en articulación con otras racionalidades, decir algo sobre estilos de gobierno, razón por la cual Sozzo se inscribe fuertemente en la discusiones de la sociología criminal abierta por Garland o Pat O’Malley. En una perspectiva distinta, podemos ubicar a Carlos Motto (2012; 2014; 2015), quien aborda el uso de la violencia como práctica de gobierno penitenciario. Esta es entendida como tecnología de gobierno de poblaciones empobrecidas bajo la hipótesis de que la cárcel produce sujeción política de sectores marginales a partir de la degradación sobre la subjetividad del preso. Si bien ambas habilitan la discusión con la cuestión social (Sozzo) o el gobierno de la pobreza (Motto), esta apertura no forma parte de sus objetivos. Entre ambas aristas (racionalidades y subjetivaciones), se ubican autores y autoras que se ocuparon de la invención del ciudadano-víctima como motor

del populismo punitivo (Calzado, 2013a; 2013b), de los dispositivos religiosos como táctica de gobierno carcelario (Manchado, 2015; 2016; 2017), y de los Derechos Humanos como tecnología de gobierno jurídico y dispositivo de seguridad (Manzi, 2008; 2010; 2012; Manzi y Parisi, 2014; 2016), o que se fijaron en las relaciones siempre tensas entre racionalidad política y *policiamiento*, es decir, en las formas concretas en que emerge y se estabiliza el poder de policía (Ríos, 2010; 2014; 2017).

Por otra parte, y como ya pudimos ver en las propuestas de Grondona o Paulizzi, la diversidad de prácticas y programas en torno al mundo del trabajo y los trabajadores adquiere en los estudios de gubernamentalidad una productividad diferencial. Ejemplo de ello es el trabajo de Haidar sobre la emergencia del *riesgo*¹⁰ laboral como motor de problematización y generación de intervenciones y propuestas sanitarias así como de seguridad sobre la población asalariada en la transición entre los siglos XIX y XX en Argentina (Haidar, 2007; 2008). Esto permitiría entender el nacimiento de una biopolítica liberal vernácula. Por otro lado, los programas específicos de empleo, particularmente los dirigidos a la población joven, son puestos en dos planos: por un lado, la acción productiva en cuanto subjetivación, y por otro, las posibilidades de *resistencia* y resignificación que dichas políticas permiten pensar, intentando una inscripción directa con las propuestas anglofoucaultianas (Brandán Zehnder, 2014a; 2014b; 2018; Brandán Zehnder y Avalle, 2011; Asussa y Brandán Zehnder, 2014).

La relación entre gubernamentalidad y lo económico también adquirió cierta productividad en los estudios argentinos. Ejemplo de ello son los abordajes sobre el surgimiento de una *gubernamentalidad financiera* en cuanto racionalidad que afecta las relaciones de trabajo –en empresas cooperativas y sus redes de relaciones– (Agüero, 2010;

¹⁰ Para una revisión de la importancia del riesgo en los estudios en gubernamentalidad anglofoucaultanos, sugerimos O’Malley (2006).

2014) o la identificación del *management* como corriente de pensamiento que impactó en las reformas estatales latinoamericanas, hasta el punto de sugerir que, antes de pensar en una contracción del Estado, debe tomarse a esa corriente como la base de una manera distinta y productiva de intervenir sobre los sujetos (Botticelli, 2016; 2017). Por otra parte, y centrados en los procesos de subjetivación aparejados con el neoliberalismo, podemos destacar un conjunto de trabajos que ligan la política económica –de fines de los 70 hasta la actualidad– a un proceso de constitución de consumidores, definiéndola como el modo fundamental de conducción de conductas (Fridman, 2015; 2016); o bien los estudios orientados a la estabilización del *empresario de sí mismo* mediante la articulación entre pensamiento financiero y cibernetica para pensar el carácter maquinico de tal subjetivación –conjunto de tecnologías de gobierno que serán denominadas una “*gubernamentalidad cibernetica*”– (Sacchi, 2016; 2017a; 2017b)¹¹.

Los territorios de estudios en gubernamentalidad

El mapa trazado se basó en tradiciones y objetos puestos en cuestión desde las artes de gobierno, pero ninguna cartografía estaría completa si no mostrara regiones geográficas comprensibles. En el caso de los estudios en gubernamentalidad, podríamos a su vez establecer una división entre los equipos de investigación (con autores y autoras citados a lo largo de este escrito) que incorporan la noción como un punto de vista teórico-metodológico que los diferencia,

¹¹ Podríamos sumar a estos objetos con fronteras estables al conjunto de autores y autoras que se ocuparon de abordar las prácticas de gobierno dirigidas a segmentos poblacionales no atravesados por su carácter productivo-laboral o en tanto consumidos, como, por ejemplo, aquellos que se ocuparon del gobierno de la cuestión indígena (Briones, 2011; 2015; Gigena, 2011; 2013; Katzer Molina, 2012; 2013; 2016) o bien del gobierno de las infancias (Llobet, 2011; 2015).

y otros trabajos afincados en diversas universidades del país pero que no conforman un núcleo de trabajo estable. Nos ocuparemos principalmente de los primeros.

Podemos destacar cuatro núcleos importantes de producción: los equipos cercanos a Susana Murillo o Pablo de Marinis, ligados a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (a partir de seminarios de investigación), el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, y el Instituto de Investigaciones Gino Germani, entre los que se encuentran trabajos de Ana Grondona y Paula Lucía Aguilar, entre otros. Promotores de la colección *Historia del presente* (con diversas publicaciones como Grondona, 2017a; 2017b; Aguilar, 2017, entre otros) establecen hoy uno de los equipos que pone en cuestión los límites de los autores posfoucaultianos (sobre todo en sus concepciones sobre el papel del Estado) que surcaron los estudios sobre el gobierno. En ese sentido, encontramos una cercanía –incluso materializada en algunas producciones– con las propuestas de Victoria Haidar y Máximo Sozzo, ambos pertenecientes a la Universidad Nacional del Litoral (Santa Fe), quienes representan intentos interesantes de inscribirse en los estudios de gubernamentalidad, pero sin perder de vista las particularidades del país.

Quizá con discusiones menos centradas en los anglofoucaultianos, y promoviendo una perspectiva latinoamericana que incorpore el estudio de la gubernamentalización del Estado en conexión con el pensamiento marxiano, destacamos el Programa de Estudios sobre Gubernamentalidad y Estado (PEGUES) de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Rosario, cuyo surgimiento data de 2008 y el cual, a la fecha de este escrito, ha llevado adelante cinco *workshops* cuyos resultados se plasmaron en la misma cantidad de libros (Campana y Giavedoni, 2012; 2014; 2016; 2017; 2018). Más allá de la amplitud de autores y autoras que exceden a la UNR, el programa pretende posicionarse en un lugar académico-político plasmado en pasajes como el presente de una de las introducciones:

A lo largo de este libro, pretendemos discutirle al poder hegemónico, corrosivo y altísimamente efectivo del neoliberalismo. Las resistencias colectivas desde las que trabajamos alivian las embestidas dominantes y nos permiten construir políticamente vías alternativas de hacer, de sentir y de pensar, que, al constituirse en una tarea que no podría pensarse si no es con otros y con otras, las ofrecemos al lector/a para que las interpele con su crítica (Campana y Giavedoni, 2014: 16).

Finalmente, el cuarto grupo se vincula al Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades (ICSOH-CONICET), codependiente de la Universidad Nacional de Salta. Integra especialmente autores y autoras de la Facultad de Humanidades, como Sonia Álvarez Leguizamón, Cora Paulizzi, Emiliano Venier y Alejandro Ruidrejo, algunos de los cuales han sido organizadores de los coloquios sobre *gubernamentalidad y biopolítica* de 2015 y 2017. Estos cuatro nodos se muestran como espacios de formación que impulsan el acercamiento de más investigadores e investigadoras a la grilla para poder entender nuestro presente.

Acerca del contenido de este libro y sus autoras/es

Quienes formamos parte de este libro nos hemos agrupado en un equipo de investigación¹², perteneciente a la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE), que, pese a su nacimiento cercano –podríamos ubicarlo en 2014, cuando nos juntamos para la realización de una traducción colectiva de la introducción de Colin Gordon al libro *The Foucault*

¹² Hoy agrupados bajo el Proyecto *Estudios en Gubernamentalidad: problemas, objetos y conceptos en su relación con la política, los procesos de subjetivación y el trabajo*. Res. N.º 970/16, Código 16W002. Director: Dr. Guillermo Vega. Sede de trabajo: Centro de Estudios Sociales – Universidad Nacional del Nordeste. Periodo 2017–2020.

Effect..., publicada en el n.º 10 de la revista *Nuevo Itinerario*–, puede dar cuenta de algunas particularidades y proponer, por qué no, su lugar en el mapa.

Quizá como un aspecto diferencial, podemos destacar que nos reúnen menos los objetos de estudio que las preguntas por cómo constituirlos y abordarlos. En ese sentido, no nos hemos propuesto revisar la obra de Foucault y de los estudios en gubernamentalidad e intentar inscribirlas en disciplinas diversas, pero tampoco tenemos entre nuestros objetivos la reflexión sobre niveles amplificados de racionalidades (v. g. el neoliberalismo). Por estas cuestiones, nos propusimos revisar nociones metodológicas que nos permitan eventualizar nuestros abordajes, razón por la cual incorporamos la discusión en torno al puente entre gubernamentalidad y *problematisación*. Esta segunda noción fue abordada en los últimos trabajos de Foucault, y recuperada tanto por la línea francesa (Castel, 1995), como por la anglo-sajona (Rose y Miller, 2008, pero sobre todo en el desarrollo de Bacchi, 2012) de estudios cercanos a la obra del filósofo francés, y se centra en explorar cómo ciertas cosas (comportamientos, fenómenos, procesos) se convierten en problemas susceptibles de ser pensados, o, para ser más precisos, “cómo y por qué cosas muy diferentes se reunieron, se caracterizaron, se analizaron y se trataron como, por ejemplo, ‘enfermedad mental’” (Foucault, 2004: 212).

No obstante, el presente libro no procura responder estas cuestiones, sino que se centra en la noción de gubernamentalidad y las posibilidades de estudio que habilita. El texto consta de tres partes, con dos capítulos cada una. La primera, denominada “Revisiones”, retoma algunas lecturas del propio Foucault sobre la noción de gobierno. El primero de los dos capítulos que contiene, “Intervencionismo jurídico y neoliberalismo. El problema del gobierno del mercado”, está a cargo de Guillermo Vega, y aborda las lecturas que Foucault despliega en el curso de 1979 sobre el surgimiento de los neoliberalismos alemán y norteamericano. Destaca las diferencias establecidas por el propio

autor, pero también aquellas que surgen producto del escaso tratamiento dedicado al anarcoliberalismo de la Escuela de Chicago. Finalmente, a partir de las preguntas que quedan abiertas, propone una ampliación de las características del neoliberalismo norteamericano a partir de la centralidad que adquiere R. Coase en el desarrollo del movimiento *Law & Economics*.

En “La dimensión estratégica del análisis foucaultiano de las rationalidades gubernamentales”, Marilina del Valle analiza tres perspectivas de lectura de la dimensión estratégica de la analítica foucaulteana de la gubernamentalidad. La primera, derivada de los trabajos de Colin Gordon, Peter Miller y Nikolas Rose, se caracteriza por trazar una relación circular, de perpetuas sucesiones, entre el nivel regional de las estrategias, programas y tecnologías de poder, y aquel otro nivel configurado a partir de su traducción en rationalidades políticas. En la segunda, mediante la producción de Thomas Lemke, se pone de relieve el carácter constitutivo que revisten los conflictos con las resistencias en el proceso de constitución de aquellas rationalidades. Finalmente, se propone un tercer enfoque cuya característica es concebir a las rationalidades gubernamentales trazando entre sí un juego de tensiones, interacciones y desplazamientos. Se afirma que, mientras que las dos primeras lecturas trazan diferentes modos de correlación entre unos niveles de la estrategia y la rationalidad política (que permanecen irreductibles), la tercera permite focalizar el análisis en el campo estratégico constituido, asimismo, por las tensiones entre diferentes gubernamentalidades.

En la segunda parte, denominada “Lecturas”, Aldo Avellaneda realiza un recorrido por los dominios y las modalidades de trabajo de Nikolas Rose, quizá el referente más visible de lo que fueron los estudios posfoucaultianos en gubernamentalidad en los 90. En su capítulo, “Nikolas Rose. 1985-2005”, y a partir de una identificación de tres líneas de indagación que convergen de modo permanente en sus estudios, Avellaneda resuelve una caracterización y reposi-

ción de las hipótesis y los conceptos anudados en cada uno de ellos. De ese modo, la formación de los saberes expertos, el desarrollo de ensamblajes y redes de gobierno y la constitución progresiva de diversos regímenes del yo aparecen como dominios con sus propios racimos de hipótesis y sus propios frentes de reyerta respecto a otras tradiciones.

“El gobierno a través de las problematizaciones. Una lectura sobre Carol Bacchi” es el título del capítulo a cargo de Daniel Chao, en el cual se aborda la propuesta teórico-metodológica de la autora a partir de tres niveles: 1) los modos de organización del aparato metodológico contenido en el *enfoque WPR*; 2) los grados de inscripción de la propuesta dentro de los *governmentality studies* y las fronteras trazadas; y 3) la posibilidad de una revisión de la noción de Estado y de política a partir de su foco en las políticas públicas. Se procura mostrar modificaciones y continuidades en los trabajos de Bacchi bajo la hipótesis de que, en un primer momento, el enfoque aún mostraba como frontera a los estudios de gubernamentalidad, cuestión que luego se modificó sustancialmente, hasta el punto de entender que no puede comprenderse el gobierno sin entender las problematizaciones gubernamentales que lo producen. Este desplazamiento significó superar un objetivo que se mostraba analítico y correrse hacia una reflexión más general sobre los modos en que la política afecta la vida de los individuos.

Emiliano Venier inaugura la tercera parte, “Objetos”, donde presenta en su capítulo “Gubernamentalidad y comunicación de masas: la emergencia de la sociedad de los públicos” una lectura del ingreso, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, de la opinión y la información en el dominio de la biopolítica y las técnicas de seguridad. A partir del desarrollo de un conjunto de saberes, el escrito se centra en la emergencia de la noción de público para caracterizar y problematizar la forma social que debería ser gobernada a partir de la expansión de los medios de comunicación. La hipótesis es que el grueso de problema-

tizaciones del campo de la comunicación (en Europa, EUA y Argentina) advierten la inexistencia de libertad individual de esos públicos en las relaciones sociales mediadas por las tecnologías de la expresión y la comunicación.

Finalmente, Joaquín Bartlett, en “El gobierno del trabajo a través de la gestión y administración”, inscribe al trabajo como un problema de gobierno que permite, en una distinción básica, delimitar aquellos aspectos vinculados de manera directa e indirecta. En relación con los aspectos que se vinculan de manera indirecta, se describen brevemente las dimensiones que se articularon, en el marco de la emergencia de lo social, en un orden externo atravesado por prácticas de gobierno, que, a su vez, sirvieron para la constitución de un cuerpo de trabajadores en cuanto población. Por otra parte, al problema de gobierno relacionado de manera directa con el trabajo lo suscribe a la emergencia de la gestión y administración en cuanto disciplina que racionalizó los procesos de trabajo dotándolos de una primigenia episteme, constituida por saberes prácticos y enmarcados en las disciplinas económicas y ingenieriles.

Como toda propuesta, este libro pretende abrir debates, generar dudas, brindar caminos y entablar conexiones con el fin de aportar al estudio siempre esquivo de nuestro presente.

Joaquín Bartlett y Daniel Chao
Resistencia, 12 de noviembre de 2018

Bibliografía

Agüero, Juan Omar (2010). *La gubernamentalidad financiera. Implicancias en las decisiones financieras de las cooperativas tabacaleras en Argentina (1969-2009)*. Tesis doctoral inédita. Buenos Aires: UBA.

- Agüero, Juan Omar (2014). "Michel Foucault y la gubernamentalidad financiera. Reflexiones sobre la crisis financiera internacional". *Visión de Futuro*, 7, (2), 14.
- Aguilar, Paula (2014). *El hogar como problema y como solución. Una mirada genealógica sobre la domesticidad a través de las políticas sociales. Argentina 1890-1940*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Aguilar, Paula (2016). "Planificar una 'nueva sociedad': tiempo, trabajo, política". En Ana Grondona (comp.), *Estilos de desarrollo y buen vivir* (pp. 127-149). Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Álvarez Leguizamón, Sonia y Arias, Ana (2016). *Estudios sobre la estructura social en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: CLACSO.
- Álvarez Leguizamón, Sonia. (2005a). "La invención del desarrollo social en la argentina: historia de 'opciones preferenciales por los pobres'". En Luciano Andrenacci (comp.), *Problemas de política social en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo.
- Álvarez Leguizamón, Sonia. (2005b). *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: estructuras, discursos y actores*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Álvarez Leguizamón, Sonia. (2008). *Pobreza y desarrollo en América Latina*. Salta: EUNSA (Editorial de la Universidad Nacional de Salta).
- Álvarez Leguizamón, Sonia. (2011). "Gubernamentalidad neoliberal y focopolítica en América Latina: los programas de transferencia condicionadas. ¿Políticas de cohesión social con los pobres?". En Carlos Barba Solano y Néstor Cohen (Comp.), *Perspectivas críticas sobre la cohesión social: desigualdad y tentativas fallidas de integración social en América Latina* (pp. 251-285). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

- Álvarez Leguizamón, Sonia. (2011b). *Luchas y transformaciones sociales en Salta*. Salta: Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología (CEPIHA).
- Bacchi, Carol. (2012). "Why Study Problematizations? Making Politics Visible". *Open Journal of Political Science*, 2, (1), pp. 1-8.
- Blacha, Luis Ernesto. (2013). "La gubernamentalidad peronista (1943-1955). Un abordaje figuracional". *Historia Caribe*, VIII, (23), pp. 89-116.
- Blacha, Luis Ernesto (2015). "La influencia de las élites para caracterizar a las clases gobernantes". *Revista Escuela de Historia*, 14 (2).
- Blacha, Luis Ernesto y Cicirello, Emmanuel. (2016). "Gubernamentalidad, territorio y biopoder en los 30: El Anuario Rural de la Provincia de Buenos Aires". *Historia: Debates e Tendencias*, 16, (1), pp. 37-52.
- Blacha, Luis Ernesto y Rodríguez, Lisandro. (2013). "El biopoder en la colonización yerbatera de Misiones (Argentina: 1926-1953)". *SEHA*, 13, pp. 1-27.
- Botticelli, Sebastián. (2016). "Los actuales sentidos de la política: entre la eficacia administrativa y las posibilidades de transformación". *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 6, (11), pp. 75-86.
- Botticelli, Sebastián (2017). "La impronta neoliberal en el *new public management*: gobernar a través del mercado". *Trabajo y Sociedad*, 29, pp. 677-692.
- Brandán Zehnder, María (2014a). "Juventud, trabajo y dispositivos estatales. Aportes críticos a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la gubernamentalidad". *Última Década*, 40, pp. 37-54.
- Brandán Zehnder, María (2014b). "Gobernar voluntades: una mirada crítica a los dispositivos de inserción". *Infuencia política*, 5.
- Brandán Zehnder, María. (2018). "Gubernamentalidad, trabajo y juventud. Propuesta de análisis para una mirada renovada sobre la inclusión laboral juvenil y sus dispositivos". *Trabajo y Sociedad*, N.º 30, pp. 331-346.

- Bröckling, Ulrich; Krasmann, Susanne y Lemke, Thomas. (2011). "From Foucault's Lectures at the College de France to Studies of Governmentality. An Introduction". En *Governmentality: Current Issues and Future Challenges* (pp. 1-33). New York: Taylor & Francis.
- Calzado, Mercedes. (2013a). "Espectáculo, medios y cuestión criminal. Reflexiones sobre la inseguridad y los límites de la política contemporánea". *SORTUZ*, 5, (1), pp. 1-18.
- Calzado, Mercedes. (2013b). "Ciudad segura. Vecindad, víctimas y gubernamentalidad. Notas sobre la campaña electoral del PRO en la Ciudad de Buenos Aires (2011)". *CONFLUENZE*, 5, 1, pp. 249-263.
- Campana, Melisa y Giavedoni, José. (2012). *Estado, gobierno y gubernamentalidad. Notas sobre la razón gubernamental neoliberal en Argentina*. Rosario: Ediciones DelRevés.
- Campana, Melisa y Giavedoni, José. (2014). *Debates sobre Estado, gobierno y control social. Gobernando las desigualdades*. Rosario: Ediciones DelRevés.
- Campana, Melisa y Giavedoni, José. (2016). *Debates sobre Estado, Gobierno y control social. Neoliberalismo y luchas sociales en Nuestra América*. Rosario: Ediciones DelRevés.
- Campana, Melisa y Giavedoni, José. (2017). *Debates sobre Estado, Gobierno y control social. Revitalizar las prácticas de resistencia*. Rosario: Ediciones DelRevés.
- Campana, Melisa y Giavedoni, José. (2018). *Neoliberalismo y Estado de excepción en Nuestramérica*. Rosario: Ediciones DelRevés.
- Campana, Melisa. (2010). *La asistencialización de la salud pública. La atención primaria de la salud en el municipio de Rosario*. Tesis doctoral, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Ciencia Política y RRII doctorado en trabajo social.
- Campana, Melisa. (2011)." La invención de la comunidad: el programa sanitario para el trabajo social en la Argentina desarrollista". *Tendencias & Retos*, 16, pp. 127-143.

- Campana, Melisa. (2014). "Desarrollo humano, producción social de la pobreza y gobierno de la pobreza". *Revista Trabajo Social*, 16, pp. 79-89.
- Campana, Melisa. (2015). "Regímenes de Bienestar en América Latina y el Caribe: notas para pensar lo contemporáneo". *Trabajo Social Global. Revista de Investigaciones en Intervención Social*, 5 (8), pp. 26-46.
- Canavese, Mariana. (2015). *Los usos de Foucault en la Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carné, Martín. (2012). "Gobernabilidad: una aproximación conceptual desde la perspectiva de la gubernamentalidad". *Revista Debates*, 6, (3), pp. 9-27.
- Carné, Martín. (2013). *El gobierno de la población villera por parte de las autoridades socialistas del Departamento Ejecutivo Municipal de Rosario (1989-2007)*. Tesis doctoral. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Carné, Martín. (2013). "Gobernabilidad y gubernamentalidad. ¿Líneas secantes?". *Astrolabio*, 10.
- Carné, Martín. (2016). Las villas de emergencia y sus viviendas en las racionalidades políticas de las autoridades socialistas del Departamento Ejecutivo Municipal de Rosario (1989-2007). *Cuaderno Urbano. Espacio, Cultura, Sociedad*, 21, 21, pp. 93-112.
- Castel, Robert. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Dalmau, Iván. (2018). "Gobierno económico, dispositivos de seguridad y normalización biopolítica. Reflexiones en torno a la caja de herramientas foucaulteana". *Question*, 58.
- De Marinis Cúneo, Pablo. (1999). "Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (o un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)". *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*.
- De Marinis, Pablo. (2005). "16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)". *Papeles del CEIC*, 15.

- De Marinis, Pablo. (2009). "Saberes expertos y el poder de hacer y deshacer 'sociedad'". *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*.
- Donzelot, Jacques. (2007). *La invención de lo social, ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Foucault, Michel. (2004). *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Buenos Aires: Paidós.
- Fridman, Daniel. (2015). "La creación de los consumidores en la última dictadura argentina". *Apuntes de investigación*, 14, pp. 70-92.
- Fridman, Daniel. (2016). "Cashflow: Juego, autoayuda financiera y producción de sujetos económicos". *Apuntes Cecyp*, 28, pp. 68-94.
- García Fanlo, Luis. (2010). *Genealogía de la argentinidad*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.
- García Fanlo, Luis. (2014). "Crisol de razas y argentinidad en el discurso de Carlos O. Bunge". *e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, 12, (47), pp. 1-7.
- García Fanlo, Luis. (2017). "Pueblo, populismo y argentinidad. La gubernamentalidad peronista". En Carina González (comp), *Peronismo y representación. Escritura, imágenes y políticas del pueblo* (pp. 381-401). Buenos Aires: Final Abierto.
- Giavedoni, José. (2011). "Gobierno, pobreza y energía. La construcción del sujeto-carenciado en la tarifa social de la Empresa Provincial de la Energía de Santa Fe". *Entramados y perspectivas, revista de la carrera de Sociología*, 1, 1, pp. 37-59.
- Giavedoni, José. (2012). "Resistir en la tierra del panoptismo. Esbozo en torno al problema de las relaciones de poder y las resistencias desde una perspectiva foucaultiana". *Tabula Rasa*, 16, pp. 243-261.
- Girbal-Blacha, Noemí. (2016). "Condiciones de vida en un territorio de frontera. Formosa en la primera mitad del siglo XX". *Revista Iberoamericana de Viticultura, Agroindustria y Ruralidad*, 3, 8, pp. 226-253.

- Girbal-Blacha, Noemí. (2017). "Saber y poder agrario en el Noroeste Argentino {1880-1955}". En Vanderlei Vazelesk Ribeiro y María Verónica Secreto (org.), *Agrarismos. Estudos de história e sociologia do mundo rural contemporâneo* (pp. 85-103), Río de Janeiro: Mauad.
- Girbal-Blacha, Noemí. (2013). "Formosa en tiempos del peronismo histórico (1943-1955). ¿Quién es quién en la gubernamentalidad de un territorio de frontera?". *Historia Caribe*, VIII, (23), 21-53.
- Girbal-Blacha, Noemí. (2014). "Cultura agraria y territorio Formosa (Argentina) en la primera mitad del siglo XX". *História Unisinos*, 18, (3), pp. 601-614.
- Grinberg, Silvia Mariela. (2006). "Educación y gubernamentalidad en las sociedades de gerenciamiento". *Revista argentina de sociología*, 4, (6), pp. 67-87.
- Grinberg, Silvia Mariela. (2007). "Gubernamentalidad: estudios y perspectivas". *Revista Argentina de Sociología*, 5 (8), pp. 95-110.
- Grinberg, Silvia Mariela. (2008). *Educación y poder en el siglo XXI: gubernamentalidad y pedagogía en las sociedades de gerenciamiento*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Grinberg, Silvia Mariela. (2015). "Dispositivos pedagógicos, gubernamentalidad y pobreza urbana en tiempos gerenciales. Un estudio en la cotidaneidad de las escuelas". *Propuesta Educativa*, (43), pp. 123-130.
- Grinberg, Silvia; Gutiérrez, Ricardo y Mantiñán, Luciano. (2012). "La comunidad fragmentada: gubernamentalidad y empoderamiento en territorios urbanos hiperdegradados". *Espacios Nueva Serie*, 7, pp. 154-172.
- Grondona, Ana. (2014). "El seguro de desempleo en Argentina. Reflexiones preliminares en torno a una ausencia (1890-1989)". *Sociedad y Economía*, 27, pp. 99-128.
- Grondona, Ana. (2016). *Estilos de desarrollo y buen vivir*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.

- Grondona, Ana. (2012). *“Tradición” y “traducción”: un estudio de las formas contemporáneas del gobierno de las poblaciones desempleadas en la Argentina*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Grondona, Ana y Haidar, Victoria. (2012). “Más allá de la razón liberal: desbordes, heterogeneidad y contradicción. Un estudio crítico de la perspectiva de los *governmentality studies*”. *Astrolabio*, 8, pp. 153-189.
- Haidar, Victoria. (2007). “El análisis de discursos que forman parte de un régimen de prácticas de gobierno: una aproximación desde la perspectiva de los estudios de la gubernamentalidad”. *Forum*, 8, (2).
- Haidar, Victoria. (2008). *Trabajadores en riesgo. Una sociología histórica de la biopolítica de la población asalariada en Argentina (1890-1915)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Haidar, Victoria. (2005). “El ‘descentralamiento’ del Estado en el análisis del poder (político): un diálogo crítico entre la sociología histórica y el enfoque de la gubernamentalidad”. *Espacio Abierto*, 14, (2).
- Llobet, Valeria. (2015). “La infancia y su gobierno: una aproximación desde las trayectorias investigativas de Argentina”. *Política & Trabalho*, 43, pp. 37-48.
- Manchado, Mauricio. (2015). “Dispositivo religioso y encierro: sobre la gubernamentalidad carcelaria en Argentina”. *Revista Mexicana de Sociología*, 77 (2), pp. 275-300.
- Manchado, Mauricio. (2016). “Reciprocidades y gubernamentalidad tras la inserción del dispositivo religioso en cárceles de mediana y máxima seguridad de la provincia de Santa Fe (Argentina)”. *Revista de Antropología Social*, 25, (1), pp. 35-60.
- Manchado, Mauricio. (2017). “Caretas y pecadores. Ajustes secundarios, gubernamentalidad y pentecostalismo en las cárceles santafesinas (Argentina)”. *Sociedad y Religión*, XXVII, (48), pp. 191-213.

- Manzi, Adrián. (2008). "La racionalidad de los Derechos Humanos: entre lo jurídico y las Ciencias Humanas Nómadas". *Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 18, (2).
- Manzi, Adrián. (2010). "Medidas neoliberales y planes de emergencia social en la Argentina de los últimos 30 años". *Revista Digital Universitaria*, 11, (7), pp. 1-13.
- Manzi, Adrián y Parisí, Elio Rodolfo. (2014). "La racionalidad actual de los Derechos Humanos: lo jurídico, las ciencias humanas y la gubernamentalidad". *Les cahiers psychologie politique*, 25.
- Manzi, Adrián y Parisí, Elio Rodolfo. (2016). "Problematización de los sucesos de los Derechos Humanos en Argentina". *Les cahiers psychologie politique*, 28.
- Miller, Peter y Rose, Nikolas. (2008). *Governing the Present: Administering Economic, Social and Personal Life*. Londres: Polity Press.
- Motto, Carlos. (2014). "El gobierno del encierro: notas sobre la cuestión carcelaria". En Alcira Daroqui. *Castigar y gobernar: hacia una sociología de la cárcel. La gobernabilidad penitenciaria bonaerense*. Buenos Aires: CPM y GESPyDH.
- Motto, Carlos. (2015). "Los usos de la violencia en el gobierno penitenciario de los espacios carcelarios". En Esteban Rodríguez y Fabian Viegas Barriga [Eds.], *Circuitos carcelarios: estudios sobre la cárcel argentina* (pp. 60-85). La Plata: UNLP.
- Murillo, Susana. (2003). *Sujetos a la incertidumbre. Transformaciones sociales y construcción de subjetividad en la Buenos Aires actual*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Murillo, Susana. (2006). *Banco Mundial, Estado, mercado y sujetos en las nuevas estrategias frente a la cuestión social*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Murillo, Susana. (2008). "El conflicto social en Michel Foucault". *Conflict Social*, 1, (0).

- Murillo, Susana. (2011a). "Estado, sociedad civil y gubernamentalidad neoliberal". *Entramados y perspectivas, revista de la carrera de Sociología*, 1, (1), pp. 91-108.
- Murillo, Susana. (2011b). "La nueva cuestión social y el arte neoliberal de gobierno". *Revista Cátedra Paralela*, 8, pp. 9-32.
- Murillo, Susana. (2013). "La medicalización de la vida cotidiana". *Ciencias Sociales. Revista de la Facultad de Ciencias Sociales / UBA*, 83, pp. 44-59.
- O'Malley, Pat. (2006). *Riesgo, neoliberalismo y justicia penal*. Buenos Aires: Ad-Hoc.
- Paulizzi, María. (2014). "Gobernando para el mercado y en contra del mercado: la gubernamentalización del Estado, en la Argentina actual (2003-2012)". *Revista Herramienta*, 54, pp. 73-81.
- Paulizzi, María. (2015b). "Re-configuration del Estado y re-invención de lo social en la Argentina actual: el gobierno de la pobreza (2003-2012)". *Trabajo y Sociedad*, 24, pp. 183-205.
- Paulizzi, María. (2016). "Las prácticas de resistencia y auto-gobierno de la unión de trabajadores desocupados de Gral. Mosconi – Salta: aproximación crítica". *Andes*, 27.
- Paulizzi, María y Milana, Paula. (2015a). "Los avatares de la gubernamentalidad y la cuestión del Estado. Una aproximación crítica desde el gobierno de la pobreza y las prácticas de resistencia (Salta, Argentina)". *Astrolabio*, 15, pp. 356-386.
- Poblete, Juan. (2002). "Governmentality and the Social Question: National Formation and Discipline". En Benigno Trigo (ed.), *Foucault and Latin America* (pp. 215-243). New York: Routledge.
- Procacci, Giovanna. (1994). "Governing Poverty: Sources of the Social Question in Nineteenth-Century France". En Jan Goldstein [Ed.], *Foucault and the Writing of History*. Cambridge: Blackwell.

- Reynares, Juan Manuel. (2015). “‘No tan distintos’: el lugar de la política en los discursos de Unión por Córdoba y el Partido Nuevo. *RAIGAL. Revista Interdisciplinaria de Ciencias Sociales*, 2, pp. 52-67.
- Reynares, Juan Manuel. (2017). *El neoliberalismo cordobés: la trayectoria identitaria del peronismo provincial entre 1987 y 2003*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados.
- Ríos, Alina. (2010). “Gubernamentalidad y poder de policía: la articulación de un modelo de policiamiento dual en Buenos Aires, 2004-2007”. *Cuaderno CRH*, 23, (60), pp. 487-510.
- Ríos, Alina. (2014). “La creación de la Policía Metropolitana: trazos de una nueva gubernamentalidad en la ciudad de Buenos Aires”. *Voces en el Fénix*, 34, pp. 107-113.
- Rose, Nikolas. (2007). “¿La muerte de lo social? Reconfiguración del territorio de gobierno”. *Revista Argentina de Sociología*, 8 (5), pp. 111-150.
- Sacchi, Emiliano. (2016). “Neoliberalismo y servidumbre maquínica. Gubernamentalidad cibernetica”. *Soft Power*, 4, (2), pp. 145-163.
- Sacchi, Emiliano. (2017a). “Neoliberalismo, empresa y cibernetica. Aspectos tecnológicos de la gubernamentalidad de nuestro tiempo”. *(En)clave Comahue*, 22, pp. 15-30.
- Sacchi, Emiliano. (2017b). “Neoliberalismo, gubernamentalidad y mnemotécnicas de la crueldad”. *El arco y la lira*, 5, pp. 47-63.
- Sozzo, Máximo. (2009). “Populismo punitivo, proyecto normalizador y ‘prisión-depósito’ en Argentina”. *Sistema Penal & Violência*, 1, (1), pp. 33-65.
- Sozzo, Máximo. (2011). “Transition to Democracy and Penal Policy. The Case of Argentina”. *The Straus Institute Working Paper Series*, 3, pp. 1-66.
- Sozzo, Máximo. (2014). “Democratización y penalidad en la Argentina (1983-1989)”. *Derecho Penal y Criminología*, IV, (2), pp. 3-32.

- Sozzo, Máximo. (2016). “Postneoliberalismo y penalidad en Argentina”. En *Postneoliberalismo y penalidad en América del Sur* (pp. 189-268). Buenos Aires: CLACSO.
- Suriano, Juan [comp.]. (2000). *La cuestión de lo social en Argentina. 1870-1943*. Buenos Aires: La Colmena.

Primera parte: Revisiones

1

Intervencionismo jurídico y neoliberalismo

El problema del gobierno del mercado

GUILLERMO VEGA¹

Introducción

El presente escrito parte de la aceptación de que, bajo la “nueva razón neoliberal” (Laval y Dardot, 2013: 15), el mercado se convierte en objeto de inquietud y gobierno, al desplazar elementos centrales para la racionalidad gubernamental decimonónica –utilitarismo–, tales como la sociedad o el bienestar. Como consecuencia de ello, la necesidad de administrar el mercado corre en paralelo a una redefinición del derecho y de las técnicas judiciales que hace posible establecer las condiciones del espacio de la competencia mercantil. Y puesto que estos acontecimientos suponen una variación en la idea de que el neoliberalismo se define por la ausencia de interferencias estatales o gubernativas en el espacio del mercado, se hace necesario explorar algunas de las formas problemáticas que asume, hacia fines del siglo

¹ Universidad Nacional del Nordeste.

XX, la intervención legal sobre el orden económico de la competencia cuando el mercado se vuelve objeto de preocupación y gobierno.

El recorrido propuesto adopta como marco problemático la lectura que Foucault expone en 1979 sobre el neoliberalismo. En un primer momento, se explicitan algunas ideas y conceptos correspondientes al abordaje de los principios que rigen las racionalidades neoliberales alemana y norteamericana en la exposición del filósofo francés. En un segundo momento, se puntualizan algunas conclusiones elaboradas a partir del curso de 1979, y se trazan los problemas de convergencia que suponen los modos en que se plantean los neoliberalismos de la Escuela de Friburgo y de la Escuela de Chicago. En un tercer momento –y para finalizar–, se exponen algunos tópicos que delimitan los problemas del intervencionismo jurídico en el pensamiento económico norteamericano de la segunda mitad del siglo XX.

La tesis aquí propuesta identifica el neoliberalismo norteamericano como una forma de problematizar el gobierno del mercado, ubicado a una cierta distancia de la centralidad que adquiere el gobierno de la “sociedad de mercado”, propio del ordoliberalismo alemán. El mercado, en cuanto requiere ser administrado, plantea problemas acerca de los modos adecuados de intervención. Un mercado que no es ni autogenerativo ni autorregulado exige dar cuenta de los factores que permiten su institución y administración.

Es al interior de esta arquitectura en donde el derecho juega un papel interesante, dado que define su función de manera novedosa con respecto al modo en que, bajo la forma del derecho natural o del utilitarismo, se formulaba entre los siglos XVIII y XIX. Esto conlleva necesariamente la puesta en discusión de la expresión “nueva razón neoliberal”, con la cual se referencia tanto el pensamiento de Friburgo como el de Chicago. De esta manera, este trabajo es un intento de contribuir con el conjunto de polémicas que giran en torno de la especificidad del neoliberalismo,

de los problemas vertebrales que lo conforman, de sus puntos de emergencia y, finalmente, de la singularidad de una forma de pensar y de un tipo de ejercicio del gobierno que, al canalizarse sobre objetos diferentes, define programas de intervención y consolida técnicas jurídicas.

La lectura foucaultiana sobre el neoliberalismo en el curso de 1979

Para Foucault, el neoliberalismo se origina a partir de una crítica suscitada durante la primera mitad del siglo XX y dirigida sobre algunos presupuestos del pensamiento liberal de los siglos XVIII y XIX. Dicha crítica, denominada “crítica de la racionalidad gubernamental liberal”, adopta la forma de una reorganización del modo de problematizar los elementos sobre los cuales se construye el pensamiento económico decimonónico, esto es, Estado, mercado, sociedad e individuo.

En el curso *Nacimiento de la biopolítica* (1979), Foucault identifica dos grandes usinas de pensamiento en torno de la reformulación de la “racionalidad gubernamental del liberalismo clásico”: la vertiente alemana (Escuela de Friburgo, Escuela austriaca, ordoliberales), y la norteamericana (Escuela de Chicago, anarcoliberalismo). Según el francés, ambas contribuyeron a diagramar los límites problemáticos dentro de los cuales se formula el neoliberalismo, es decir, la racionalidad gubernamental más extendida en Occidente a partir de la segunda mitad del siglo XX.

De acuerdo con Foucault, el Coloquio Walter Lippmann, realizado en París en 1938, representa el acontecimiento histórico fundacional de la crítica ordoliberal al pensamiento liberal (y, con ello, el nacimiento del neoliberalismo en su versión europea). Esta se resume alrededor del cuestionamiento del principio organizador de la economía política: el *laissez faire*. Para los ordoliberales, este

no puede ser el principio que oficie de límite a la acción estatal (Foucault, 1979: 152). En el momento histórico de la reconstrucción alemana, el libre mercado es postulado como principio regulador del Estado en su totalidad.²

La crítica al *laissez faire* indica el punto crítico, el grado cero de inquietud y cuestionamiento del liberalismo decimonónico que hace posible la emergencia del neoliberalismo austriaco como nueva forma de reflexión sobre la práctica de gobierno de la sociedad y del Estado. Foucault da cuenta de esto al afirmar que “en este neoliberalismo actual [...] lo que está en cuestión es [...] saber si en efecto una economía de mercado puede servir de principio, de forma y de modelo para un Estado” (Foucault, 1979: 149-150). El problema que el filósofo francés advierte en el pensamiento ordoliberal encuentra una respuesta en el programa de gobierno de la socialdemocracia alemana. Los neoliberales austriacos, por medio de la “economía social de mercado”, erigen la competencia como principio regulador de la sociedad y el Estado (Foucault, 1979: 151). Esta ya no se presenta como un dato natural, a la manera del intercambio del *laissez faire*, sino que se articula sobre una estructura formal, lo cual implica que debe ser organizada a través de un conjunto de reglas. De aquí que la competencia no pueda pensarse en ausencia del aparato jurídico-burocrático.

En consecuencia, hacia finales de la década de 1940, la crítica austriaca sobre el liberalismo se centra, fundamentalmente, en el presupuesto de autonomía y naturalidad del mercado. Para los pensadores que por la época sostienen la necesidad de fundar un nuevo liberalismo, el problema reside en haber creído que el mercado, por sí solo, podía constituir un espacio autorregulado y un límite al ejercicio del gobierno político (*laissez faire*). El mercado, dirán los neoliberales alemanes, no es autosuficiente ni se rige por

² “...un Estado bajo la vigilancia del mercado más que un mercado bajo la vigilancia del Estado” (Foucault, 1979: 149).

leyes naturales. Su existencia exige condiciones en la forma de intervenciones gubernamentales, y ellas se realizan –entre otras cosas– a partir de la institución jurídica.

La lectura que ofrece el curso de 1979 ubica como momento fundacional del neoliberalismo austriaco la transformación de la naturalidad del mercado en materia de inquietud. Este, en cuanto es un objeto artificial no natural, hace depender su existencia y continuidad del modo en que se organizan sus condiciones de posibilidad. Es por esto por lo que las intervenciones gubernamentales realizadas a través del derecho se convierten en objetos centrales en su constitución, y no en elementos que deben ser puestos a considerable distancia para evitar interferencias. De acuerdo con esta clave de lectura, Foucault aborda los amplios intereses que los economistas de la Escuela de Friburgo demuestran por el derecho (Eucken, Hayek, etc.).

En cuanto al tratamiento del neoliberalismo norteamericano, Foucault se concentra no tanto en sus condiciones de emergencia, sino en sus cualidades principales. Focalizado en el modo en que Gary Becker formula el problema del abordaje de la criminalidad, el filósofo francés destaca como la principal característica del pensamiento económico norteamericano su “expansionismo”, expresado en la conocida idea del “imperialismo económico”. En otras palabras, la tendencia a pensar fenómenos no mercantiles, como el matrimonio o la criminalidad, a partir de una lógica económica anclada en la asunción de un tipo de comportamiento maximizador del interés individual hace del neoliberalismo norteamericano un modo de pensar y analizar, en clave de competencias y cálculos económicos, todo el espesor de las relaciones sociales.

Circunscripto fundamentalmente a la contribución de Gary Becker, el tratamiento del neoliberalismo norteamericano realizado en *Nacimiento de la biopolítica* se presenta de forma breve y escueta en comparación con el desarrollo destinado al ordoliberalismo durante la primera parte del curso. En efecto, mientras que Foucault destaca que

los austriacos presentan un nuevo programa de gobierno a partir de la formulación de una serie de problemas centrados en torno del naturalismo del *laissez faire*, para el caso norteamericano no está completa la exposición acerca del conjunto de inquietudes sobre el cual se erige el sistema de pensamiento de la Escuela de Chicago; en consecuencia, tampoco resulta claro el lugar por el cual pasaría la mentada “crisis de la razón gubernamental liberal”, señalada como marco de la emergencia del neoliberalismo austriaco.³

A su vez, mientras que para el tratamiento de los ordoliberales de Friburgo el derecho cobra una importancia fundamental, pues el neoliberalismo austriaco conlleva un modo de intervención “no dirigista” de la economía a través del elemento de lo jurídico, en la exposición de la Escuela de Chicago (Becker) el análisis foucaultiano no permite ver claramente el lugar que el pensamiento sobre el derecho ocupa en el interior del neoliberalismo norteamericano. Una de las razones que quizá explique esta situación radica en el hecho de que Foucault presta especial atención al método de análisis y a la dimensión programática del pensamiento de Chicago, por medio de la contribución de Becker (Foucault, 1979: 255), más que al conjunto de inquietudes y problematizaciones que establecen el marco crítico dentro del cual se dinamiza el pensamiento.

La “nueva razón neoliberal” (Lavat y Dardot, 2013) ¿es acaso una y la misma o existen sutiles variaciones que convendría tener presentes para hablar quizá de nuevas racionalidades neoliberales? La tesis que aquí se desarrolla afirma que, en cuanto nuevas racionalidades de gobierno, la Escuela de Chicago se diferencia de la Escuela de Friburgo. Si bien es costumbre reunirlas bajo el amplio rótulo de “neoliberalismo”, ambas formulan estrategias diferenciadas

³ Incluso pese al señalamiento que hace Foucault al sostener que el neoliberalismo norteamericano supone una inversión del *laissez-faire*. El mercado pasa de ser un espacio resguardado de la acción gubernamental a constituirse en un tribunal que evalúa al gobierno desde criterios exclusivamente eficientistas (Foucault, 1979: 286).

en vistas a un objeto divergente: el gobierno de la sociedad de mercado, en los ordoliberales, y el gobierno del mercado, en los norteamericanos. Esta diferencia en el objeto de intervención tiene impacto en el orden de las estrategias sobre las cuales esta se monta, puesto que, como ejemplo, para el neoliberalismo norteamericano el mercado solo puede ser organizado o intervenido a partir de un principio eficientista basado en la teoría de precios, a buena distancia de la perspectiva jurídica del Estado de derecho de los ordoliberales.

El mercado como objeto y problema de gobierno

La lectura que Foucault hace del neoliberalismo, tanto del austriaco como del norteamericano, lo conduce a afirmar que lo propio de la nueva razón gubernamental consiste en emplazar al mercado como principio de regulación de diferentes órdenes sociales (el Estado, el matrimonio, la criminalidad, la individualidad, etc.). En sus palabras: “el problema del neoliberalismo [...] pasa por saber cómo se puede ajustar el ejercicio global del poder político a los principios de una economía de mercado” (Foucault, 1979: 157). El neoliberalismo norteamericano llevará este problema a su máxima expresión, al ajustar el ejercicio de todas las acciones humanas al principio maximizador de utilidades de la economía. Este tipo de definiciones recorta el neoliberalismo a partir de su perfil programático, es decir, a partir de los desafíos que se traza para la práctica de gobierno. Es en el orden programático de la práctica de gobierno en el que las posiciones de las Escuelas de Friburgo y de Chicago parecen coincidir en la lectura foucaulteana.

El mercado, que, para Foucault, descansa sobre el principio formal de la competencia, se convierte en la condición de posibilidad de todo un “arte de gobernar”. En otros términos, en el nivel programático de la práctica de gobierno

neoliberal, el principio de la competición opera como regulador de las diferentes esferas sociales. En simultáneo con el postulado de la competencia de mercado como fundamento de la reflexión práctica sobre el gobierno y, por ende, de programas específicos, tales como la administración del delito, en la línea de Becker, Foucault también da cuenta de otro problema que corre en paralelo a los modos de instrumentación del principio de la competencia o del comportamiento económico para todo el orden de lo real. El mercado, al no ser asumido como un objeto natural, introduce la necesidad de su permanente institución y gobierno.

En efecto, si para los ordoliberales la competencia está caracterizada por la artificialidad, entonces, dice el filósofo francés, el mercado “debe producirse en la práctica de gobierno” (Foucault, 1979: 154). Este punto es claro en el desarrollo de los neoliberales austriacos, puesto que en ellos encontramos un quiebre con respecto a la idea de un mercado autorregulado y ceñido a la naturalidad de los procesos económicos. Son los austriacos quienes ubican al derecho como un elemento central en la diagramación formal de la competencia. En otros términos, si hay mercado es porque hay un sistema de reglas jurídicas que lo constituye y regula como tal. El mercado es un objeto a instituir y gobernar, una realidad que crear y reproducir, y la sociedad juega un papel fundamental en la consecución de este objetivo. En la lectura de Foucault, la intervención sobre la sociedad asegura las condiciones para la creación permanente de un espacio de competencia que motoriza la emergencia del mercado. La *Gesellschaftspolitik* (política de la sociedad) es la estrategia elegida por los economistas de Friburgo para afianzar la competencia, puesto que permite sembrar la función empresarial en el comportamiento individual (Foucault, 1979: 180). Dicho de otra manera, la creación y el gobierno del mercado suponen, para los ordoliberales, vincular dos elementos que tuvieron una presencia compleja en el liberalismo de los siglos XVIII y XIX: la sociedad y el derecho. La primera debe moldearse a través de la forma

empresa, motor de la competencia. El segundo es la condición formal de posibilidad de la competencia a través de la figura del Estado de derecho.

Este punto es más difuso o casi inexistente en el desarrollo del *anarcoliberalismo* de la Escuela de Chicago. El tratamiento que Foucault hace de los representantes de la escuela es escaso, dado –según sus palabras– el tiempo limitado del curso (Foucault, 1979: 99). El poco tiempo dedicado al análisis del pensamiento norteamericano lleva al francés a reparar con mayor énfasis en el “nivel de programa de gobierno” del anarconeoliberalismo, esto es, en el plano en el que el mercado juega el papel de un principio de regulación de otros órdenes, tales como el político o el social. Como contrapartida, el plano en el que el mercado se vuelve objeto de interés e inquietud (puesto que requiere ser gobernado y regulado) no aparece con la suficiente claridad en el curso de 1979. Esta diferencia sustancial con respecto al tratamiento del pensamiento austriaco provoca que la conceptualización del neoliberalismo desarrollada en *Nacimiento de la biopolítica* se vuelva difusa, puesto que reúne las posiciones de Friburgo y Chicago en el plano programático del gobierno, sin que sea posible afirmar con suficiente claridad que la misma convergencia se pueda predicar del nivel problemático de la reflexión sobre el gobierno. En otras palabras, acerca de la cuestión de qué gobernar, la vertiente alemana difiere de la norteamericana, pero no así en algunas estrategias postuladas acerca de cómo hacerlo.

Si esto es así, es posible sostener que el mercado no es (solo) un principio de regulación social (dimensión programática), sino materia de inquietud y objeto de gobierno (dimensión problemática). De este modo, el neoliberalismo podría definirse como un tipo de problematización que gira alrededor de la institución, creación y gobierno del mercado, en el que “el despliegue de la lógica del mercado como lógica normativa generalizada, desde el Estado hasta

lo más íntimo de la subjetividad" (Laval y Dardot, 2013: 25) constituye solo uno de los niveles (programáticos) de la racionalidad de gobierno que inaugura.

El intervencionismo jurídico en el neoliberalismo norteamericano

Cuando el neoliberalismo es abordado en su dimensión problemática, el mercado es objeto de inquietud y gobierno. Los ordoliberales lo asumieron de esta manera al reemplazar el naturalismo del intercambio por la formalidad artificial de la competencia. Este desplazamiento les permite introducir la figura del Estado de derecho en la reflexión sobre la creación e institución del mercado. A su vez, a nivel programático, el intervencionismo social de los economistas de Friburgo los lleva a desplegar, en forma paralela a la "política de la sociedad", una "política de la vida" (*Vitalpolitik*), que, en palabras de Alexander Rüstow, debe constituir una fuerza de integración activa frente a los efectos desintegradores de la vida social generados por la competencia.

El caso norteamericano se distancia en ciertos aspectos con respecto a la evolución del neoliberalismo europeo. El punto de partida es uno de ellos. A diferencia del cuestionamiento sobre el liberalismo decimonónico que los economistas austriacos manifiestan en el Coloquio Walter Lippmann, en los EE.UU. la crítica interna se formula no contra algún tipo de naturalismo ingenuo derivado de las elucubraciones smithianas, sino frente a las consecuencias reales de la "economía del bienestar" de Arthur Pigou. Esta crítica parte del presupuesto de que el mercado, librado a su propia dinámica, presenta diferentes tipos de fallas: competencia imperfecta, monopolios, información desigualmente distribuida, externalidades negativas, etc. La constatación de las fallas del mercado conduce a la instrumentación de políticas compensatorias, de sesgo claramente intervencionista.

Esta línea de pensamiento, deudora del utilitarismo inglés, se aproxima a los programas keynesianos que quitaron el sueño tanto a ordoliberales como a anarcocapitalistas. De aquí que la “crisis de la racionalidad gubernamental liberal” —que de acuerdo con Foucault da origen al neoliberalismo— esté ceñida, para el caso norteamericano, a un proceso de revisión de los postulados utilitaristas que fundan la *Welfare Economics* a comienzos del siglo XX.

En un artículo sobre el derrotero de la legislación antimonopólica en los EE.UU. durante el siglo XX, William Davies (2010) da cuenta de dos fenómenos. El primero, asociado a la necesidad de organizar la libre competencia de mercado a través de un entramado de legislación que evite algunas de sus fallas más notables, tales como el monopolio; este aspecto vuelve a remarcar el lazo esencial entre mercado y derecho, ubicado en la base de los problemas de gobierno inaugurados por el neoliberalismo. El segundo, vinculado al “régimen de verdad” que oficia de condición de producción y enunciación de las leyes. Es justamente aquí donde se zanja la cuestión entre el viejo y el nuevo liberalismo para Davies. De acuerdo con el autor, hasta mediados de la década del 70, la legislación antimonopólica en EE.UU. se empleó para intervenir el mercado en función de elementos completamente externos a él, tales como intereses morales o políticos (Davies, 2010: 65). Para la opinión de muchos profesores de la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago, las diferentes versiones de la legislación antimonopólica (Sherman Act, Clayton Act, Robinson-Patman Act) parecían estar orientadas fundamentalmente a castigar el éxito de algunas empresas y sacrificar, de esta manera, la eficiencia de los mercados.

La consolidación del movimiento de Chicago tuvo lugar fundamentalmente alrededor del artículo *The Problem of the Social Cost*, publicado en 1960 por el economista Ronald Coase. La tesis principal de esta intervención sostiene que las transacciones de mercado (descubrir con quiénes se realizarán las operaciones, otorgar información sobre el

objeto de la transacción, convenir la forma del intercambio, redactar contratos, hacerlos cumplir, etc.) suponen costos (Coase, 1960: 15). En un escenario en el que los costos de transacción fueran bajos (tendientes a cero), no habría necesidad de que el gobierno interviniere, pues las operaciones de intercambio asignarían a cada quien lo suyo de forma óptima. Coase destaca la “inutilidad” del gobierno, y de las intervenciones promovidas por los economistas del bienestar, cuando un mercado se muestra eficiente, es decir, con costos de transacción bajos. Sin embargo, no siempre sucede que los costos de las interacciones económicas tiendan a plancharse. Ante esta eventualidad, Coase afirma –contra Pigou– que nada demuestra que la intervención del Estado opere optimizando un mercado de costos de transacción que no sean iguales a cero. Podría pasar, incluso, que la intervención estatal solo contribuyera a aumentar el nivel de ineficiencia del mercado y, con ello, antes que una solución, surgiría un agravamiento del problema. La respuesta debe estar en otro lado.

En este punto, hace su aparición el movimiento *Law & Economics*, fuertemente emparentado con la escuela de Economía de la Universidad de Chicago. Apoyándose en las tesis de Coase y en su abierto enfrentamiento a las conclusiones intervencionistas extraídas de los postulados de la economía del bienestar, un grupo de economistas y jueces reunidos en la Universidad de Chicago dio forma a una relación original entre economía y derecho, forjada a cierta distancia de la propuesta fundada en el Estado de derecho de los ordoliberales europeos. La tesis fundamental del *Law & Economics* sugiere que el derecho debe operar preservando al mercado de costos de transacción positivos. En otras palabras, en un mercado en el que las operaciones de intercambio son costosas, el aparato jurídico funge reasignando derechos en la forma en que lo hubiera hecho un mercado perfecto, eficiente, esto es, con costos iguales a cero. La intervención del mercado no se hace en nombre de criterios de justicia, políticos o morales, sino en función

de un principio exclusivamente económico: la eficiencia. Y puesto que esta es el resultado de las decisiones tomadas por agentes económicos en completa libertad, las asignaciones obtenidas como resultado de las interacciones realizadas sobre el presupuesto de no coerción suponen los mejores resultados a los que se puede arribar (Davies, 2010: 70). De aquí a sostener que el surgimiento de monopolios en un sistema de libre competencia es compatible con la eficiencia del mercado existe un solo paso.

A cierta distancia del recurso que los ordoliberales hacen del Estado de derecho, el *Law & Economics* se construye sobre la inquietud del gobierno del mercado, no de la sociedad de mercado, como es el caso para los economistas de Friburgo. Esta diferencia en el objeto encuentra razones en el modo de problematización que caracteriza a una vertiente y a otra. Sin embargo, y tal como lo destaca Bernard Hartcourt (2012), tomando en consideración los aportes de Gary Becker, el desarrollo de un fuerte intervencionismo penal acompaña el despliegue de la veta programática del neoliberalismo norteamericano. Esto no supone que sea posible equiparar los objetos sociedad de mercado y mercado, puesto que, cuando los economistas y jueces de Chicago piensan la esfera de la criminalidad, lo hacen asumiendo que los comportamientos en ella son idénticos a los de los agentes económicos en un mercado. En este sentido, hay que comprender la aseveración de Davies cuando se refiere al “escepticismo” ontológico de los neoliberales norteamericanos; esto es, no hay diferencias reales entre el mercado, la sociedad y el Estado (Davies, 2010: 67).

Conclusiones

De las breves puntualizaciones aquí realizadas, se pueden extraer algunas conclusiones orientadas a delimitar temas de investigación para los análisis contemporáneos del neoli-

beralismo. En primer lugar, y luego del recorrido efectuado a través del curso de Foucault de 1979, es posible sostener que una de las novedades que caracteriza al pensamiento neoliberal en el siglo XX, tanto en su desarrollo europeo como norteamericano, es el hecho de que el mercado es asumido como una realidad que debe crearse y gobernarse. Libertad y competencia deben ser conformadas a través de mecanismos reglamentarios. Esta particularidad conduce a una segunda constatación que se refleja a lo largo de todo el curso de Foucault: el derecho juega un papel fundamental en los modos de pensar lo económico y en las estrategias programáticas desplegadas en torno del gobierno del mercado. De aquí que una investigación sobre el neoliberalismo requiera tomar nota de las polémicas sostenidas en el interior de la teoría jurídica en relación con el mercado. Un análisis del neoliberalismo y de sus formas contemporáneas no estaría completo sin una reflexión sobre las particularidades de la teoría jurídica del siglo XX.

Estas dos constataciones –el mercado no preexiste a las reglas de juego que lo instituyen y regulan, y el derecho debe pensarse en relación con la economía– hacen del neoliberalismo un objeto especulativo complejo. Dos son las razones de su complejidad. La primera está asociada a los devenires rastreados por Foucault en el curso de 1979, el alemán y el norteamericano. A pesar de que ambos constituyan dos bloques analíticos, en el interior de uno y otro existen heterogeneidades que convendría disponer de mejor manera en un mapa o diagnóstico de nuestra actualidad. Por otro lado, el pensamiento neoliberal ha discurrido alrededor de ciertas polémicas en forma paralela a un conjunto de programas y estrategias de intervención del mercado. Ambas dimensiones conforman la racionalidad gubernamental a la que se refiere Foucault, así como también Lavat y Dardot, sin embargo, la confluencia de ambas hace que el neoliberalismo sea un objeto altamente dinámico y que, en consecuencia, las formas de asirlo analíticamente tengan que sortear dificultades asociadas a su maleabilidad.

En consecuencia, los estudios de gubernamentalidad suponen una perspectiva de abordaje sugerente al momento de lidiar con cambios y regularidades en sistemas de pensamiento y programas de gobierno (Dean, 2014: 5).

Finalmente, uno de los problemas que queda girando alrededor de la presencia del derecho en el pensamiento neoliberal contemporáneo es el de la soberanía. Los programas gubernamentales neoliberales alemán y norteamericano han sabido instituir la presencia del derecho siempre que este se desvincule del Estado. La figura del Estado de derecho sirve a los austriacos para ubicar al Estado como un actor no privilegiado en el conjunto de elementos que compiten en el mercado. En el caso norteamericano del *Law & Economics*, el Estado no aparece con claridad en la relación con el derecho, si no es desde la óptica de los costos que supone su intromisión. A cierta distancia de algunas lecturas –como la de W. Davies– que sugieren la existencia de una paradoja en la presencia y ausencia del poder del Estado (presencia por el lado de la intervención jurídica del mercado, ausencia por la permanente expulsión de todo lo estatal), quizá sea momento de que sean exploradas las nuevas formas en que el derecho se presenta bajo el neoliberalismo, en especial bajo el neoliberalismo norteamericano. Esto supone prestar atención a las propuestas de derecho sin Estado, muchas de las cuales encuentran en la *lex mercatoria* o en la privatización de la justicia algunos precedentes ejemplares.

Bibliografía

- Coase, Ronald. (1960). "The Problem of Social Cost". *Journal of Law and Economics*, Vol. 3, pp. 1-44.
- Davies, William. (2010). "Economics and the 'Nonsense' of Law: the Case of the Chicago Antitrust Revolution". *Economy and Society*, 39:1, pp. 64-83.

- Dean, Mitchell. (2014). "Rethinking Neoliberalism". *Journal of Sociology*, vol. 50: pp. 150-163. Traducción de Esteban Leiva para el seminario "Concepciones del poder: sociedad civil, hegemonía y neoliberalismo". Universidad Nacional de Córdoba, 2015.
- Foucault, Michel. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Harcourt, Bernard. (2012). *The Illusion of Free Markets*. Harvard: Harvard University Press.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.

2

La dimensión estratégica del análisis foucaultiano de las rationalidades gubernamentales

MARILINA DEL VALLE¹

Introducción

El presente escrito explora diferentes lecturas de las relaciones que la analítica de las rationalidades gubernamentales, emprendida por Foucault a finales de los años 70, mantiene con el modelo estratégico focalizado en los juegos reversibles de fuerzas, elaborado por el filósofo francés en *La voluntad de saber*. El trabajo se dirige, en tal sentido, a reconstruir y examinar críticamente dos posibles aproximaciones a las relaciones entre los mencionados enfoques de análisis en una serie de recuperaciones de la analítica de la gubernamentalidad, y a elaborar, ulteriormente, una tercera propuesta de lectura.

De acuerdo con lo anterior, la exposición se divide en dos apartados. En el primero, se reconstruyen dos diferentes aproximaciones a la dimensión estratégica de la analítica de la gubernamentalidad. Por un lado, aquella localizable en los trabajos de Peter Miller y Nikolas Rose –particularmente, en su recuperación del concepto de “programa” planteado por Colin Gordon–. Por otro lado, la que atraviesa la crítica formulada por Lemke al concepto de “falla” y su

¹ Universidad Nacional del Nordeste.

propuesta de una focalización del análisis en las tensiones entre los programas políticos y las resistencias. Con respecto a estas lecturas, se plantea que envuelven una vinculación de la dinámica estratégica a elementos que persisten, de un modo u otro, contrapuestos a la elaboración racional del gobierno político: en el primer caso, el plano local, heterogéneo, perpetuamente instrumentalizable y programable de las tecnologías de poder, y, en el segundo, aquellos patrones de resistencias que signan de conflictos constitutivos a los programas políticos.

En el segundo apartado, se traza una lectura en clave estratégica de la historia de la gubernamentalidad elaborada por Foucault, con el fin de explorar una tercera lectura posible del enfoque del análisis derivado de tales estudios. Esta tercera lectura apuntaría a presentar a la analítica de la gubernamentalidad como una perspectiva de análisis dirigida no solo a las rationalidades políticas o “reflexividades prácticas” que se despliegan movilizadas por los específicos problemas derivados de la irreductibilidad de la materia a gobernar. Antes bien, tal perspectiva de análisis permitiría, además, reconstruir el interjuego de fuerzas desplegándose en el nivel de las rationalidades políticas o gubernamentales, esto es, el campo de tensiones y desplazamientos en virtud del cual las rationalidades políticas se enfrentan y conectan entre sí.

Dos posibles lecturas de las relaciones entre las grillas de la gubernamentalidad y la estrategia: la traducción y las resistencias

En torno a las nociones de “rationalidad política” y “traducción” elaboradas por Peter Miller y Nikolas Rose, es posible trazar un primer enfoque de análisis de las relaciones entre las grillas de la estrategia y la gubernamentalidad, cuyo rasgo distintivo es suponer un juego de correlaciones

perpetuas entre los programas, estrategias y tecnologías de poder locales, y las racionalidades o programas políticos. Tal propuesta de análisis del dominio político formulada por Miller y Rose encuentra su punto de partida tanto en los trabajos del propio Foucault, como en la recuperación que realizan de una serie de conceptos previamente elaborados por Colin Gordon en sus análisis de los trabajos del filósofo francés. Esto es, la tríada compuesta por las nociones de programa, estrategia y tecnología de poder, y la noción de racionalidad gubernamental. En consecuencia, resulta preciso comenzar por un acercamiento a estas últimas nociones.

Gordon, en el epílogo de *Power/knowledge* (1980), en el marco de su reconstrucción del concepto foucaulteano de “poder-saber”, presenta los conceptos de “programa”, “estrategia” y “tecnología de poder” para aludir a tres niveles de la racionalidad inherente a los procedimientos de sujeción, que, a pesar de sus diferencias, deben ser abordados desde su estrecha complementación y correlación (pp. 245-258). En referencia a los programas, afirma que consisten en “discursos cuyo objeto (en ambos sentidos de la palabra) es volver racionalizable, transparente y programable lo real” (p. 245). En este sentido, hace hincapié en el carácter productivo de los programas. Esto es, señala que la noción de programa que es posible localizar en los trabajos de Foucault –a diferencia de la ideología– alude a saberes que configuran lo real al tiempo que lo constituyen como objeto de intervención. Gordon busca resaltar, además, que los programas se caracterizan por encontrarse perpetuamente sujetos a los desajustes introducidos por la irreductibilidad de la materia a la que se dirigen, es decir, los individuos y las poblaciones. Sin embargo, por contrapartida, trazando una figura que ulteriormente va a ser recuperada y también va a transformarse en objeto de críticas, Gordon señala que tales desajustes terminan convirtiéndose en un insu-
mo para el funcionamiento y la creciente elaboración de los programas. Esto quiere decir que Gordon plantea que

estos últimos convierten incesantemente los efectos no programados en materia de nuevas formas de conocimiento e intervención. En el marco de tal distinción tripartita, por otra parte, la noción de tecnología de poder es remitida a aquellos conjuntos de operaciones y elementos heterogéneos pertenecientes al plano de las prácticas no discursivas, de los que se valen los programas para dar forma a la realidad social.

Sin embargo, Gordon señala que las tecnologías de poder no son la simple “aplicación” de los programas, ya que, al margen de la complementación que establecen con estos últimos, conservan siempre una autonomía relativa que las habilita a introducir eventuales modificaciones (Gordon, 1980: 253, *traducción propia*)². En ese sentido, afirma que tal característica de las tecnologías de poder “abre un amplio rango de posibilidades estratégicas” (p. 253). Así, en tal propuesta de lectura, la noción de estrategia viene a introducirse como un instrumento para pensar la complementación entre los “saberes-programas” y las tecnologías de poder más allá de la imagen de una determinación unilateral de la realidad social por parte de un “programador” (p. 246). Si tal imagen “confunde” las nociones de programa, estrategia y tecnología de poder “en un régimen monolítico de sujeción” (p. 245) –o mejor, asimila las últimas dos a la primera–, el análisis de Gordon va a dirigirse a trazar una clara diferenciación entre el nivel de los programas, por un lado, y el de los efectos no programados, por otro (p. 253). De acuerdo con esto, afirma que las estrategias –a diferencia de los programas estabilizados en el orden elaborado del discurso, la racionalidad y la reflexión (p. 246)– remiten a la “multiplicación, adaptación y reorganización de efectos” (p. 253) en el plano de las prácticas no discursivas. En este aspecto, la racionalidad de la estrategia refiere a una particular forma de disponer una heterogeneidad de

² Los pasajes del mencionado texto de Gordon citados en lo sucesivo constituyen también traducciones propias.

elementos y prácticas que, en la medida en que emerge como una respuesta inmediata ante los efectos no programados, reviste un carácter táctico y provisorio. Por otra parte, Gordon señala que la racionalidad de la estrategia remite a “una función lógicamente híbrida (y a veces elusiva) que integra la producción de efectos con la utilización de esos efectos”. (p. 252). En consecuencia, en el marco de tal propuesta de lectura —los “programas-estrategias”— no adquieren determinación sino hasta el momento en que adquieren la coherencia que las constituye en programas. Así, sostiene Gordon:

[...] siempre existe la posibilidad de que el resultado de dos programas-estrategias en competición o conflicto sea la composición de un tercero. La coherencia lógica integrada del programa sirve aquí como vehículo para la flexibilidad improvisada de la estrategia (p. 252).

En el marco de tal recuperación, por lo tanto, se configura una contraposición entre el nivel discursivo y coherente que define la racionalidad de los programas, y el “mínimo de racionalidad” (p. 251) atribuible —por su dinamismo y heterogeneidad— a las estrategias. De acuerdo con tal aproximación a la noción de estrategia, y manifestando cierta extrañeza frente al hecho de que Foucault haya planteado la posibilidad de remitir tal noción a una forma de racionalidad, Gordon pone de relieve ciertas dificultades analíticas que esta presenta para el análisis de los procesos de constitución de las configuraciones de poder:

[...] la lógica estratégica no puede en sí misma implicar ningún tipo de coherencia necesaria. En otras palabras, una historia no puede *basarse* en el concepto de “estrategia”. Este concepto solo deviene pertinente como un instrumento para el desciframiento histórico en el punto en el que la instrumentalización del terreno social interactúa con su formación por parte de programas y tecnologías de poder (p. 252).

A través de tal recuperación de los conceptos de “programa”, “tecnología de poder” y “estrategia” en las investigaciones de Foucault, y a partir del énfasis en las relaciones que establecen entre sí, el objetivo de Gordon es permitir “un análisis no de la correspondencia perfecta entre los órdenes del discurso, las prácticas y los efectos, sino de la manera en la cual fallan en corresponder, y del significado positivo que pueden alcanzar tales discrepancias” (p. 247). Sin embargo, en virtud de lo expuesto, podría considerarse que el modo bajo el cual, desde tal propuesta de lectura, se piensa la dimensión de la estrategia vinculada a la de los programas plantea una paradoja a la hora de concebir los efectos de la primera en los segundos. En la medida en que el análisis de Gordon traza un proceso por el cual los efectos no programados vendrían a ser infinitamente reutilizados por los programas, tal movimiento termina por abolir el carácter agonístico que se pretende imprimir a la racionalidad programática a través de su vinculación con el nivel de la estrategia. Por otra parte, tal enfoque de lectura, aun a pesar de insistir en sus correlaciones, traza, en lo fundamental, una separación entre el plano estratégico y el de los programas.

En posteriores trabajos, desplegados entre fines de los años 80 y principios de los 90, Gordon (1987; 2015) recuperó el concepto de “racionalidad gubernamental” atendiendo a ulteriores estudios de Foucault (2016b; 2016a) sobre el problema del poder. Con respecto a esta última noción, que extrae de los análisis del filósofo francés en torno a la constitución de los gobiernos modernos, sostiene que alude a aquellas reflexiones sobre el ejercicio de poder que debe dirigirse, de un modo simultáneo, hacia el individuo y el conjunto de la población. Un análisis de las racionalidades gubernamentales envuelve emprender “el registro histórico de las problematizaciones de gobierno, de las preguntas acerca de cómo y qué gobernar, de cómo el gobierno es posible, de los principios esenciales de un ‘arte de gobierno’”

(1987: 297, *traducción propia*)³. Esto es, un estudio acerca de la dinámica de reflexiones movilizada en torno al ejercicio del gobierno, que da lugar a los procedimientos, los objetos y los “principios” alrededor de los cuales vienen a articularse tales prácticas. Por otra parte, del mismo modo que para el caso de los programas de poder-saber, Gordon hace hincapié en el carácter discursivo de las racionalidades gubernamentales. En esta dirección, sostiene:

Foucault no está diciendo [...] que no existe otra realidad que la del discurso. Pero está insistiendo [...] en la necesidad de cierta clase de nominalismo histórico; la economía y la sociedad, los objetos de gobierno modernos son entidades cuya inteligibilidad depende de las formas de codificar y articular lo real que han sido inventadas. Está asegurando que estos objetos de gobierno tienen particulares pre-condiciones materiales y conceptuales, de las que depende su existencia y su operatividad en conocimientos específicos, técnicas, experticias (1987: 297-298).

Sin embargo, el modo de relación con el saber presupuestado por el concepto de racionalidad gubernamental atiende a elementos que vuelven irreductible aquella noción a una transcripción colectiva del poder-saber. Dicha especificidad se encuentra ligada a la vinculación que establece Gordon entre tal concepto y el ulterior desplazamiento ético de los estudios del filósofo francés. De acuerdo con esto, señala que “en sus últimos libros, Foucault [describió] todo su trabajo como un estudio de problematizaciones, esto es, de las formas en que los seres humanos se conciben y se dirigen a sí mismos, y a los diferentes aspectos de su ser individual y colectivo, como problemas” (1987: 297). Atendiendo a este elemento, en tal análisis la racionalidad gubernamental es presentada en los términos de una forma

³ Todas las citas de “The Soul of the Citizen: Max Weber and Michel Foucault on Rationality and Government” fueron traducidas por la autora del presente artículo.

de pensamiento transversal a la sociedad, es decir, “capaz de hacer algún tipo de actividad pensable y practicable, tanto para sus ejecutantes como para aquellos sobre quienes esta práctica se ejerce” (2015: 3). En tal contexto, sugiere Gordon, el concepto de “racionalidad gubernamental” traza un desplazamiento con respecto a la concepción “meramente utilitaria” (2015: 9) del conocimiento en el esquema del poder-saber. Por contrapartida, la analítica de la gubernamentalidad, en virtud de la incorporación de elementos del legado cristiano que habilita para el análisis de las configuraciones modernas de poder, permite atender, asimismo, a la dimensión ética –o moral– involucrada en la relación del sujeto con la verdad (Gordon, 2015: 9).

Por otra parte, es posible afirmar que dentro del análisis de Gordon la rationalidad gubernamental envuelve, además, una dimensión estratégica. Sin embargo, esta dimensión no remite ya, en lo fundamental, a las correlaciones entre la formación programática del campo social y la instrumentalización agonística de sus desajustes, como tampoco se pone en juego eminentemente en las tensiones que se despliegan en el terreno regional de las tecnologías de poder. En el marco de la analítica de las rationalidades gubernamentales, el nivel estratégico puede localizarse en la perpetua relación de tensión que traza entre el gobierno y las libertades de los sujetos (2015: 6), en virtud de la cual se plantea que el primero “actúa sobre y a través de una serie abierta de posibilidades éticas y prácticas” (2015: 9). No obstante, Gordon entiende que tal relación, particularmente en su forma liberal, supone “una problemática prodigiosamente fértil, un vector continuo de invención política” (2015: 21).

Ulteriormente, en “Political power beyond the State: problematics of government” Miller y Rose (1992) exploran, bajo el influjo de los antes señalados análisis de Gordon, las herramientas que la analítica de la gubernamentalidad podría ofrecer a la teoría social, en especial, para abordar las transformaciones del liberalismo en las sociedades

occidentales modernas. En esta dirección, afirman que una indagación focalizada en las “problemáticas de gobierno” (p. 175, *traducción propia*)⁴ habilitaría el análisis de las mencionadas mutaciones, en la medida en que escapan a la clásica concepción del Estado bajo la forma de una estructura jurídica o un aparato de dominación contrapuesto a la sociedad civil (Rose, 1996: 42-43). Desde tal propuesta de lectura, el concepto de “gubernamentalidad” permite poner de manifiesto la multiplicidad de autoridades, mecanismos y fuerzas locales que se articulan en el ejercicio de la racionalidad política liberal.

En el mencionado artículo, el análisis de las “problemáticas de gobierno” se presenta dividido en dos niveles principales que se encuentran en correlación: el nivel de las “racionalidades políticas” y el conjunto heterogéneo de los “programas, cálculos y técnicas” en el que se concretan las prácticas de gobierno (Miller y Rose, 1992: 174). El primero de estos planos alude al ensamblaje de una serie de saberes acerca de la naturaleza de los objetos que gobernar, a un lenguaje específico y de carácter performativo, y a un conjunto de ideas morales acerca de los fines del gobierno (pp. 178-181). Estos tres elementos, de acuerdo con tal lectura, articulan el nivel de los ideales generales en torno de los cuales se constituye el dominio de lo político. No obstante, tal propuesta de análisis apuesta a poner de relieve las correlaciones continuas que las rationalidades políticas mantienen con la dinámica desplegada en el nivel local. En este punto, recuperando un concepto previamente formulado por Gordon, Miller y Rose afirman que los programas de gobierno aluden a aquellos proyectos que “buscan configurar espacios específicos y relaciones en formas consideradas deseables”, y que se constituyen en virtud de una continua tendencia hacia la rectificación de las “fallas” (pp. 181-183). Desde esta propuesta de lectura, entonces,

⁴ En lo sucesivo, los pasajes citados en el presente apartado configuran traducciones propias.

destacando los perpetuos intercambios entre el nivel de los ideales políticos generales que constituyen las rationalidades políticas, y la dinámica de los programas configurados en torno de problemáticas específicas, se busca sortear la idea de una determinación vertical de los espacios locales por parte del “poder de Estado”. Dentro de este marco, se sostiene, antes bien, que “la posibilidad de traducción entre las moralidades, epistemologías e idiomas del poder político, y el gobierno de un espacio problemático específico, establece una mutualidad entre lo que es deseable y lo que se hace posible a través de las actividades calculadas de las fuerzas políticas” (p. 182). Esta correspondencia de la escala de las rationalidades políticas con la de los programas de gobierno recibe en el mencionado artículo el nombre de “traducción” (p. 181).

Esta crítica a la concepción del Estado bajo la forma de una instancia unificada de concentración del poder (Rose, 1996a: 42-43), centrada en las nociones de rationalidad política y traducción, es continuada por Rose (1996a) en “Governing ‘advanced’ liberal democracies”. En tal artículo, se propone, antes bien, analizar

la traducción del pensamiento y la acción desde un “centro de cálculo” en una diversidad de espacios dispersos a través del territorio –traducción en el sentido de un movimiento de un lugar a otro-. A través de la multitud de tales relevos móviles, se establecen relaciones entre aquellos que están espacial y temporalmente separados, y entre eventos y decisiones en esferas que, sin embargo, mantienen su autonomía formal (p. 43).

Sin embargo, en tal texto, Rose afirma que “es solo en la medida en que tales alineamientos de diversas fuerzas pueden establecerse que la acción calculada sobre la conducta a través del espacio y el tiempo puede tener lugar” (Rose, 1996a: 43).

Es posible considerar que la dimensión estratégica también atraviesa, de alguna manera, la concepción del análisis de la gubernamentalidad localizable en los mencionados textos de Miller y Rose. De su distinción y vinculación entre el nivel general de las racionalidades políticas y el nivel de los programas y tecnologías de poder focalizados en problemáticas específicas, se desprende que la dimensión estratégica de la analítica de la gubernamentalidad deriva, en lo fundamental, de su focalización en las conformaciones locales de poder imbricadas en la irreductibilidad de las prácticas y en los juegos de fuerzas que estas envuelven. En efecto, en otro escrito de 1996, Rose (1996b) pone de manifiesto tal asociación, al definir el nivel estratégico de análisis de las prácticas de gobierno como aquel constituido por “formas de autoridad y aparatos considerados no políticos” –sea el conocimiento de los expertos, el conocimiento judicial de las cortes, el conocimiento organizacional de los gerentes, o el conocimiento ‘natural’ de la familia y la madre” (p. 28). Este pasaje ilustra, por lo tanto, un rasgo presente tanto en “Political Power beyond the State” como en “Governing ‘advanced’ liberal democracies”; es decir que, para constituir un análisis de lo político enfocado en las formas de reflexión concretas a partir de las cuales dicho campo se constituye, resulta indispensable atender a las transacciones que las racionalidades políticas mantienen con la dinámica estratégica y regional de los programas y las tecnologías de gobierno. De tal manera, tales trabajos prometen trascender la idea del “poder de Estado”, y abrir paso a un análisis de la heterogeneidad constitutiva de las racionalidades políticas (Miller y Rose, 1992: 183-184) y sus transformaciones.

Sin embargo, en el marco de tal análisis, la constitución de un dominio de lo político, o de las racionalidades políticas, descansa sobre la posibilidad de que la heterogeneidad y movilidad de los programas y las tecnologías de gobierno venga a cohesionarse, a partir de la “victoria” de uno de los programas (p. 182), en torno a unos saberes, un lenguaje,

ideas morales y problemas comunes. Miller y Rose afirman, así, que, “en la medida en que los actores han llegado a entender su situación de acuerdo con una lógica y un lenguaje similar, a considerar sus objetivos y su destino en cierto modo inextricables, están ensamblados en móviles y frágiles redes” (Miller y Rose, 1992: 184). La constitución de un dominio político –de racionalidades políticas traducidas en la interconexión de los múltiples programas de gobierno locales–, en sintonía con esto, depende del ordenamiento o “alineamiento” de la heterogeneidad de los programas, tecnologías y estrategias locales de acuerdo con principios comunes (Rose, 1996: 43).

Asimismo, se puede encontrar en “Foucault, Politics and Failure”, de Thomas Lemke (Lemke, 2013), otra aproximación a las relaciones entre la analítica de la gubernamentalidad y la dimensión estratégica. Desde esta segunda lectura, se entiende que atender al carácter estratégico del gobierno supone colocar en el centro del análisis las relaciones entre las tentativas del gobierno y las resistencias. Lemke plantea tal lectura de la grilla de la gubernamentalidad con el fin de sortear lo que considera las dificultades de varias recuperaciones anglosajonas de tal grilla de análisis, para pensar la constitución y la dinámica de transformación de los programas de gobierno atendiendo a su dimensión agonística (pp. 38-45). De acuerdo con Lemke, la imagen homogénea y progresiva de los programas de gobierno derivada de tales estudios se vincula a tal dificultad. Así, afirma que

algunos autores han tendido a tratar los programas como entidades cerradas y coherentes, como logros y triunfos antes que como proyectos y esfuerzos. A menudo han explicado de qué maneras los programas han oscurecido exitosamente las alternativas políticas, obstruyendo la resistencia y la oposición. Los programas gubernamentales fueron con frecuencia representados totalizantes y poderosos, en tanto que la contestación permanece residual y marginal (pp. 42-43).

Para Lemke, si bien existe una tendencia en tales recuperaciones a poner de relieve “la fragilidad y el aspecto dinámico del gobierno” (p. 43), en la medida en que se lo presenta como una “operación permanentemente fallida” (p. 43), la noción de “falla” (p. 43) impide incorporar en el análisis un elemento fundamental, esto es, la dimensión productiva de las resistencias. De acuerdo con Lemke, una de las principales críticas que se ha señalado al concepto de “falla” es que traza una imagen eminentemente negativa de las resistencias. Es decir, en virtud de tal noción el análisis se limita a concebir a las resistencias desde la perspectiva del programa, bajo la forma de obstrucciones a su realización. En otras palabras, se establece una contraposición entre la “pureza del programa” y la “confusa realidad” (p. 44), en virtud de la cual las resistencias son pensadas bajo la forma de focos de oposición de carácter irracional y marginal, inscritos en un proceso de asimilación incesantemente exitoso. Sin embargo, en cuanto tales, las resistencias son emplazadas fuera del campo de los programas de gobierno (pp. 42-43). Para Lemke, entonces, esta clase de lectura impide pensar los conflictos que envuelve el proceso de constitución de los programas. Encuentra en la profundización de la dimensión estratégica del enfoque de la gubernamentalidad una herramienta que “permite poner el foco en los conflictos y las oposiciones que avanzan contra las tecnologías y racionalidades constituyendo las prácticas gubernamentales” (pp. 44-45).

En este marco, Lemke plantea que las resistencias no se limitan a configurar “externalidades” que se producen en los “intervalos” entre los programas y su “realización” (p. 43). Antes bien, sostiene, las resistencias revisten una racionalidad propia que las acerca a los programas, y en virtud de la cual trazan una relación paradójica con estos últimos. Así, señala Lemke:

La oposición y las luchas [...] no están limitadas a alguna clase de energía negativa o capacidad obstructiva. Antes que “distorsionar” los planes “originales”, ellas, por el contrario, son siempre ya parte de ellos, contribuyendo activamente a “concesiones”, “fisuras” e “incoherencias” constitutivas de tales programas. Así, un análisis del gobierno debe tomar en cuenta las “rupturas” o “brechas” interiores a los programas –viéndolas no como signos de sus fallas, sino como la propia condición de su existencia– (p. 43).

La paradoja de la relación entre los programas políticos y las resistencias, por lo tanto, radica en que estas últimas se configuran bajo la forma de movimientos de oposición que, a través de un juego agonístico de correlaciones, se integran a aquellos programas “contribuyendo” a la fragilidad de su constitución. De esta manera, las resistencias, antes que a un proceso de racionalización progresiva, remiten a una suerte de espacios de “irracionalidad” constitutivos de la racionalidad política (pp. 43-45). Desde esta perspectiva, Lemke señala que, aun cuando varias lecturas anglosajonas insistieron en la pluralidad de tecnologías y programas que articulan el dominio político en las sociedades liberales modernas, no abrieron espacio para pensar en el carácter agonístico de tales configuraciones. De acuerdo con esto, afirma que “los estudios de gubernamentalidad no solo tienen que asumir la pluralidad de racionalidades y tecnologías, sino que también tienen que entenderlas como plurales, desordenadas y contradictorias” (p. 41). Así, podría considerarse que, si las fallas fueron concebidas en algunas lecturas de la analítica de la gubernamentalidad bajo la forma del móvil perpetuo del progreso de las racionalidades políticas (Lemke, 2013: 38-41), el replanteamiento de la dimensión estratégica a través del problema de las resistencias configura, para Lemke, un camino posible para sortear tal lectura “teleológica” y poner de relieve la dimensión histórica, agonística y múltiple que interviene en su proceso de constitución (pp. 39-40). Siguiendo a Lemke, en este sentido, las resistencias se correlacionarían con los programas

instando en estos últimos “concesiones”, “fisuras” e “incoherencias” (p. 43). Este desplazamiento del análisis remite a unas rationalidades políticas que no pueden estabilizarse sino bajo formas constitutivamente heterogéneas, conflictivas y contradictorias.

Por lo tanto, tal lectura en clave estratégica de la analítica de la gubernamentalidad, focalizada en las relaciones de coproducción entre los programas de gobierno y las resistencias, plantea la existencia de una relación paradójica entre ambos elementos, en la medida en que son presentados como estratos de la realidad que persisten irreductibles. En efecto, dos años atrás, en colaboración con U. Bröckling y S. Krasmann (Bröckling, Krasmann y Lemke, 2011: 17-20), Lemke había insistido en el carácter a la vez agonístico y constitutivo de las resistencias. Sostenía que, para abordar un análisis de las configuraciones de gobierno, “el énfasis debería ponerse en hacer visible una relación performativa en la cual las estrategias de gobierno y los patrones de resistencia se encuentran y definen uno a otro” (p. 18). Dentro de este marco, la noción de resistencia alude, sostenía Lemke, “a dos cosas muy dispares” (p. 19). Por una parte, tal noción remite a aquello que se opone pasiva o activamente a los esfuerzos gubernamentales; pero, por otra parte, también a “contra-regímenes” que componen un juego de tensiones constitutivas con el gobierno. En esta medida, afirma Lemke, la contradicción que envuelve la noción de resistencia radica en que alude tanto a aquel movimiento que “dirige y da forma al poder”, como a la espontaneidad del “contraataque” (Bröckling, Krasmann y Lemke, 2011: 19). Por lo tanto, en tal planteo el énfasis en el carácter paradójico del concepto de “resistencia” reintroduce una contraposición entre el nivel de las “estrategias de gobierno” (p. 18) y su apropiación discursiva del campo social, por un lado, y aquellos movimientos que buscan agonísticamente sustraerse a tal apropiación configurando “patrones” (p. 18) de prácticas irreductibles al gobierno. Esto es, a pesar de su carácter productivo, y si bien no aluden a una pura

espontaneidad, las resistencias, en el marco del análisis de Lemke, se configuran a partir del dilema de no poder alcanzar una forma elaborada, en la medida en que su configuración discursiva tiende a asimilarlas a aquellas estrategias de gobierno a los que se oponen (Bröckling, Krasmann y Lemke, 2011: 7, 18).

El campo estratégico de las rationalidades políticas en la “historia de la gubernamentalidad”

Podría considerarse que la heterogeneidad de las rationalidades gubernamentales es trazada de diferentes modos a través de la “historia de la gubernamentalidad”, elaborada por Foucault en sus seminarios Seguridad, territorio, población (2016b) y Nacimiento de la biopolítica (2016a). En el primero de estos cursos, el filósofo francés busca poner de manifiesto la heterogeneidad absoluta entre la rationalidad inmanente al ejercicio del gobierno, y la configuración jurídico-institucional en virtud de la cual se constituyen los Estados modernos. En el segundo, por contrapartida, el análisis se desplaza hacia el trazado de los juegos de tensiones y desplazamientos que permiten dar cuenta de la singular mixtura para la cual se configuran las diferentes artes de gobierno.

Así, en Seguridad, territorio, población se plantea que la constitución de la gubernamentalidad moderna supone el desplazamiento de la antigua soberanía jurídica, sujeta a principios trascendentales de verdad y justicia, hacia el despliegue del gobierno bajo la forma de un conjunto de cálculos continuos dirigidos a la administración de las fuerzas de la población. De acuerdo con el filósofo francés, la primera formulación de la razón gubernamental moderna, denominada “razón de Estado”, tiene lugar durante el siglo XVII, momento en el que el relativo equilibrio entre la pluralidad de Estados europeos instaurado a través del Tratado de

Westfalia, los emplazaba en una situación de amenaza permanente, al tiempo que les permitía preservar la soberanía. En estas condiciones, señala el filósofo francés, la política deviene una “física”, en la medida en que la materialidad de los Estados y su administración en competencia con otros Estados se convierte en un problema central, lo que da lugar a la estabilización de un nuevo campo de reflexiones imbri-cadas en las prácticas de gobierno y, en lo fundamental, ajenas al régimen jurídico. En efecto, Foucault hace hincapié en que, si en la política externa los nacientes Estados europeos trazaban objetivos limitados para mantener un balance de fuerzas, esto, en el nivel de su política interna, se traducía en objetivos ilimitados. Es decir, en una “policía positiva” (2016b: 355-378, 404-405) tendiente a una intervención cada vez más exhaustiva de “los hombres y las cosas” (p. 130). Así, a través de la multiplicación de los mecanismos de control y el desarrollo de saberes, el objetivo del gobierno es acrecentar y optimizar el cuerpo de la población en el que descansan las fuerzas del Estado. La apuesta de Foucault, en este marco, es proponer un camino de análisis del Estado, aun en sus formas más patentemente coercitivas, bajo la forma de una racionalidad de gobierno que responde a problemas específicos, sorteando, por contrapartida, la crítica al Estado bajo la forma de un “monstruo frío” enfrentado a la sociedad civil (pp. 20-23, 93-97).

Con respecto a la razón de Estado, entonces, Foucault señala que se traza a partir de un conflicto constitutivo con la teoría jurídica de la soberanía. En este sentido, afirma que la razón de Estado se configura bajo la forma de un “golpe de Estado permanente” (pp. 293-326). Esto es, si bien tal racionalidad encuentra eventualmente en el derecho un recurso táctico, en la medida en que se proyecta hacia la necesidad de salvar el Estado, la forma ulterior de la ley viene a configurar la suspensión del derecho. En este sentido, Foucault sostiene que

el golpe de Estado no es una ruptura con respecto a la razón de Estado. Al contrario, es un elemento, un acontecimiento, una manera de actuar que se inscribe en el horizonte general, la forma general de la razón de Estado, es decir, algo que excede las leyes o, en todo caso, que no se somete a ellas (p. 303).

El golpe de Estado se piensa, entonces, desde tal racionalidad, bajo la forma de un movimiento violento asentado por el propio Estado hacia el interior de sus fronteras, para hacer frente a la necesidad de salvarse. Entre la razón de Estado y el derecho se traza una relación de “absoluta heterogeneidad” (Foucault, 2014: 45), en virtud de la cual el derecho permanece siempre como un elemento exterior.

En la segunda mitad del siglo XVIII, una serie de acontecimientos se conjugan y así dan lugar a la constitución del arte en un gobernar liberal. En primer lugar, ocurre la emergencia de la población –que antes configurara la fuerza del Estado– bajo la forma de un cuerpo colectivo irreductible al principio de obediencia y el régimen de la soberanía, en la medida en que encuentra en el juego de los intereses particulares el motor de su desenvolvimiento. En segundo lugar, se da la configuración de los análisis económicos como un campo de saber independiente del Estado. Y, finalmente, tiene lugar la emergencia de aquellas formas específicas de ejercicio de poder a partir de la desregulación que el filósofo francés llama “mecanismos de seguridad” (pp. 19-108). Así, Foucault señala que, en el marco de los análisis económicos liberales, la población viene a ser concebida como una realidad sujeta a procesos que responden a leyes semejantes a las de los fenómenos naturales, procesos que a través del tiempo desencadenan una mecánica espontánea de autorregulación. Por contrapartida, tal cuerpo colectivo es pensado también en aquellos análisis bajo la forma de una realidad que es posible y necesario intervenir a través de un conjunto de procedimientos específicos, cuya finalidad es regular esa espontaneidad de la población en

la que viene a encontrarse el principal punto de apoyo del gobierno. Así, de acuerdo con Foucault, correlativamente a tal concepción del “sujeto-objeto” (p. 64) de la población en el marco de los análisis económicos, la gubernamentalidad liberal articula un conjunto de políticas dirigidas al “medio”, que buscan abordar los problemas que afectan a la población (e.g., escasez, enfermedad) habilitando las interconexiones entre los elementos que la constituyen. Esto es, aquello que el filósofo francés llamó “mecanismos de seguridad” (Foucault, 2016b: 19-108). Con respecto a estos mecanismos, Foucault señala:

[...] se intentará aprehender [las cosas] en el plano de su realidad efectiva. Y el mecanismo de seguridad va a funcionar a partir de esa realidad, al tratar de utilizarla como punto de apoyo y hacerla actuar, hacer actuar sus elementos en relación recíproca. En otras palabras, la ley prohíbe, la disciplina prescribe, y la seguridad, sin prohibir ni prescribir, y aunque eventualmente sé de algunos instrumentos vinculados con la interdicción y la prescripción, tiene la función esencial de responder a una realidad de tal manera que la respuesta la anule: la anule, la limite, la frene o la regule. Esta regulación en el elemento de la realidad es, creo, lo fundamental en los dispositivos de la seguridad (Foucault, 2016b: 68-69).

Es posible considerar, por lo tanto, que estos análisis de Foucault trazan la transformación en virtud de la cual la razón gubernamental moderna, en la segunda mitad del siglo XVIII, se desplazó desde la figura de la razón de Estado hacia aquella otra forma de gobierno articulada en torno del principio de *laissez faire* (Foucault, 2016a: 43-51). Sin embargo, de acuerdo con el filósofo francés, esta transformación se desplegó a través de dos momentos. El primero alude al programa fisiocrático orientado a vedar el campo económico al ejercicio de la soberanía política. La dificultad de esta propuesta es que envuelve un conflicto constitutivo entre la racionalidad liberal dirigida hacia la habilitación de las libertades en el campo económico, y la persistencia de

la policía positiva de la razón de Estado a cargo del cuerpo social. En tal sentido, para el filósofo francés, el liberalismo se define positivamente en cuanto racionalidad gubernamental, antes bien, en su forma “clásica”. En efecto, los análisis de Foucault sobre el liberalismo clásico, en segundo lugar, se dirigen a localizar la racionalidad específica en el marco de la cual el principio de *laissez faire* puede ser pensado como una forma de intervención que busca actuar a través del desenvolvimiento de los mecanismos de la población. Hacia el final del curso Seguridad, territorio, población, Foucault afirma que, a partir de las transformaciones de la segunda mitad del siglo XVIII, el proyecto de una policía unitaria se “descomponerá” y da lugar a un nuevo ordenamiento de la racionalidad gubernamental. En tal momento, señala el filósofo francés en referencia a los mecanismos de seguridad: “[...] el crecimiento ordenado y todas las funciones positivas quedarán a cargo de una serie de instituciones, aparatos, mecanismos, etc., y la eliminación del desorden será responsabilidad de la policía” (pp. 405-414). Esto pone de manifiesto, por lo tanto, la insistencia de Foucault en presentar a la gubernamentalidad liberal bajo la forma de una limitación de la razón de Estado que, a diferencia del discurso jurídico, configura una “limitación interna” de la racionalidad de gobierno (Foucault, 2016a: 26).

En este caso, por lo tanto, el enfrentamiento no se presenta tanto como un juego de heterogeneidades absolutas, sino como un conjunto de transacciones y desplazamientos entre racionalidades constituidas –al menos inicialmente– alrededor del problema de la administración de la población. Dentro de este marco, entonces, la dimensión estratégica del análisis de la gubernamentalidad atiende a unos juegos de tensión cofundadora entre diferentes racionalidades de gobierno. El liberalismo, afirma Foucault, “no es algo distinto de la razón de Estado, no es un elemento externo y negador de esta; es más bien el punto de inflexión de la razón de Estado en la curva de su desarrollo” (p. 44). El principio de *laissez faire*, por lo tanto, debe ser leído bajo la

forma de un reacomodamiento “frugal” (p. 44) de la necesidad y el principio que ordena “gobernar cada vez más” (2016b: 355-391). En tal sentido, el filósofo francés busca poner de relieve la racionalidad liberal en su positividad, y presentar, de este modo, una lectura diferente de aquella que lo concibe en términos de ideología (pp. 70-71). En los análisis de Foucault, el principio de *laissez faire* no alude tanto al repliegue de la intervención política concomitante a la instalación –con la consolidación del capitalismo– de los mecanismos de dominación en las relaciones de producción económica, como a un desplazamiento táctico de la razón de Estado en torno del cual se configura ulteriormente una nueva estrategia de gobierno.

En efecto, al final del curso Seguridad, territorio, población, Foucault se interesa por poner de manifiesto que existe un elemento al que había prestado poca atención, a través de las lecciones abocadas a trazar la especificidad de la razón de Estado. Esto es, la serie de “contraconductas” que se levantan concomitantemente a la estabilización de aquella gubernamentalidad (pp. 221-261, 405-409). En ese contexto, el filósofo francés alude, en primer lugar, a un conjunto de movimientos de contraconducta que busca desplazar aquella “historicidad de la razón de Estado” –es decir, su proyección hacia un desarrollo indefinido– y presenta a la sociedad civil liberándose de las tutelas del Estado y asimilando en su propia trama al gobierno. En segundo lugar, menciona aquellos movimientos que rechazan el principio de obediencia y trazan la figura de una población que vendría a reemplazar la ley del Estado por la ley de sus propias necesidades, y cobran la forma del “derecho absoluto a la revuelta” (p. 407). Finalmente, un tercer grupo de movimientos de contraconducta señalado por el filósofo francés es aquel en el que se invoca la figura de una población que va a lograr recuperar –sustrayéndola al Estado– la facultad para decir su propia verdad. Es posible considerar que, al concluir el mencionado curso, Foucault menciona tal conjunto de contraconductas, no tanto con el fin de

plantear el problema de la resistencia al gobierno, sino con la intención de restituir el campo estratégico y la relación de tensión cofundadora que enfrenta y conecta, simultáneamente, al liberalismo y la razón de Estado. Así, sugiere:

[...] me pregunto si no será posible [...] decir que, en el fondo, las contraconductas cuyo desarrollo presenciamos en correlato con la gubernamentalidad moderna [...], cuyo objetivo esencial era, precisamente, rechazar la razón de Estado y sus exigencias fundamentales [...] a través de las transformaciones que les señalé, tienen como apuesta los mismos elementos que esa gubernamentalidad había terminado por poner de manifiesto, es decir, los elementos que son la sociedad opuesta al Estado, la verdad económica con respecto al error, a la incomprendión, a la ceguera, el interés de todos en contraste con el interés particular, el valor absoluto de la población como realidad natural y viviente, la seguridad con respecto a la inseguridad y el peligro, la libertad con respecto a la reglamentación (Foucault, 2016b: 406).

Foucault se pregunta, entonces, si es posible ver en las apuestas de la nueva gubernamentalidad constituida por el liberalismo, antes que una oposición a la razón gubernamental moderna, un conjunto de movimientos que conducen a un descentramiento de la figura del Estado, acompañado de un reacomodamiento y desplazamiento de esta última y de la racionalidad gubernamental.

Sería posible pensar que tal imagen de un juego complejo de transacciones y desplazamientos en las formas del cálculo gubernamental es la que se pone de manifiesto en la noción de “lógica de la estrategia”. Al comenzar el curso Nacimiento de la biopolítica, habiendo aludido, de tal modo, a la gubernamentalidad liberal clásica –bajo la forma de una limitación interna de la razón de Estado–, Foucault presentaba la noción de lógica de la estrategia como un instrumento que permite abordar en su singularidad la concepción de la libertad y del derecho constituida por las problematizaciones liberales de las prácticas de gobierno

(2016a: 39-40 y 55-65). En ese marco, sostiene que “la heterogeneidad nunca es un principio de exclusión [...], jamás impide la coexistencia, ni la unión, ni la conexión” (Foucault, 2016a: 62). Asimismo, afirma:

Una lógica de la estrategia no hace valer elementos contradictorios en un elemento de lo homogéneo que promete su resolución en una unidad. La función de esa lógica de la estrategia es establecer las conexiones posibles entre elementos dispares y que siguen dispares. La lógica de la estrategia es la lógica de la conexión de lo heterogéneo y no la lógica de la homogeneización de lo contradictorio (Foucault, 2016a: 62).

En tal contexto, Foucault introduce la noción de lógica de la estrategia con el fin de matizar y precisar las diferencias entre las concepciones de la libertad y el derecho implicadas en dos diferentes artes de gobierno. Por una parte, el “camino rousseauiano” vinculado al derecho público y los derechos del hombre, planteados como límites externos al poder gubernamental constituido bajo la forma de la razón de Estado. Por otra parte, el “camino utilitario” (p. 63), ligado a la reivindicación de la independencia de los gobernados y desplegado, con la emergencia de la gubernamentalidad liberal, en los términos de una limitación interna a la razón gubernamental moderna. La perspectiva de la lógica de la estrategia le permite al filósofo francés, en este marco, remarcar las diferencias que separan a ambos sistemas, resaltando al mismo tiempo que no por ello mantienen una relación de contradicción. Antes bien, ambos esquemas jurídicos, articulados en torno a diferentes modos de pensar la libertad y el derecho, aluden a “dos procedimientos, dos coherencias, dos maneras de obrar [...] heterogéneas”, entre las cuales es posible trazar “puentes, pasarelas, junturas” (2016a: 63). En un manuscrito del mencionado curso, Foucault también señalaba, en referencia al desplazamiento táctico del discurso del derecho, formulado en virtud de la necesidad de autolimitación de la práctica gubernamental, que

no son dos sistemas que se suceden, y ni siquiera que van a entrar en un conflicto insalvable. “Heterogeneidad” no quiere decir ‘contradicción’ sino ‘tensiones, fricciones, incompatibilidades mutuas, ajustes exitosos o malogrados, mezclas inestables’ [...]. También quiere decir ‘tarea retomada sin cesar’, porque nunca se acaba, para establecer ya sea una coincidencia, ya sea, al menos, un régimen común (Foucault, 2016a: 39).

Es posible considerar que estas aclaraciones de Foucault, antes que reiterar el planteo de una “heterogeneidad absoluta” puesto de manifiesto mediante el análisis de las relaciones entre la razón de Estado y el derecho, tenían el objetivo de anticipar el tipo de investigación que buscaría llevar a cabo a través de tales lecciones en torno a las diferentes transformaciones del clásico principio de *laissez faire*, introducidas por los liberalismos del siglo XX en Alemania, Francia y Estados Unidos. En sus estudios sobre los replanteamientos de la racionalidad política liberal llevados a cabo por tales racionalidades de gobierno, el filósofo francés buscaría trazar no tanto el carácter constitutivo de la coexistencia en conflicto de diferentes racionalidades de gobierno, sino las “mezclas inestables” (p. 39) en virtud de las cuales vienen a determinarse en su singularidad. En este sentido, en sus análisis sobre el neoliberalismo (pp. 357-358), Foucault buscaba poner de manifiesto diferentes reediciones tácticas de la intervención estatal y las instituciones jurídicas. En efecto, al concluir tales análisis, vuelve a hacer hincapié en la existencia de “toda una serie de racionalidades gubernamentales que se encabalgan, se apoyan, se rebaten, se combaten unas a otras” (p. 358), y, en virtud de ello, en la naturaleza entremezclada de las racionalidades de gobierno.

Conclusiones

El presente trabajo, por una parte, buscó analizar dos diferentes perspectivas de lectura de la dimensión estratégica de la analítica de la gubernamentalidad. Con respecto a los textos de Gordon, Miller y Rose analizados, podría considerarse que, a través de tal conjunto de trabajos, se traza una serie infinita y progresiva de relevos entre el campo de las estrategias y el de las racionalidades gubernamentales. Esto es, se plantea una relación circular gracias a la cual la creciente racionalidad del dominio político se ve perpetuamente enriquecida, como resultado de la asimilación de los conflictos y las estrategias que se despliegan en el nivel regional. No obstante, Miller y Rose plantean –como consecuencia de la recuperación del concepto de “programa” formulado por Gordon– que la configuración del dominio político, la constitución de racionalidades o programas políticos, dependen de la incesante dinámica de ajustes debido a la cual una multiplicidad de estrategias, programas y tecnologías de poder, situados en la escala local, viene a cohesionarse de un modo siempre parcial, en el marco de las racionalidades o programas políticos, en torno de problemas, lenguajes y fines comunes. En relación con esta primera línea de lectura, podría afirmarse que, a partir del juego de sucesiones que traza y su concepción de las dinámicas del ejercicio de poder en virtud de diferentes escalas, mantiene, en lo fundamental, el dominio propiamente político sustraído al juego estratégico –no obstante su insistencia en la perpetua codeterminación entre ambas dimensiones–.

Con respecto a la lectura de Lemke, por otra parte, se mostró que en su crítica al concepto de “falla” busca precisar el modo mediante el cual tiene lugar la imbricación de las racionalidades políticas y los programas de gobierno en la dinámica estratégica. En esta dirección, Lemke encuentra en la noción de resistencia un elemento clave para pensar el proceso agonístico de constitución de los programas de

gobierno, sorteando la contraposición entre la “pureza del programa” y la “confusa realidad”. Así, por una parte, Lemke afirma que las resistencias no configuran meras reacciones, sino que despliegan una racionalidad. Sin embargo, al plantear la “aporía” de las resistencias –esto es, al presentarlas como patrones de conductas que no pueden alcanzar una configuración discursiva sin convertirse en programas–, reintroduce la contraposición entre la “confusa realidad” y la “pureza del programa”. Por otro lado, la referencia de Lemke a la “doble naturaleza” de las resistencias –remitida al hecho de que configuran tanto oposiciones como el motor y la materia de la constitución de nuevas formas de gobierno– bajo la forma de una “contradicción” envuelve una concepción de las resistencias o las “contraconductas” antes bien desde un punto de vista ético. En el presente trabajo, no obstante, se planteó que el concepto de “contraconducta,” en el marco de la historia de la gubernamentalidad, opera, antes bien, bajo la forma de una figura orientada a reponer un campo estratégico de relaciones entre fuerzas, todas ellas remitidas, asimismo, en lo fundamental, a formas singulares de gobierno (Foucault, 2016a: 356-358).

También en este escrito se exploró un posible enfoque de lectura de la analítica de la gubernamentalidad en clave estratégica, focalizado en los juegos de tensiones que se despliegan en el propio campo de las racionalidades políticas, los cruces y desplazamientos tácticos constitutivos de tales formas de pensar el gobierno; esto es, podría decirse –siguiendo a Miller y Rose–, entre aquellos saberes, lenguajes y fines a partir de los cuales se configura una racionalidad política. En función de aquel objetivo, se recuperaron aquellas figuras trazadas en la historia de la gubernamentalidad foucaulteana que permiten subrayar la elaboración estratégica de las racionalidades gubernamentales: los conflictos constitutivos entre la intervención policial y el derecho en el marco de la razón de Estado, y los entrecruzamientos entre el principio de *laissez faire*, el principio de Estado y el derecho a través de las diferentes formulaciones

del liberalismo más allá de los fisiócratas. A partir de la recuperación de las antes mencionadas figuras, es posible señalar que la elaboración estratégica de las rationalidades de gobierno se presenta no solo en el modo de la coexistencia entre rationalidades en conflicto, sino, asimismo, en el de la confluencia de diferentes rationalidades en una nueva forma. En tal sentido, se puede afirmar que el juego estratégico de tales rationalidades envuelve un singular modo de productividad, de carácter táctico antes que progresivo, cuyos puntos de “mayor” elaboración remiten, antes que a “conflictos insalvables”, a la constitución agonística de una “positividad singular” (Foucault, 1995: 16).

Bibliografía

- Bröckling, U., Krasmann, S. y Lemke, T. (2011). “From Foucault’s Lectures at the Collège de France to Studies of Governmentality: An Introduction”. En Bröckling; U., Krasmann, S. y Lemke, T (Eds.). *Governmentality. Current Issues and Future Challenges*. Nueva York: Routledge.
- Castro-Gómez, S. (2010). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- De Marinis, P. (1999). “Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (O un ensayo sobre la rationalidad política del neoliberalismo)”. En Ramos Torre, R. y García Selgas, F. (Eds.). *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Donzelot, J. y Gordon, C. (2008). “Governing Liberal Societies. The Foucault Effect in the English-speaking World”. *Foucault studies*, N.º 5, pp. 48-62.
- Foucault, M. (1979). “El ojo del poder”. En Bentham, J. *El panóptico*. Madrid: La Piqueta, pp. 9-26.

- Foucault, M. (1995). “¿Qué es la crítica?”. En *Daimon Revista Internacional de Filosofía*, N.º 1. En <https://goo.gl/AYTeyD>.
- Foucault, M. (2001). “El sujeto y el poder”. En Dreyfus, H. y Rabinow, P. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, pp. 241-260.
- Foucault, M. (2008a). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2008b). “*Omnès et singulatim*. Hacia una crítica de la razón política”. En Foucault, M. *Tecnologías del yo*. Buenos Aires: Paidós, pp. 95-140.
- Foucault, M. (2008c). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2014). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2016a). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2016b). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gordon, C. (1980). “Afterword”. En Gordon, C. (Ed.). *Power/Knowledge*. Nueva York: Pantheon Books, pp. 229-259.
- Gordon, C. (1987). “The Soul of the Citizen. Max Weber and Michel Foucault on Rationality and Government”. En Scott Lash y Sam Whimster (Eds.) *Max Weber, Rationality and Modernity*. Londres: Allen & Unwin.
- Gordon, C. (2015). “Racionalidad gubernamental: una introducción”. *Nuevo Itinerario Revista Digital de Filosofía*, Vol. 10, N.º X, pp. 1-58.
- Miller, P. y Rose, N. (1992). “Political Power beyond the State: Problematics of Government”. *The British Journal of Sociology*, Vol. 43, No. II, pp. 173-205.
- Rose, N. (1996). “Governing ‘Advanced’ Liberal Democracies”. Barry, A., Osborne, T. y Rose, N. (Eds.) *Foucault and Political Reason. Liberalism, Neoliberalism and Rationalities of Government*. Gran Bretaña: The University of Chicago Press, pp. 37-64.

- Rose, N. (1996b). *Inventing Ourselves. Psychology, Power and Personhood*. Gran Bretaña: Cambridge University Press.
- Lemke, T. (2000). "Foucault, Governmentality and Critique". En Rethinking Marxism Conference, University of Amherst, Massachusetts.
- Lemke, T. (2013) "Foucault, Politics and Failure. A Critical Review of Studies of Governmentality". Nilsson, J. y Wallenstein, S. (Eds.) *Foucault, biopolitics and governmentality*. Estocolmo: Södertörn University, pp. 35-52.

Segunda parte:

Lecturas

3

Nikolas Rose

1985-2005

ALDO AVELLANEDA¹

Introducción

“Este libro está dedicado a todos aquellos que, al inventar la democracia técnica, reinventan la democracia”. Esta es la dedicatoria del libro de Callon, Lascoumes y Barthe, *Acting in an Uncertain World. An Essay on Technical Democracy*. La fuerza de la doble asociación que contiene entre mundos o esferas tratados por la filosofía o la teoría política como mutuamente exteriores es precisamente la misma potencia de originalidad en buena parte del trabajo de Nikolas Rose (1949). La vida, la ética, la política anudadas en un mismo párrafo a tablas de doble entrada, test psicológicos, *focus group*, censos, saldos de cuenta corriente y PBI, aulas, fábricas, el consumo o los diseños de espacios públicos.

El requerimiento que estructura, en este caso, el plano analítico es el de un vínculo de inmanencia entre la vida y los recursos, las cumbres de las definiciones éticas, psicológicas e incluso biológicas y las técnicas de evaluación y orientación de los comportamientos. En los orígenes de nuestra tradición intelectual, al incorporar a la democracia

¹ Universidad Nacional del Nordeste.

en las discusiones etéreas sobre formas de gobierno, se habría efectuado una operación que las reflexiones eruditas posteriores no dejaron de replicar. La licuación de la mundanidad del asunto. Sin embargo, tal mundanidad lejos está de ser la aceptación de una realidad dada (o su impugnación por una realidad velada detrás del “mundo que vemos”, como ha sido buena parte del programa sociológico) con el consecuente desprestigio de las fatigas intelectuales y expertas que hablaron incansablemente de la organización de nuestras vidas, produciendo diagnósticos y valoraciones a través de los tiempos. Precisamente, el derrotero político ha estado y estará en relación con formas históricas de reflexión sobre objetos e individuos (una curva de normalidad estadística o la racionalidad estimada de un consumidor). Como alguna vez notó Foucault, las relaciones de poder no pueden separarse de las relaciones de objeto. La organización política y económica de nuestras sociedades ha sido fraguada en el mismo vía crucis técnico-reflexivo que los modelos de persona que buena parte del espectro ideológico actual supone que deben habitar en ella (seres capaces de un autoescrutinio, tolerantes, polivalentes y responsables de sí mismos).

En algún momento de la segunda mitad de la década del 80, estas fueron algunas de las hipótesis que Nikolas Rose puso a funcionar en una gama de estudios similares y diversos, al tiempo que se dispuso a animar y a organizar una red internacional de académicos bajo la denominación de *Red de Historia del Presente*. Entre los últimos años de esa década y los primeros de la siguiente, pasó hilando buena parte de las hipótesis que alimentó en los años siguientes. “Governing Economic Life” (1990); “Political Power beyond the State. Problematics of Government” (1992, pero cuyo material original data de 1989), o “Government, Authority and Expertise in Advanced Liberalism” (1993), entre otros artículos, apiñan una serie de ideas que llegaron a constituir rasgos de un proyecto intelectual.

Por esos años, el pensamiento de Rose se fue formando en torno a tres capas de autores dispuestos alrededor de estilos similares de pensamiento. En primer lugar, Foucault. Se trataba de una lectura que demandaba nuevas claves analíticas para repensar las relaciones de sujeción en el marco de una creciente separación de las propuestas marxistas. Refiere además a una imagen de Foucault que definitivamente no cuadra con las tres regiones en las que escolásticamente ha sido dividida su obra. No son tanto los libros recuperados (*Historia de la clínica*, *Vigilar y Castigar* e *Historia de la Sexualidad* vol. 1), sino los materiales menores de fines de los 70 (las “Tanner Lectures” del 1979, la clase sobre “Gubernamentalidad” del 1.º de febrero de 1978, además de “El sujeto y el poder”, de principios de los 80) los que dan el tono del análisis. Una segunda capa de materiales está formada por los trabajos de los colaboradores de Foucault en el Collège de France. En las publicaciones de finales de los 80, Rose se vale de algunos materiales de Pascuale Pasquino, Giovanna Procacci, Jaques Donzelot y Daniel Defert. Por último, cuatro autores que, si bien son algo más lejanos a Foucault, de todos ellos podemos afirmar que han quedado en cercanía, sea por apreciaciones del propio Foucault o de estos. Me refiero a Ian Hacking, Bruno Latour, Gaston Bachelard y George Canguilhem. No puede obviarse el hecho de que, salvo algunos de este último grupo, todos estos autores habían aparecido en la revista *Ideology and Consciousness* (a partir del sexto número I&C), una publicación de vida más bien corta pero intensa, entre los años 1977 y 1981, de la que Rose fue uno de sus animadores. Los escritos de Foucault y de otros autores publicados allí serán, muchos años después, retomados con recurrencia por trabajos autoinscriptos en los “Estudios en Gubernamentalidad”.

En este trabajo, intento reponer lo que me parece han sido tres constantes de indagación en su producción intelectual entre los años 1985-2005, y que juntas permiten singularizar la tonalidad de todo el proyecto. Una línea de

indagación sobre los saberes expertos, una segunda línea de trabajo sobre la formación de los ensambles y las redes de gobierno, y una tercera relativa a la formación de los regímenes del yo. Creo que no podrá hallarse trabajo del autor que refiera con exclusividad a algunas de estas tres áreas, de modo que dicha segmentación es una artificialidad de mi parte. Espero poder justificar tal arbitrariedad al presentar en detalle los elementos en juego, las hipótesis y las líneas argumentales centrales de cada zona de trabajo, dejando en todo momento aclarado que no pueden comprenderse como poseedoras de un valor en sí mismas. La elección del periodo asume como extremos la publicación de su tesis doctoral *The Psychological Complex* y una de las recopilaciones de sus escritos, *Powers of Freedom* (2004). De modo posterior, y a excepción de *Governing the Present* (2008, aunque el material recopilado corresponde a la década del 90), Rose se ha dedicado casi con exclusividad al estudio de las neurociencias. Es este aspecto el que no está cubierto en esta presentación. La única excepción a este encuadre temporal son algunas páginas introductorias precisamente de *Governing the Present*, así como unos pocos artículos ya de este milenio.

Aunque reconocido como uno de los referentes de los “estudios de gubernamentalidad”, enfoque que ha conocido una productividad importante en el mundo académico hispanoparlante, se cuentan muy pocos materiales traducidos de Nikolas Rose: alrededor de cinco o seis artículos, más un libro publicado por la Universidad Pedagógica y algunas traducciones de cátedra colgadas en la web. No he podido hallar tampoco algún trabajo que se detenga en los rasgos de su proyecto y en la rica gama de intereses y discusiones en las que estuvo involucrado. Este trabajo pretende ser un aporte introductorio.

La formación de los saberes expertos

La fórmula “saberes expertos” no tiene el estatus de un concepto en los trabajos de Rose. De hecho, no ha utilizado de modo regular alguno en particular. Se ha servido de términos como “disciplinas”, “campo psi”, “experticia”, o “saberes” (*knowledge*). Si prefiero la definición de “saberes expertos”, es porque acerca el objeto de análisis a las otras dos líneas de indagación, pero además porque se acomoda de mejor modo al conjunto de hipótesis que orientan su trabajo.

Prácticamente, no hay publicación en la que no haya dedicado, de soslayo al menos, una atención a los saberes expertos. La convicción de que el ejercicio moderno de la política es incomprensible sin un ojo puesto en ellos no es suficiente. En los modos y los medios con los que estamos en contacto con las instituciones, con otras personas e, incluso, con nosotros mismos, los saberes expertos (incluidos los que no están totalmente “acreditados” académicamente y cuya circulación es ajena a los campus universitarios) juegan también algún rol. Por supuesto que existe una gama de literatura referida a este tema. El ejercicio de los “ingenieros sociales” y su papel en las instituciones o los elencos gubernamentales, la circulación del conocimiento e ideas en ámbitos transnacionales, y su impacto en las instituciones del Estado, pero también en las organizaciones no gubernamentales, son algunos de los modos en los que el “saber experto” fue estudiado, descripto y valorado.

Quizá no sea excesivo afirmar que toda la obra remite de una forma u otra al papel de los saberes en las formas de gobierno, y en la forma en que moldean una acción sobre otras acciones. Sin embargo, en *The Psychological Complex* (1985) y *Governing the Soul* (1989), su presencia vertebría todo el relato. En ambos casos se trata de la formación de “lo psicológico”; con esto se refiere a una gama versátil, oscilante y conflictiva de conocimientos sobre la psique (psicología, psiquiatría, psicoanálisis, psicosociología, con sus respectivos enfoques y corrientes internos) y los lugares

y los problemas asociados. En *The Psychological Complex*, se había ceñido a un arco temporal que va desde finales del siglo XVIII hasta principios del siglo XX, mientras que *Governing the Soul* recorre el periodo bienestarista, desde la década del 30 a la del 70 en el siglo XX. En ambos casos el recorte geográfico es el mismo, la sociedad inglesa y, en menor medida, la norteamericana. Más allá de estos detalles, y de que en este último haya expandido los análisis a la vida económica y otras experiencias (el campo psi en las fábricas y en el ejército), el tipo de enfoque y el interés parecen permanecer en bastante sintonía.

Rose se distancia de tres modelos de relatos históricos sobre el campo de los saberes expertos (Rose, 1985: 225 y ss.; 1988: 180-183; 1996: 40-43). En primer lugar, sigue a Canguilhem para evitar los “relatos recurrentes”. Se trata de las historias que corren por una vertical paralela a la evolución de los objetos. Son relatos que dividen la historia de los saberes en preobjetuales (aún no tenían un objeto definido) y objetuales. Rose se detiene en la psicología, en su “pasado lejano” y su “historia reciente”, pero podrían indicarse desarrollos paralelos en otros campos. Los manuales de sociología suelen contener un capítulo dedicado a esa “sociología sin objeto” que anidaría en las preocupaciones y las elucubraciones de ensayistas e intelectuales en el siglo XVIII. Más allá de su “función legitimadora” y de la constitución performativa del saber que enuncia su propia evolución, lo conmovedor es la paradoja propuesta, la filiación irreductible entre saber y objeto y, a la vez, su desvinculación radical, toda vez que le es preexistente. Por lo general, esto estuvo vinculado, además, a las aspiraciones de universalidad y objetividad de los enunciados elaborados en un medioambiente en el que la experimentación y la cuantificación pasaron a funcionar como garantes de los enunciados de verdad.

Frente a estas narrativas, la “historia social”, sin llegar a convalidar la división entre “historia interna” e “historia externa”, promovió el estudio del desarrollo de los saberes

en los medioambientes particulares en los que habrían cobrado un cuerpo teórico y técnico maduro. Esto, que fue visto como una virtud y una ventaja frente a las empresas autocelebratorias, comportaba, en los casos más groseros, una marcada devaluación de las vicisitudes domésticas del fenómeno (los instrumentos concretos involucrados en la elaboración de conocimientos), así como, en la mayoría de los casos, una remisión a factores explicativos tan generales como poco precisos (campos profesionales, los actores políticos, la economía, la cultura).²

Por último, Rose procede a evitar el “construcionismo irónico”, cuya aspiración radica en lo fundamental en desprestigiar y falsear las aspiraciones de veracidad y universalidad de los enunciados científicos, al evidenciar que todo objeto está contaminado de historicidad. El desafío está en el lado opuesto. Mostrar por un lado cómo, en el campo “disolvente” de la historicidad, un conjunto más bien reducido de instrumentos y técnicas intelectuales se las arreglan para estabilizar y normativizar sus juicios, lo que produce un plano de ordenamiento estable para la evaluación de un conjunto de fenómenos, y, por otro, por medio de qué mecanismos algunos fenómenos llegan a ser blanco de análisis de un determinado saber (algunas patologías para el campo psi) y a circular, por procesos de traducción mediante, en otros campos laicos y expertos. Otro indicador de distancia con la perspectiva construcionista es el peso de lo discursivo en las narrativas. Para Rose, no es la inmaterialidad discursiva el soporte y la herramienta de la crítica, o el blanco de los análisis. Antes que una deconstrucción anclada en el lenguaje o en los sistemas de significación, se necesita una descripción menos épica pero más operativa de las sinergias entre actividades, criterios mentales y artefactos que vuelven posible la función moderna de los saberes técnicos.

² Para un análisis de cada uno de estos campos, ver Rose, 1996: 41-51.

En *Inventing Ourselves* (1996), vinculará sus desarrollos a la “fenomenotécnica” bachelardiana, aunque, en buena parte de su producción de esos años (1985-1995), la recuperación de los planteos de Ian Hacking y Bruno Latour es importante. Trabajos como *Representing and Intervening* o *Ciencia en Acción* han participado en la estabilización de su punto de vista sobre la genealogía de los saberes empíricos, que, de todos modos, mantiene con ellos algunas distancias, en lo fundamental respecto al proyecto general referido a los modos regulares e históricos de orientación de los comportamientos. Pero también por la conjunción de dos movimientos analíticos que aquí, y a riesgo de evidenciar alguna carencia creativa, refiero como “inversión de Kuhn” y “aplanamiento descriptivo”.

Como es conocido, el modelo kuhneano de cambio y renovación de las teorías científicas adscribe a una visión de las comunidades científicas como factores casi solitarios que sancionan la caducidad de los saberes. Además, los procesos de solidificación o erosión de las teorías científicas siguen un patrón conocido, del centro a la periferia en el momento de consolidación, y de la periferia al centro en el segundo. El núcleo de un paradigma es a la vez su roca más dura. Los problemas para brindar respuestas coherentes de los fenómenos comienzan en diferentes lugares extremos de la “aplicación”, en los lindes de la teoría. Claro que Kuhn pensó esto teniendo como modelo a la física (aunque su preocupación por la “inestabilidad” de las ciencias sociales fue explícita³), pero ha servido como marco interpretativo general, más allá de que hayan surgido numerosos desarrollos desde entonces.

Las historias desplegadas por Rose, en lo fundamental en *The Psychological Complex* y *Governing the Soul*, toman un camino diferente. En él, los episodios centrales en la producción de conocimiento no son el laboratorio ni la clínica, las oficinas y los estudios, sino los que Foucault

³ Kuhn, 2004: 13.

había llamado los “puntos terminales”, las zonas en las que diferentes autoridades sociales se las tienen que arreglar para organizar los comportamientos en dirección a un objetivo prefijado.

La anomalía en torno a la cual se organizaba la psicología individual no era una anomalía de un proceso de la vida [...]. Era una anomalía en términos de una norma de funcionamiento especificada por aparatos sociales particulares. La inquietud que permitió establecer la normatividad de la psicología individual estuvo constituida por los objetivos del gobierno y no por las vicisitudes de la psique. Fueron la escuela, los tribunales, la policía y el ejército los que proporcionaron a la psicología del individuo *aquellos a quienes tendría que poder interpretar como anormales* (Rose, 1985: 229, cursivas mías).⁴

Esto no quiere decir que la “anormalidad” psicológica fuera ajustada según una regla social “externa” al campo del saber. Se refiere, antes bien, a que algunas situaciones identificadas y valoradas como disfuncionales con relación a parámetros de funcionamiento y expectativas de entornos muy precisos requirieron y estimularon la intervención de un novel campo de saberes sobre la mente humana, con el correspondiente despliegue de operaciones y técnicas específicas. En algunos momentos, Rose se ha referido a la importancia de esas “epistemologías institucionales” (término que toma de C. Gordon), grillas de inteligibilidad difusas que operaban en el marco de unas “prácticas

⁴ Salvo indicación de lo contrario, todas las traducciones son mías. En otro lugar podemos leer: “No debemos considerar el papel de las ciencias psicológicas aquí como una aplicación de los avances conceptuales realizados en la serenidad del estudio o el laboratorio. El ímpetu no fluyó de un centro académico a una periferia práctica, o de un conocimiento de la normalidad a una aplicación a la patología [...]. Las ciencias psicológicas no se consolidaron en disciplinas en torno al proyecto atemporal de comprensión de la mente humana, sino en torno a problemas contingentes e históricamente variables de la vida institucional, las capacidades psicofísicas y los fenómenos de comportamiento [...]” (Rose, 1988: 186).

organizativas cotidianas de aquellos aparatos sociales [...] que buscaban organizar a las personas de modo masivo y en relación con objetivos particulares: reforma, educación, cura, virtud" (Rose, 1991b: 93, ver también 1996: 61). Ellas habrían alumbrado la zona del bosque en la que sería posible hallar nichos de trabajo robustos para producir por contrapartida el estándar de una norma general.

El segundo movimiento analítico, el del aplanamiento descriptivo, refiere a la articulación de técnicas e instrumentos en lugares específicos (espacios físicos), que tienen un efecto compositivo (por ej., datos agregados) en el marco de intereses y preocupaciones que a su vez provienen de otros lugares. Entre estos distintos espacios, se dan procesos de "traducción" cuya versatilidad e inestabilidad debe además tenerse en cuenta. La fortaleza de este sesgo desprejuiciadamente empírico de recorrido de una red permite conectar instrumentos y técnicas intelectuales consideradas como asépticas (pruebas de laboratorio, cálculos estadísticos, experimentos de repetición u otros) a lugares, preocupaciones e intereses explícitamente orientados.

Para Rose, el redescubrimiento del rol del "grupo primario" en la psicología de mediados del siglo XX no puede disociarse de la utilización de la "escala Rickert", en estudios de la "solidaridad de los combatientes" llevados a cabo en el marco de la Segunda Guerra. Pero no menos interesante es la hipótesis de que tal redescubrimiento fue leído como una "confirmación" de otros trabajos realizados en Estados Unidos en la década del 20, relativos al rol de los agrupamientos de individuos en los lugares de trabajo. La noción de grupo primario y las técnicas que permitían medir su relevancia estaban asociadas a preocupaciones por la resolución de problemas bien precisos en escenarios concretos (la de una mayor resistencia en un escenario de combate, o la de una mayor capacidad productiva). La gestión de los agrupamientos organizativos y colaborativos en el ejército o en la fábrica "se lograría a través de los vínculos del grupo primario y alineando a los individuos mediante

este mecanismo con los objetivos de la organización. La psicología social podría convertirse en una ciencia de la administración" (Rose, 1999 [1989]: 45).

Los saberes expertos son fenómenos técnicos cuya singularidad no está en "representar" una realidad preexistente, pero tampoco en falsearla. Una curva estadística refleja "algo" que existe en el dominio de su experticia y que no encontraríamos en ningún lugar fuera de las oficinas de la universidad, gubernamentales o privadas. Pero, a su vez, esa curva está sostenida por una movilización de recursos materiales ("avalancha de números impresos", circuitos de encuestadores) que fungen de soportes materiales de los cálculos. El sentido de la "tecnicidad" de los saberes expertos en Rose está relacionado, como en Foucault, a su capacidad productiva, en este caso, a otro modo de volver inteligible lo real. Esto es posible, por un lado, gracias a mecanismos intelectuales conocidos (modelos explicativos, teorías o fórmulas), y a técnicas de inscripción muy diversas (pequeños procedimientos en los cuales una existencia real es convertida en una grafía y es ubicada en un plano junto a otras existencias; pueden ser tests, ecuaciones, cuadros estadísticos, cuadernos de campo, etc.)⁵; pero también gracias a esos marcos de comprensión difusos que operan en determinados entornos y convocan su atención ("epistemologías institucionales") o se articulan a posteriori provocando efectos generales (autoridades públicas). Para Rose, no se trata de negar la veracidad de los conocimientos, sino de exponer de la manera más minuciosa posible los proyectos y los posibles efectos con los que están involucrados. Todo esto da lugar a una comprensión de la formación de los saberes expertos en un proceso permanente de solapamiento entre actores humanos y no humanos diversos, proyectos políticos y controversias sociales que, si bien no las explican, mantienen una conexión oscilante con ellas.

⁵ Ver el cap. 5 de *Inventing Ourselves* para la recuperación y desarrollo por parte de Rose de esta noción.

Estos son algunos de los elementos en esta línea de indagación. Para seguir, deberíamos decir algo sobre episodios de traducción, ensamblajes, zonas tecnológicas y redes socio-técnicas, y, por supuesto, sobre las categorías directrices, racionalidades políticas y tecnologías de gobierno. Esto nos lleva a la segunda gran zona de indagación trabajada por Rose, la articulación entre una genealogía de los saberes técnicos y las expectativas/pretensiones de autoridades e instituciones de las más variadas (incluido el Estado, pero “más allá” de él) para orientar o prescribir nuestros comportamientos.

Línea de formación de los ensamblajes y las redes de gobierno

Respecto de la psicología, Rose había dicho que

forma parte de la racionalidad práctica de los ensamblajes que buscan actuar sobre los seres humanos para moldear su conducta en direcciones específicas, ensamblajes tales como el del sistema jurídico, de la educación, de la crianza de los niños e, incluso, de la orientación espiritual (Rose, 1996: 55).

La figura de los “expertos” es central para Rose a nuestros modos de concebir la organización política⁶. Sin embargo, las condiciones de posibilidad de su ejercicio están dadas por procesos de acoples y empalmes, y se encuentran en vinculación a formas específicas de pensamiento sobre nuestras conductas; de ello toca hablar ahora.

N. Elías ha concebido la singularidad de nuestro proceso evolutivo en una doble tendencia. Por un lado, una mayor expansión de las cadenas humanas de interacción y dependencia mutua; por otro, el pasaje de las instancias de

⁶ Numerosas publicaciones abordan este tema, pero señalo particularmente Rose (1993) y Miller y Rose (1994).

control físico a las de autocontrol (la psicologización de la censura de nuestras acciones). La vinculación que en algún momento se ha hecho entre esta lectura y el proyecto intelectual de N. Rose me permite precisar las líneas argumentales básicas de esta línea de indagación en el enfoque.

En primer lugar, en Rose no existe *una* tendencia macrohistórica (ni siquiera la variante weberiana de racionalización de los procesos vitales) debido a que en su proyecto la novedad y la discontinuidad son elementos que conspiran con una visión de este tipo.⁷ En segundo lugar, la propuesta de Elias de cadenas humanas de interacción y dependencia contiene en sus propios términos los procesos de moldeado y orientación de los comportamientos. Se trata de una tendencia evolutiva histórica, no vinculada a múltiples nacimientos, a proyectos políticos, avances en sectores específicos (medicina, economía, guerra, etc.). Rose se ha detenido en ensamblajes plurales y discontinuos de elementos heterogéneos, siempre vinculados a objetivos previamente delimitados. Los seres humanos no entramos en cadenas sin fin de dependencia, sino que lo hacemos en el marco de espacios más o menos organizados con base en fines particulares. Cada vez con mayor fuerza, los procesos de nuestra formación intelectual, de nuestras destrezas laborales o nuestra capacidad de autosatisfacción suponen algún tipo de esquematización previa por parte de autoridades simbólicas, afectivas o legales, potenciales o reales, de grupos u organizaciones públicas, privadas o comunitarias que, en nombre del bien de sí mismos, de algunos o de todos, posan su atención sobre algún fenómeno que los perturba. Si la conducta de individuos o grupos parece

⁷ “Hablar de rationalidades de gobierno no es sugerir que el gobierno respete un principio atemporal de ‘racionalidad’ ni ubicar la genealogía de gobierno dentro de una historia lineal de racionalización” (Miller y Rose, 1995: 595, nota al pie 5).

requerir algún tipo de orientación es porque algo en ellas aparece como problemático, incierto o perturbador para alguien (Miller y Rose, 2010: 14).

El gobierno es una modalidad de ejercicio del poder que se caracteriza por una “acción sobre acciones” y, de ese modo, “conducción de conductas”. Lo que le interesa a Rose es que el gobierno no es “dominación” de un cuerpo, no es castigo ni es suplicio, aunque bien pueda valerse en casos puntuales de unos y otros para encauzar los comportamientos. Rose asume que el neologismo foucaultiano de “gubernamentalidad” permite la restitución del carácter mental, reflexivo, de los procesos de gobierno.⁸ Supone además que es posible caracterizar patrones históricos de reflexividad más o menos comunes sobre la forma de orientar los comportamientos. Tales patrones no son un sistema, sino más bien estilos. Pueden estar coloreados reflexivamente de un modo diferenciado y poseer una forma moral distintiva, además de un carácter epistemológico singular y de un lenguaje más o menos familiar y común (Rose, 2004: 26). Lo singular es que la visión de la organización de nuestras sociedades comienza a aparecer a la vez como esquemas de coordinación y alineación de recursos, autoridades y espacios, en el juego de racionales específicas de gobierno que pueden compartir estilos unas con otras.

El proceso, también originalmente señalado por Foucault, de “gubernamentalización del Estado” es comprendido por Rose como el momento de conexión de los aparatos formales de dominio (específicamente las monarquías europeas del siglo XVIII) a las estrategias de gestión de los procesos biológicos, psíquicos y económicos de las personas.

⁸ La estabilización del lenguaje y su sentido comienza a percibirse en los años 1987-1988, si bien en *The Psychological Complex* los modos reflexivos de M. Foucault son claramente perceptibles. Dos de los primeros artículos en los que trabajan con una gama de términos y reflexiones cercanas a la gubernamentalidad son “Beyond the Public/Private Division. Law, Power and the Family” (1987) y “The Tavistock Programme. The Government of Subjectivity and Social Life” (1988) (este último, junto a P. Miller).

Rose sigue a Foucault en la identificación de este como el rasgo singular de nuestra modernidad política, e infiere que las variantes existentes de racionalidades políticas aspiran a presentar propuestas en el marco de aquel nuevo horizonte generado ya hace unos tres siglos. Pero, junto a esto, otro aspecto fundamental de este proceso de gubernamentalización del Estado es que sitúa a las instancias público-estatales y a las autoridades públicas en estrechos vínculos y tramas organizativas con la gama difusa y móvil de pequeñas instituciones, de autoridades y expertos de relevancia y temática variada, con los que forma esquemas generales de gobierno.

¿[C]ómo, en un determinado momento histórico, el aparato formal del Estado había llegado a enredarse con el negocio de conocer y administrar las vidas y las actividades de las personas y las cosas repartidas en un territorio? A pesar de que las concepciones tradicionales del poder habían visto el imperativo de gobernar como la esencia del estado, era ahora claro que los estados no siempre gobernaban en este sentido. Y la creciente centralidad para el gobierno de un aparato político, que comenzaba en el siglo XVIII en occidente, no era asunto de un poder central que extendía su dominio sobre la sociedad a través de la expansión de la maquinaria de control estatal. Era más útil empezar por la hipótesis inversa –que, en un momento histórico particular, los estados se las habían arreglado para conectarse a una diversidad de fuerzas de grupos que de diferentes maneras habían tratado largamente de moldear y administrar las vidas de los individuos en procura de distintas metas–. (O’Malley, Rose, Valverde, 2006: 120-121; ver Miller y Rose, 1992: 190).⁹

⁹ En este trabajo, la noción de gobierno que exponen los autores está concentrada en una cita de un texto de Donzelot que había aparecido en I&C en 1979. Para un acercamiento previo de Rose a esta noción, ver Rose, 2000: 143.

Esto, que había sido la tesis central de “Political Power beyond the State. Problematics of Government” (1992 [1989]) generó alguna controversia en la primera mitad de la década del 90.¹⁰ Debe comprenderse que, desde finales de la década de los 70, cotizaba en alza un estilo de trabajo de sociología histórica que se alimentaba de datos de alta agregación y con ejercicios analíticos basados en estructuras de causalidad múltiples (algunas referencias son Charles Tilly, Theda Skocpol, Dietrich Rueschmeyer, Michael Mann).¹¹ En la respuesta que Rose y Miller dieron a un artículo que polemizaba con ellos en este punto, trataban de identificar qué, respecto a los análisis en los que estaba implicado como un objeto el Estado, les resultaba problemático.

[N]o negamos la existencia de “Estados” entendidos como aparatos políticos y sus dispositivos asociados y técnicas de gobierno. Nuestro argumento [es], más bien, que uno no tiene la obligación de dar cuenta de tales ensamblajes en el lenguaje filosófico y constitucional del siglo XIX, y aún menos para sustentar esta descripción engañosa con una infraestructura teórica derivada de la teoría social y política del siglo XIX, que otorga al “Estado” una necesidad, funcionalidad y territorialización bastante ilusorias (Miller y Rose, 1995: 593-594).

La metáfora física del Estado como una masa corporal que se expande o se achica (término empleado en Miller y Rose, 1992: 174) parece ser el principal blanco de crítica aquí. No solamente ha permeado el lenguaje de la militancia política de izquierdas y derechas y del periodismo, sino también los proyectos teóricos liberales y marxistas. El cambio de enfoque implicaba una disposición a analizar esquemas pensados de coordinación de instancias no solamente diversas, sino algunas de ellas independientes de la

¹⁰ Ver Curtis (1995) y la respuesta de Miller y Rose (1995).

¹¹ En otro trabajo he realizado alguna caracterización de esta literatura en la referente al peso que le asignan a las guerras en la formación de los Estados (Avellaneda, 2017).

lógica de subordinación estatal, para comprender el derrotero de las formas en que la gestión de la vida de individuos, grupos y poblaciones era diagramada y puesta en operatividad. También era un llamado a la consideración de que, junto a las estructuras de dominación soberana plasmadas en codificaciones jurídicas sobre un determinado territorio, existen diagramas de gobierno más bien negociados, matrices de pensamiento más bien eclécticas y en constante traducción. La gubernamentalización del Estado representa a la vez la intervención de los aparatos públicos/soberanos en la gestión de la vida y de la conducta, pero no sin apoyos, relevos o ejercicios de extensión vinculados a otras instancias y autoridades (religiosas, carismáticas, expertas, políticas, etc.), en algunos casos con antecedentes remotos en su ejercicio.

Este punto conecta con una de las tres distancias que el proyecto de Rose señala en distintos momentos. Se trata de una distancia de la concepción estado-céntrica de formación y funcionamiento de las organizaciones políticas en occidente (teniendo presente, claro, la identificación puntual de las sociedades noratlánticas). Algunas formulaciones realizadas por Foucault, así como sus propios estudios para el caso inglés, lo han llevado a predicar un cambio en la mirada y hasta en el lenguaje del análisis político, tratar de producir “nuevas formas de anatomizar el poder político” (1993: 173; 1996: 1; 2004: 15). Una segunda distancia está relacionada con lo que ha llamado el “realismo sociológico”. Esto refiere a las propuestas que buscan la producción de un relato histórico en función de lo realmente acontecido (los efectos de la Revolución Industrial, los factores de la eclosión de la URSS) de modo independiente a las formas de pensamiento históricas operantes en tales períodos. El problema con esto es que conlleva el supuesto de elaboración de un relato sobre el sentido del pasado, pasando por arriba de las relaciones de objeto que definían las estrategias y las tácticas del momento, los medios y los fines del gobierno. Por contrapartida, el interés de Rose se sitúa en

las formas en que, durante los últimos doscientos años, las autoridades se han hecho repetidamente preguntas que siguen esta forma sociológica: ¿cuál es la realidad de las personas, de la economía, de la familia?; ¿qué es lo que explica los problemas y lo que llevaría a su mejora?; ¿Qué efectos han producido nuestras estrategias en el pasado?; ¿qué se puede y se debe hacer y por quiénes, para mejorar las cosas? (Rose, 1993: 289).

En los manuales, memorias, obras de economía o medicina, proyectos y programas de gobierno en la educación o la salud, etc., encontraremos las pistas para definir lo que estaba en juego y cuáles eran los márgenes de lo mismo y lo diferente. De este modo, el proyecto de Rose declinaría una vinculación con enfoques que buscan “sistemas”, “estructuras”, o “lógicas”, y que al hacerlo prestarían reverencia a objetos por arriba y por detrás de los esquemas históricos de reflexividad en el marco de zonas de gobierno particulares. Sin embargo, y este es el tercer lugar de distanciamiento, existe además en Rose un marcado rechazo del ejercicio de la historiografía de las ideas o la historia intelectual. Estudiar las artes de gobierno no significa hacer un estudio de las representaciones, pues, como lo señalé en el anterior apartado, las “relaciones de objeto” refieren a una cuestión técnica y productiva, no de representación ni de sentido. Rose está interesado en marcos reflexivos con alguna cualidad técnica, puesto que aspiran a ser gubernamentales.¹²

¹² En un trabajo reciente, refiero la distancia que puede identificarse en Foucault respecto de este campo (historia de las ideas políticas), por medio de un estudio comparativo con la propuesta de Quentin Skinner. Tener en cuenta lo siguiente: “Lo programático es el ámbito de los diseños presentados por filósofos, economistas, políticos, fisiócratas y filántropos, informes gubernamentales, comités de investigación, libros blancos, propuestas y contrapropuestas de organizaciones de negocios, trabajo o finanzas, organizaciones benéficas y profesionales que buscan configurar zonas y relaciones específicas en modos pensados como deseables” (Miller y Rose, 1992: 181).

En lo que quizá sea un extraño momento de simplificación del enfoque, Rose ha esgrimido que los esquemas de gubernamentalidad pueden comprenderse según dos elementos generales, las racionalidades políticas y las tecnologías de gobierno.¹³ Respecto del primero, en algún momento se refirió a lo que otras propuestas llaman “ideologías políticas” (Rose, 2007 [1996]: 115), pero también lo utilizó como sinónimo de “programas de gobierno” (Miller y Rose, 2010: 15). Algo que no está claro en sus escritos, pero que no sería ajeno a su propuesta general, es una búsqueda de los proyectos específicos y técnicos en el marco de corrientes ideológicas, pero esto es algo que tan solo se puede intuir. En su primera formulación, estaba ligado al “carácter discursivo de la gubernamentalidad”, y a la atención que se le debe prestar al lenguaje puesto que, por las características ya mencionadas, vuelven dominios de realidad capaces de ser pensados y calculados. Esto se refuerza aun más por sus “rasgos tecnológicos”, es decir, sus modos de existencia (escritura en prosa, cuadros, fórmulas, ecuaciones, etc.).

Bajo la noción de “tecnologías de gobierno”, parecen convivir dos sentidos no similares, aunque claramente ubicables en el proyecto, los cuales Rose parece utilizar de manera alternada. El primero está relacionado con la idea de ‘instrumento, artefacto o procedimiento’. En esta dirección, Rose podrá caracterizar las maniobras señaladas por Hacking de “inscripción” y “cálculo” como tecnologías.¹⁴

¹³ El primer lugar en el que refiere a esta distinción es en “Governing Economic Life” (1990), en coautoría con P. Miller. Será replicada luego en otros artículos y llegará a ganar relevancia en los balances y diagnósticos formulados en *Powers of Freedom* (2004) y *Governing the Present* (2008).

¹⁴ En el quinto capítulo de *The Psychological Complex*, la noción de una tecnología psicológica estaba ligada en el mismo modo a tests de inteligencia (Rose, 1985: 112). En esta dirección, se refirió además a “tecnologías de la memoria” (Rose, 1996: 240) y a otras que “hacen que los seres humanos sean capaces de ser y hacer cosas particulares: hacer listas, enviar mensajes, acumular información de lugares distantes en un solo lugar, individualizarse y ordenarse entre sí, ampliando nuevas líneas de fuerza, posibilitando nuevos efec-

Por otro lado, también daba lugar a pensar lo tecnológico como una zona de combinatoria especial, un arreglo de elementos heterogéneos en alguna dirección en particular.

El término “tecnología” dirige nuestra atención a las formas características en que se organizan las prácticas para producir ciertos resultados en términos de conducta humana: reforma, eficiencia, educación, cura o virtud. Dirige el análisis a las formas técnicas inventadas para producir estos resultados: formas de combinar personas, verdades, juicios, dispositivos y acciones en una forma estable, reproducible y duradera (Rose, 1991a: 92).¹⁵

Lo interesante, y quizá no del todo recuperado en los ejercicios de mirada retrospectiva del propio Rose, es la vinculación de su propuesta con otros elementos de una relevancia menor en el proyecto. Conceptos y ángulos de enfoque derivados de los trabajos de Ian Hacking y Bruno Latour, que precisan una comprensión más fina del tipo de propuesta y que permiten sopesar el peso de algunos elementos de la teoría del actor-red en el programa de estudio de Rose de las artes de gobierno, particularmente el modo de concepción del funcionamiento del poder en red.

Para que un dominio sea gobernable, no solo se necesita del lenguaje para pensarlo, sino también la información para evaluar su condición [...]. La información establece un relevo entre las autoridades y los eventos y las personas a una distancia de ellos. Permite que las características del dominio según la pertinencia (tipos de bienes y mano de obra, edades de las personas, prevalencia de la enfermedad, tasas de natalidad o mortalidad) se representen de forma calculable en el lugar donde se tomarán las decisiones al respecto: la

tos” (ídem, 238-239). Antes que Latour, Rose había explicitado su deuda con “el maravilloso libro” *Representar e Intervenir* de I. Hacking (TPC, 1985: 13, nota al pie 4).

¹⁵ Esta variante parece vincularse de mejor modo con los trabajos de Dean (1996) y Barry (2001). Me he referido a su función en los estudios de gubernamentalidad en otro lugar (Avellaneda, 2015).

oficina del gerente, la sala de guerra, el Ministerio de Economía y otros centros de cálculo similares (Rose, 1990: 108; ver también 1991b).¹⁶

De este modo, los centros de cálculo son nodos de importancia en una red. El flujo de información generado por los saberes expertos o entidades más bien laicas y *amateurs* (según fuera el caso) entra en un proceso de traducción, es decir, es vinculado a nuevos objetivos de características molares. Episodios tácticos y locales de gobierno son afiliados de este modo a estrategias globales. Estas son finalmente las condiciones de posibilidad para el “gobierno a distancia”, otro rasgo de nuestra modernidad política para Rose.¹⁷

La propuesta de lectura histórica de Rose es que todos estos elementos, que mantienen fluctuaciones constantes entre sí, han estado coordinados en un panorama global de dos o tres modos en los últimos 150 años. Han quedado definidas así “familias de gubernamentalidad” (Miller y Rose, 2010: 17), identificables no solamente por sus racionalidades políticas (liberalismo, socialismo, etc.), sino fundamentalmente por la similitud de los diagramas generales de redes de gobierno pensadas. En estas existirían, además, esquematizaciones similares respecto a dominios de realidad (población, espacio, economía, etc.) sobre los que se debería intervenir, y respecto a en qué forma hacerlo. En un artículo de 1993, Rose presenta por primera vez una caracterización tripartita de los esquemas de gubernamentalidad

¹⁶ “El gobierno depende de los cálculos en un lugar sobre cómo afectar las cosas en otro. La información sobre tipos de bienes, edades de las personas, salud, criminalidad, etc., debe ser transportada y acumulada en lugares [...] para que pueda ser utilizada en el cálculo. [...] Al permitir que los eventos se agreguen a través del espacio y el tiempo, revelan y construyen normas y procesos a los que se pueden adjuntar las evaluaciones y sobre las cuales se pueden dirigir las intervenciones” (Rose, 1992: 185-186).

¹⁷ Quizá la referencia más directa a la noción de B. Latour de traducción en Rose, 1996: 55.

modernos.¹⁸ Estaría formada por el liberalismo clásico (que debería diferenciarse del liberalismo ahora como racionabilidad política), los regímenes de Estado de bienestar y el neoliberalismo. Esbozo a continuación, y de manera brevíssima, algunas de las características con que Rose describe a cada uno.¹⁹

En cuanto al liberalismo, un rasgo definitorio hasta entonces es que inaugura una vigilancia y control epistémico constantes respecto de la conducta del gobierno político, particularmente en relación con el insidioso esquema del qué gobernar y de qué manera. Un segundo rasgo es que, por medio de sus “polos no liberales de gobierno” (la irradiación de las instituciones disciplinarias), se pretendía “crear las condiciones subjetivas, las formas de auto-dominio, de autorregulación y autocontrol necesarias para gobernar una nación ahora concebida como una entidad formada por ciudadanos libres y civilizados” (Rose, 1997: 26). La relación con los expertos fue constitutiva e intrínseca, es decir, resultaron por vez primera un elemento necesario, sin el cual el gobierno a distancia no hubiera sido posible (en esto diferencia Rose el proyecto liberal del proyecto de los fisiócratas o cualquier otro esquema del período monárquico).

¹⁸ Una versión ampliada de este artículo apareció posteriormente como capítulo del libro *Foucault and Political Reason* (Rose, 1996: 37-64), que fue a su vez traducido parcialmente en la revista mexicana *Archipiélago* al año siguiente (Rose, 1997: 29-40) y que resultó en el último capítulo de *Governing the Present* (Foucault, 2008: 199-218). Tenemos un estudio particular sobre el liberalismo avanzado en el cuarto capítulo de *Powers of Freedom* (Rose, 2004: 137-165).

¹⁹ “Cuando los estudios de gubernamentalidad hablan de liberalismo, de bienestar, de neoliberalismo y similares, es en este sentido en que deben entenderse estos términos: no como designantes de una época, sino como la individualización de una multiplicidad de intentos para racionalizar la naturaleza, los medios, los fines, los límites para el ejercicio del poder y los estilos de gobierno, los instrumentos, las técnicas y las prácticas a los que se vinculan” (Rose, 2004: 28).

Luego del emergente de la “cuestión social” y el espinoso tema de la “gobernabilidad de la democracia” a fines del siglo XIX (Rose recupera esto de J. Donzelot), la solución que representó la “socialización de la sociedad” implicó una fuerte mutación en las racionalidades políticas y las tecnologías de gobierno.

“El Estado de bienestar” fue una fórmula para recodificar, a lo largo de varias dimensiones diferentes, las relaciones entre el campo político y la gestión de los asuntos económicos y sociales, en los que la autoridad de la Verdad y la de los expertos como aquellos que pueden hablar y promulgarla adquirirían un nuevo papel. El Estado se convertiría en el garante tanto de la libertad del individuo como de la libertad de la empresa capitalista. Al mismo tiempo, el Estado debía producir un conjunto de dispositivos técnicos que “reinventaran la comunidad”, para socializar tanto la ciudadanía individual como la vida económica en nombre de la seguridad colectiva (Rose, 1993: 293).

Con respecto al neoliberalismo, una aclaración. Rose ha utilizado en varias ocasiones la noción de sociedades liberales avanzadas para manifestar la idea de que entre el liberalismo clásico y los proyectos neoliberales existen marcadas zonas de continuidad, lo que ha relativizado de este modo algunas posiciones que marcarían rupturas evidentes, como las del propio Foucault, por caso (Foucault, 2007: 155-158). Dicho esto, el neoliberalismo se caracteriza, para Rose, en primer lugar, por el hecho de que “el imperio de los expertos sociales” se haya fracturado, “lo cual dio lugar a diferentes especialidades en competencia” (Foucault, 2007: 31), y por que prevalece además “una distancia entre las decisiones de las instituciones políticas formales y otros actores sociales”. Los antiguos centros de cálculo y puntos nodales en las redes de gobierno se han pluralizado y han ganado autonomía (en términos comparados), lo cual habría producido un doble fenómeno. Una desafiliación de los esquemas de gobierno de ciertos grupos poblacionales,

por un lado, y, por otro, la “deslegitimación del papel de los expertos en los dispositivos del gobierno social” y el cuestionamiento de su poder, visto como causa de “relaciones que ahora aparecían como tutelares y degradantes para [la] autonomía”. Todo esto terminó multiplicando los fenómenos de control y de riesgo que este aspiraba a conjurar.

No he dicho nada, en lo fundamental sobre el neoliberalismo, de los cambios que se dan para Rose en el gobierno de la economía, y de la entrada en escena para las ciencias sociales del problema de la subjetividad, entre otros aspectos. Todo esto tiene relación con la tercera de las grandes zonas de indagación de Rose, los regímenes históricos del yo sobre los que estas familias de gubernamentalidad han procurado ejercer su acción de gobierno.

Línea de formación de los regímenes del yo

En una entrevista a Nikolas Rose realizada con Guillermo Vega hace algunos años, al comentar su trayectoria intelectual a comienzos de los años 80, y con relación al grupo que animaba la revista *I&C*, Rose precisó, respecto a la cuestión del sujeto, lo siguiente:

Algunos pensaban que era necesaria una teoría del sujeto basada en el psicoanálisis, con el fin de comprender cómo funciona la ideología. Otros pensábamos, desde un enfoque foucaultiano, que no pasaba por tener una teoría del sujeto, sino por indagar acerca de cómo los sujetos fueron entendidos y objetivados desde otros lugares o por otros, y cómo se entendieron a sí mismos, y en relación consigo mismos. En esto consistía el enfoque foucaultiano (Avellaneda, Rose y Vega, 2012: 3).

“Evitar una teoría del sujeto” es, en este caso, renunciar de antemano a proponer las formas en las que los individuos adquirimos conciencia, para nosotros mismos y para

los demás, de nuestra condición de sujetos, esto es, de que nos hemos objetivado y fuimos objetivados ante los demás como tales. En el marco de lo tratado en las páginas precedentes, si no hay una teoría del sujeto, hay una descripción de los diversos regímenes del yo que operan de modo sucesivo y paralelo en nuestras sociedades, en directa relación con los saberes expertos y con los ensamblajes y las redes de gobierno en las que estamos involucrados. Un esfuerzo concomitante en Rose fue tratar de desarmar las dos series antagónicas intimidad -yo-privacidad, y rol social-vida pública-política. “Los pensamientos y los sentimientos pueden aparecer como el tejido y la constitución del yo íntimo, pero están organizados socialmente” (Rose, 1989: 1)²⁰.

De sus estudios sobre el campo psi, había esgrimido tempranamente una hipótesis que vinculaba el terreno político a los individuos. Dicho campo habría sido una pieza de importancia en la consolidación de las formas de gubernamentalidad a principios del siglo XX.²¹ La autolimitación impuesta desde el diagrama jurídico liberal a las prerrogativas del gobierno político y los diques que ello significaba a las “intervenciones coercitivas directas en las vidas individuales” proporcionaron una relevancia al tipo de tareas brindadas o por brindar por el complejo psicológico, ya que posibilitaba que los individuos pudieran autorregularse

²⁰ Nótese el carácter de la organización. Pocos años más tarde, Rose prácticamente prescindirá de tal apelativo.

²¹ “Los mecanismos de examen de las ciencias psicológicas, de los cuales el diagnóstico psiquiátrico y la prueba de inteligencia son dos paradigmas, proporcionaron cada uno un mecanismo para convertir la subjetividad en pensamiento como una fuerza calculable. El examen no solo hace visible la individualidad humana, sino que la ubica en una red de escritura, transcribiendo atributos y sus variaciones en formas codificadas, lo que les permite acumularse, resumirse, promediarse y normalizarse, en resumen, documentarse. Dicha documentación de la psique permitió que los elementos de cualquier vida individual que fueran pertinentes a las autoridades se reunieran en un expediente, se consagraran en un archivo o se transmitieran a un lugar central donde las huellas individuales pudieran ser comparadas, evaluadas y juzgadas” (Rose, 1989: 7-8).

(por medio de técnicas como la autoinspección, el auto-monitoreo, la auto-problematización y la confesión) bajo la premisa de estar participando de modo activo en sus propias vidas. En *Governing the Soul*, Rose se dedica a evidenciar el grado de dispersión de estos procedimientos en la psicología de guerra, la psicología laboral, entre otros ámbitos.

Junto a ello, ya sea en solitario o en coautoría con Miller, ha identificado por lo menos otros tres procedimientos diseminadores del gobierno por medio de la constitución de un “yo”: 1) el lenguaje y las técnicas de gobierno referidas al consumo (Miller y Rose, 1997); 2) los desarrollos psicoterapéuticos (Rose, 1994; 2007); 3) el gobierno a través de la libertad (Rose, 2000; 2004).

Rose se ha detenido en el periodo de 1950-1970 al considerar que en estas décadas florecieron las técnicas de propaganda y persuasión del consumo, en el marco de una economía keynesiana necesitada de un estímulo constante a la demanda. El “ensamble del sujeto del consumo” supuso una nueva cruzada de los críticos sociales, ya que “la industria del consumo, en alianza con los científicos sociales, intentaba introducirse en el sacrosanto dominio de la intimidad del hogar y de la psique individual” (Miller y Rose, 1997: 7). El detallado estudio de los resultados de las investigaciones llevadas a cabo por la Clínica Tavistock muestra el modo en que no resultó nada fácil poder comprender a los individuos en cuanto “consumidores”, y los factores que debían cumplirse para que pudieran sentirse como tales sin la presión explícita por el gasto de dinero. Rose detalla cómo esto parecía funcionar en los casos en los que existían entornos sociales o valores morales que jugaban en conexión singular con los estímulos (la estética de la mujer y el *shampoo*, por caso). De este modo, los estudios sobre la persuasión al consumo, es decir, las maniobras para que el individuo pudiera sentir placer al consumir, representaban una forma de manufactura de la subjetividad.

Respecto a los desarrollos psicoterapéuticos, por lo general, la crítica a la psicoterapia fue que construía enclaves patológicos y privados a lo que tenía causas más bien sociales y económicas. Una suerte de último eslabón en la escala de la dominación. Y aunque muy posiblemente pueda haber algo de todo esto en juego, el punto seguido por Rose fue el opuesto. “[...] lo que me gustaría sugerir es que la forma más interesante de analizar esta cuestión del poder y de su influencia en la psicoterapia es examinar las vías mediante las cuales los terapeutas conforman el camino a través del cual los seres humanos ejercen su libertad” (Rose, 2007: 106). En el nombre de su propio bienestar y felicidad, “el gobierno de la autoridad se convierte en una cuestión terapéutica”. Quedaría por agregar la dispersión de estas “experticias terapéuticas” hacia zonas no acreditadas por las universidades, de saberes más bien esotéricos (¿podrían incluirse algunos discursos religiosos?) que funcionarían como una variante de las “curas del alma” que buscan combatir nuevas patologías caracterizadas por un lenguaje entre espiritual y religioso, aunque temáticamente orientado hacia los problemas más terrenales y cotidianos.

Finalmente, la cuestión del gobierno “a través de la libertad”, y no en su contra, ha sido otro de los puntos controversiales en los trabajos de Rose. Desde una posición que evidencia problemas de lectura al considerar la existencia de una valoración de su parte, hasta presuntos argumentos en contra que sostienen la remanida y paradojal dupla de la libertad como el efecto de las disciplinas, la tesis fundamental de Rose —a lo largo de todo el siglo XX, se ha buscado gobernar promulgando en los individuos capacidades y lenguajes, elaborando un interior que funcione como criterio y punto arquimédico de la propia conducta, y a la vez construyendo una plataforma de derechos-murallas— no ha sido, me parece, lo suficientemente considerada.

[A] pesar de las disputas sobre sus definiciones y debates sobre la prioridad relativa de la libertad en oposición a otros objetivos políticos, hay acuerdo sobre la creencia de que los seres humanos son, en su naturaleza, en realidad, potencialmente, idealmente, sujetos de libertad, y, por lo tanto, que deben ser gobernados y deben gobernarse a sí mismos, como tales.

Es precisamente debido a la potencia de las políticas y las éticas de la libertad que ella requiere un diagnóstico. ¿Se puede adoptar una actitud “intempestiva” hacia la libertad? ¿Se puede ver el valor de la libertad en sí misma como una cosa de este mundo, reunida a partir de una multitud de accidentes y contingencias, por grandes estrategias de poder y control, por ingenuos gestos de humanitarismo y preocupación, intervenciones filantrópicas nobles y de altos principios morales, sin contar mil insignificantes rencores y pequeñas maniobras? ¿Podríamos considerar el nacimiento de la libertad como un logro del gobierno? (Rose, 2004: 62).

En Rose, desarrollar una actitud “intempestiva” respecto de la libertad toma la forma de una indagación sobre los factores que han posibilitado el “ensamblaje civilizatorio” (la familia y el hogar, la educación y la ciudad). Junto a los ensamblajes disciplinarios ya identificados y estudiados por una abundante literatura, el equipamiento de las sensibilidades y los cálculos del propio interés, el agenciamiento moral y la responsabilización, la introspección y el auto-escrutinio de nuestros vicios y placeres ha sido provocado por una multitud de pequeñas autoridades en una articulación oscilante con las estructuras burocrático-territoriales de dominio. No podría comprenderse el valor de la libertad como objetivo político sin prestar atención a la presencia de las nuevas realidades y espacios de intervención de una “individualidad” generados en el marco de estos ensambles (ver Rose, 2000: 141-175; 2004: 61-97).

Por último, y brevemente, deseo referirme a la cuestión de la subjetividad y las ciencias sociales en los últimos veinte años del siglo pasado. Michel Foucault llegó a señalar, al

final del curso *La Sociedad Punitiva*, un episodio singular con relación a Emile Durkheim. Las tramas de cohesión social o de su carencia formuladas y descriptas por él tuvieron como trasfondo una monumental expansión de redes de anudamiento y coacción de los individuos (surgimiento de las más variadas instituciones), en el marco más general de la consolidación de proyectos económicos y políticos. Durkheim habría dado estatus de ley social a redes y tramas de coacción relativamente recientes, y a la vez las habría dispuesto sobre un esquema explicativo que las invisibilizaba, utilizando como alternativa la vía argumental relativa a la expansión y complejización de la división del trabajo. De ese modo, habría asumido la formulación de leyes sociales sin tomar nota del complejo ensamblaje institucional-tecnológico (escuelas, fábricas, hospitales, ejércitos, etc.) que estaba vinculando enormes masas de individuos (los muchos en pocos espacios) a trayectorias, cronologías, estilos, "culturas", novedosos en su similitud aplanada.

Pues bien, quizá se trate menos de relatar la aventura del sujeto para los discursos de las ciencias sociales y humanas en las últimas décadas del siglo XX, que de precisar las formas en que la "subjetividad" fue "descubierta" por estas en el mismo proceso con el que los procedimientos de gobierno y las zonas tecnológicas comenzaban a alimentar la idea y la sensación en todos nosotros de que nuestro "yo" (un interior recargado de psicología y afectividad o cálculos racionales sobre nuestros propios gustos) debía ser el nuevo punto de normatividad desde el cual relacionarnos con el mundo. Al hacer una "crítica de la crítica" denunciando que los enfoques marxistas habrían sido cómplices en la normalización social (esto, claro está, no solo y no tanto por lo ocurrido en los régímenes comunistas, sino por el instrumental con el que se trató de manejar la "superestructura"), los progresismos culturales en la academia habrían tomado por propio, como el viejo Durkheim, lo que en realidad era el efecto de cambios mayores en los ensamblajes de gobierno y las racionalidades políticas. Claro que esto corre

el riesgo de caricaturizar lo ocurrido, pero no sería después de todo una falsa ironía que algunas de las nociones como “subjetividades de resistencia” o “subjetividades alternativas” fueran convocadas a una reyerta política en la cual los contrincantes se vincularan genealógicamente.

Conclusión

He realizado un repaso por las tres zonas en las que el trabajo de Nikolas Rose se ha detenido particular aunque no aisladamente, según mi criterio. He tratado de no vincular sesgos hagiográficos, pero tampoco de generar un efecto tribunal. Me he limitado a indicar las líneas argumentales y a reponer algunos ejemplos o casos que me han parecido ilustrativos.

Reparo aquí solamente en un par de indicaciones sobre el proyecto en general que no me fue posible reponer en los apartados anteriores.

En primer lugar, hay que destacar que, tal como Rose lo indicó en varias ocasiones, vivimos en un mundo atiborrado de programas y proyectos de gobierno, pero no en un mundo programado. Y como lo he tratado de precisar en otra ocasión, la descripción detallada de las redes de gobierno no debe ser leída como la confirmación de sus efectos. Más allá de esto, es realmente notable que la trayectoria intelectual de uno de los máximos referentes de los *Estudios en Gubernamentalidad*, en forma independiente de los juicios que nos merezcan sus hipótesis y argumentos, fuera realizada caminando por el costado de la industria editorial de los cursos de Foucault. Rose ha señalado en algunas entrevistas que nunca le interesó el papel de intérprete y erudito en Foucault. Lo bueno es constatar que, al cabo de un repaso por parte de su programa de estudio sobre las artes de gobierno, no parece haberlo necesitado.

Bibliografía

- Avellaneda, A. (en prensa) “El pensamiento, el afuera, el contexto. Las artes de gobierno y la historia del pensamiento político”, en Avellaneda, A. y Vega, G. (Directores), *Conductas que importan. Variantes de análisis en los estudios e gubernamentalidad*. Eudenne.
- Avellaneda, A. (2017). “Guerra y formación estatal. Estudios políticos y sociológicos de los grupos armados. Variantes antropo-históricas”, en Ruidrejo, A. y Venier, E. (Compiladores), *Gubernamentalidad y biopolítica: contribuciones para una ontología del presente*, Salta: EUNSA, pp. 126-143.
- Avellaneda, A. (2015). “Las escalas del poder político. Artes, redes y técnicas en los estudios de gubernamentalidad”. *Astrolabio*. Nueva Era, pp. 93-120.
- Avellaneda, A., Rose, N. y Vega, G. (2012). “*Governmentality Studies*, liberalismo y control. Entrevista con N. Rose”. *Nuevo Itinerario, Revista Digital de Filosofía*, 7, pp. 1-15.
- Barry, A., Osborne, T. y Rose, N. (1996). *Foucault and Political Reason. Liberalism, Neoliberalism and Rationalities of Government*. Chicago: Chicago University Press.
- Curtis, B. (1995). “Taking the State Back Out: Rose and Miller on Political Power”. *The British Journal of Sociology*, 46/4, pp. 575-589.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Miller, P. y Rose, N. (2010). *Governing the Present*. Londres: Polity Press.
- Miller, P. y Rose, N. (1997). “Mobilizing the Consumer. Assembling the Subject of Consumption”. *Theory, Culture and Society*, Vol. 14, 1.
- Miller, P. y Rose, N. (1995). “Political Thought and the Limits of Orthodoxy. Response to Curtis”. *The British Journal of Sociology*, 46/4, pp. 590-597.

- Miller, P. y Rose, N. (1994). "On Therapeutic Authority: Psychoanalytical Expertise under Advanced Liberalism". *History of the Human Sciences*, Vol 7, 3, pp. 29-64.
- Miller, P. y Rose, N. (1992). "Political Power beyond the State. Problematics of Government", *The British Journal of Sociology*, Vol. 43, 2, pp. 173-205.
- Miller, P. y Rose, N. (1989). "Governing Economic Life". *Economy and Society*, Vol. 19, 1, pp. 1-31.
- Miller, P. y Rose, N. (1988). "The Tavistock Programme: The Government of Subjectivity and Social Life". *Sociology*, Vol. 22, 2, pp. 171-192.
- O'Malley, P.; Rose, N. y Varverde, M. (2012). "Gubernamentalidad". *Astrolabio. Nueva Época*, N°8, pp. 113-152.
- Rose, N. (2004) *Powers of Freedom*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rose, N. (2000). "Governing Liberty". *Governing Modern Society*. Toronto: University of Toronto Press.
- Rose, N. (1999) [1989]. *Governing the Soul of the Private Self*. Londres: Free Association Books.
- Rose, N. (1997). "El gobierno de las sociedades avanzadas", en *Revista Archipiélago*, N.º 29, pp. 25-40.
- Rose, N. (1996). *Inventing Ourselves. Psychology, Power and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rose, N. (1995). "Political Thought and the Limits of Orthodoxy: A Response to Curtis". *The British Journal of Sociology*, pp. 590-597.
- Rose, N. (1993). "Government, Authority and Expertise in Advanced Liberalism". *Economy and Society*, Vol. 22:3; pp. 283-299.
- Rose, N. (1991a). "Experts of the Soul". *Jahrgang*, Vol. 1/2, pp. 91-99.
- Rose, N. (1991b). "Governing by Numbers: Figuring Out Democracy". *Accounting, Organizations and Society*, 16/7, pp. 673-692.
- Rose, N. (1990). "Psychology as a Social Science". En: *Deconstructing Social Psychology*, Ian Parker y John Shottter (editores). Londres: Routledge, pp. 103-116.

- Rose, N. (1988). "Calculable Mind and Manageable Individuals". *History of Human Sciences*, Vol. 1, 2, pp. 179-200.
- Rose, N. (1987). "Beyond the Public/ Private Division. Law, Owner and the Family". *Journal of Law and Society*, Vol. 14, No. 1, Critical Legal Studies (1987), pp. 61-76.
- Rose, N. (1985). *The Psychological Complex. Psychology, Politics and Society in England*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

4

El gobierno a través de las problematizaciones

Una lectura sobre Carol Bacchi

DANIEL CHAO¹

Introducción

La noción de *problematización* vinculada a las lecturas que Michel Foucault propuso para comprender el *pensamiento* en la heterogeneidad de relaciones de poder fue recuperada por diversos autores ligados a la *analítica de la gubernamentalidad* (Osborne, 2003; Dean, 2010; Miller y Rose, 2008), como por otros lectores de la obra foucaultiana (Castel, 1994; Deacon, 2000; Garland, 2014), en cuanto concepto metodológico clave. No obstante, ninguno de ellos se preocupó tanto por dotarla de un armazón de análisis como la politóloga canadiense-australiana Carol Lee Bacchi. A fines de la década de los 90, Bacchi presentó un modelo de abordaje que sintetizó mediante una pregunta de difícil

¹ Universidad Nacional del Nordeste/CONICET.

traducción al español: “*What's the problem represented to be?*”², que más tarde denominaría el “enfoque WPR” (por las siglas de la pregunta).

En sus palabras, el enfoque apunta principalmente al análisis de las políticas (*policy*), especialmente de las políticas públicas. La premisa básica es que estas funcionan como *palancas* para entender el modo en que somos gobernados, y este entendimiento parte de no suponer la existencia de problemas por fuera de los modos en que son presentados. En definitiva, las políticas públicas contienen en su formulación un diagnóstico y definición del problema que dicen buscar resolver, por lo cual, antes que reaccionar ante problemáticas realmente existentes, las propuestas crean los problemas dotándolos de inteligibilidad. En ese sentido, el gobierno (es decir, en términos foucaultianos, el arte de conducir conductas) se lleva a cabo a través de *problematisaciones* entendidas como redes de *representaciones de problemas*, que poseen diversos efectos.

El objetivo de este escrito es poder dotar de contenido a lo que hemos enunciado de manera simple mediante un conjunto de textos de la autora, los cuales abarcan casi dos décadas de producción sobre la temática. Nuestro fin es poder desarmar el método de análisis de Bacchi, a partir de tres aspectos que organizarán los apartados. El primero de ellos se centrará en el devenir del aparato analítico,

² Dadas las dificultades de proponer una traducción satisfactoria, optamos por mantener la pregunta en su idioma original, y utilizaremos alternativamente las siglas del enfoque cada vez que nos refiramos a él. No obstante, la pregunta podría ser traducida en estos términos: “¿Cuál es el problema representado en cuestión?” Optamos por modificar el *to be* por el sintagma “en cuestión”, apelando a la raíz etimológica del término: “La palabra ‘cuestión’ viene del latín *quaestio*, *quaestionis*, ‘acción de buscar; interrogatorio, examen, indagación, averiguación’. Deriva a su vez del verbo *quaerere*, que implica ante todo la idea de búsqueda, de tratar de encontrar. [...] En efecto, toda búsqueda implica cierto conflicto: el de no tener lo que se busca, y estar necesitado de ello en alguna medida” (*Diccionario etimológico español en línea*. Recuperado de <http://etimologias.dechile.net>). Agradezco las sugerencias de Ezequiel Ponce de León, Ramiro Stangafero, Fernando Ruchesi y Javier Roberti, aunque no los hago responsables de esta traducción.

buscando mostrar hacia qué lugares apunta y los modos en que propone organizar el abordaje. El segundo se ubicará en el terreno de los debates teóricos desde los cuales se mostrará qué fronteras plantea la autora respecto a otros estudios sobre la política pública, y cuál es el espesor que le da a cada discusión. Por último, nos detendremos en lo que la autora marca como las bases de su *ontología política*, pues en sus palabras las problematizaciones *hacen* a lo político, y el enfoque WPR opera como clave de acceso y evaluación para entender el despliegue de las relaciones de poder, los efectos, y los modos como estructuramos nuestra comprensión de la política y el lugar del Estado. Para llevar a cabo este desarrollo, nos centraremos en tres libros publicados por la autora: *Women, Policy and Politics. The Construction of Policy Problems* (1999), *Analysing Policy. What's the problem represented to be?* (2009) y *Poststructural Policy Analysis. A Guide to Practice* (2016), en coautoría junto a Susan Goodwin. Veremos, a través de cada horizonte propuesto, las modificaciones y continuidades de su obra, bajo la hipótesis de que en un primer momento el enfoque aún mostraba como frontera a los estudios de gubernamentalidad, cuestión que luego se modificó sustancialmente hasta el punto de entender que no puede comprenderse al *gobierno* sin entender las *problematicaciones gubernamentales* que lo producen. Este desplazamiento significó superar un objetivo que se mostraba analítico, y correrse hacia una reflexión más general sobre los modos en que la política afecta la vida de los individuos.

El enfoque WPR y la representación de los problemas

En 1983, Michel Foucault llevó a cabo un seminario en el Departamento de Historia de la Universidad de Berkley, que fue publicado al español bajo el título *Discurso y verdad en la Antigua Grecia* (2004). El objetivo de dichos cursos

fue dar cuenta de la noción de *parresía* como una práctica que permitía entender un modo de relación entre sujetos y verdad. En ese marco retomó una noción a la que dio mayor cuerpo en los últimos años de su vida: la problematización. Problematizar implicaba mostrar cómo ciertas “cosas” (comportamientos, fenómenos, procesos) se convertían en problemas susceptibles de ser pensados (Foucault, 2004: 211); tomando como ejemplo a la enfermedad mental, Foucault se preguntaba: “¿Cómo y por qué cosas muy diferentes se reunieron, se caracterizaron, se analizaron y se trajeron como, por ejemplo, ‘enfermedad mental’?” (Foucault, 2004: 212). Posteriormente, en una entrevista realizada y publicada en 1984 –año de su muerte– por François Ewald, dirá que

“problematización” no quiere decir ‘representación de un objeto preexistente’, así como tampoco ‘creación mediante el discurso de un objeto que no existe’. Es el conjunto de las prácticas discursivas o no discursivas que hace que algo entre en el juego de lo verdadero y de lo falso y lo constituye como objeto para el pensamiento (bien sea en la forma de la reflexión moral, del conocimiento científico, del análisis político, etc.) (Foucault, 2004: 371).

Ese mismo año, se publicaba *El uso de los placeres* (2012) [1984] –también editada bajo el nombre en español de *Historia de la sexualidad II*–, donde el autor reforzó la importancia de la noción que nos ocupa: problematizar era la tarea de una *historia del pensamiento* en la que el objetivo no es otro que

analizar, no los comportamientos ni las ideas, no las sociedades ni sus “ideologías”, sino las problematizaciones a través de las cuales el ser se da como una realidad que puede y debe ser pensada por sí misma, y las prácticas a partir de las cuales se forman. La dimensión arqueológica del análisis permite analizar las formas mismas de la problematización; su dimensión genealógica, su formación a partir de las prácticas y de sus modificaciones (Foucault, 2012 [1984]: 17).

Está claro que la noción cobraba relevancia en sus últimos trabajos, y cruzaba como una síntesis los objetivos de su producción. Sin embargo, su muerte y la dispersión sobre la especificidad de aquella noción dejaron algunos vacíos que autores posteriores intentaron completar. Quizá quien mayor esfuerzo puso en ello fue la politóloga Carol Bacchi, quien en su libro *Women, Policy and Politics...* planteó la potencialidad que tenía la noción de problematización para un análisis de las políticas públicas. Esa potencia se sostiene en un enroque: no se trata de mirar cómo las decisiones políticas *reaccionan* e intentan solucionar problemas, sino de pensar que “cada propuesta política contiene un diagnóstico explícito o implícito del problema” (Bacchi, 1999: 1, traducción propia³). Esto es denominado por la autora como una “representación del problema”, la cual se constituye en el objeto de análisis, identificación y evaluación principal de su propuesta.

En sus planteos iniciales, Bacchi señalaba que una descripción y representación de cualquier tema a tratar debía ser concebido como una interpretación, por lo cual el análisis se ocupaba de las *interpretaciones en competencia* (*competing interpretations*) e iniciaba con la pregunta “*What's the problem represented to be?*”. Dicho interrogante abría una puerta de acceso a las suposiciones y asunciones inscriptas en el discurso que las enunciara, por lo tanto, la mirada analítica se posaría en los conceptos y categorías que enmarcaran el problema representado. En definitiva, se trata de una lectura sobre la *construcción* de estas interpretaciones/representaciones, que muestran la limitación de lo decible y lo posible de ser pensado (Bacchi, 1999: 3), y el vaivén

³ Los textos trabajados en este capítulo no poseen versiones en español, por lo cual –y para no abundar en repeticiones– en lo siguiente obviaremos esta referencia aclarando al lector que toda cita forma parte de traducciones propias.

de la mirada se posa tanto en la descripción de *algo* como un problema, como en la negación de ese estatus a ciertos otros temas (*issues*).

El problema, en síntesis, no es un *real* o un *afuera* que descubrir, sino un objeto en permanente creación, lo que no significa la inexistencia de situaciones preocupantes (*troubling*), sino que señala la imposibilidad de “hablar de ellas por fuera de sus representaciones, por tanto, sus representaciones se vuelven importantes debido a la forma que le dan al problema y por lo que implican acerca de aquello que debería hacerse o no” (Bacchi, 1999: 9). Para la autora, este punto de vista permite entender: 1) que *necesariamente* toda propuesta de cambio y solución de un problema contiene una representación que le da forma; 2) que estas representaciones implican suposiciones que generalmente no son analizadas pues se naturalizan; y 3) que el marco permite ver tanto las limitaciones del cambio, a través de la forma que se da al problema, como los temas *desproblematizados* mediante los silencios y vacíos en las políticas analizadas. Volveremos sobre esta última afirmación.

Ahora bien, Bacchi entiende que su propuesta se robustecería a partir de cruzar el corpus de textos seleccionado con una serie de preguntas cuyas respuestas implicarían un desarme de esas representaciones de problemas. A modo inicial (luego ampliaría y cambiaría la formulación de los interrogantes), estas preguntas son:

- ¿Cuál es el problema (violencia doméstica, aborto, etc.) representado tanto en un debate político como en una propuesta política específica?
- ¿Qué presuposiciones o suposiciones sustentan esta representación?
- ¿Qué efectos se producen por esta representación?
- ¿Cómo se constituye a los sujetos a través de ella?
- ¿Qué es probable que cambie?
- ¿Qué es probable que permanezca igual?
- ¿Quién probablemente se beneficie de esta representación?

¿Qué queda desproblematizado (*left unproblematic*) mediante esta representación?

¿Cómo variarían las 'respuestas' si el 'problema' se pensara o representara de manera diferente? (Bacchi, 1999: 12-13).

Este campo de preguntas permite *revelar* los modos en que estructuramos nuestra comprensión del proceso político, por lo cual el foco está puesto en la materialidad del discurso y las categorías con que son presentados los problemas. En ese sentido, la autora dirá que "los discursos no son el producto directo de una manipulación intencional de un conjunto de actores clave, pero tampoco estructuras transhistóricas que operan fuera de la intervención humana" (Bacchi, 1999: 43), sino prácticas que configuran y disputan aquella comprensión. Bacchi afirmará entonces que deben mirarse las categorías de *efectos* inscriptos. Dichos efectos son de tres tipos: efectos sobre las formas en que los sujetos y las subjetividades se constituyen en el discurso; sobre los límites del decir; y los efectos sobre la vida (*lived effects*). Para la autora, el abordaje debe centrarse en estos efectos antes que en los *problemas sociales* tomados como realidades objetivas, y mostrar cómo lo *dicho* puede dejar afuera otras posibilidades de decir (Bacchi, 1999: 62).

Este primer modelo WPR puede sintetizarse como la identificación de las representaciones de problemas implícitas o explícitas en una propuesta política (es decir, está centrado en cuándo algo cobra *estatus* de problema), la reflexión y evaluación de sus efectos, la exploración de representaciones alternativas, y la pregunta por cuál sería el destino de estas últimas. Por lo tanto, el enfoque es una herramienta para desentrañar problematizaciones y sus efectos, es decir, redes de representaciones de problemas entendidas como construcciones discursivas de la propia comunidad política (*policy community*), lo que otorga un rol productivo a quienes gobiernan.

Esa productividad se amplía diez años después en su libro *Analysing Policy...*, donde inscribe la propuesta bajo dos aspectos. Primeramente, que el WPR es un enfoque postestructural de análisis político; y en segundo lugar, que el armazón metodológico se sostiene en una hipótesis que muestra claramente su deseo de correrse de los análisis que asumen la existencia de problemas: “somos gobernados⁴ a través de problematizaciones antes que a través de políticas”⁵ (Bacchi, 2009: XI). Sobre el primero de estos aspectos, ya señalado en el libro de 1999, el foco en las *representaciones de los problemas* implica pensar en el significado y la invención (*meaning-making*) como una duplicidad parte de la formulación de las políticas públicas. De lo que se trata es de retroceder analíticamente (*working backwards*) desde propuestas concretas de cambio hasta la representación del problema.

Esa invención tiene impacto en el segundo aspecto (que será abordado con más detalle en los apartados posteriores), pues se trata de entender la relación entre saberes, problemas, gobierno y asunciones culturales profundas que cruzan y dan forma a la vida cotidiana. De manera simple, el *problema* es definido como el “tipo de cambio implicado en un propuesta política particular” (Bacchi, 2009: XII); así también, en su obra de 2009, Bacchi desplaza el foco desde las interpretaciones en competencia hacia el papel *crítico* de su método, pues crea la oportunidad de preguntarse por aquello que se naturaliza, que se da por supuesto (*taken for granted*) cada vez que se propone una modificación. Con esto nos referimos a cierto aplanamiento en la jerarquía de discursos analizados, en vez de la importancia dada a las superposiciones y dominancias de sus planteos iniciales.

⁴ Tal como será trabajado en el siguiente apartado, la noción de *gobierno* parte del modo en que lo entendió el mismo Foucault en cuanto “arte de conducir conductas” (Gordon, 2015).

⁵ “[...] we are governed through problematizations rather than through policies”.

No obstante, su grilla de análisis mantiene la premisa de que puede estudiarse tanto lo que se incluye, como lo que se excluye en la representación del problema. Para ello replica el método conformado por un cuerpo de preguntas, aunque con algunos cambios y reubicaciones respecto de las primeras:

1. ¿Cuál es el “problema” [...] representado en *questión* en una política específica?
2. ¿Qué presuposiciones o asunciones sustentan esta representación del “problema”?
3. ¿Cómo se ha llegado a esta representación del “problema”?
4. ¿Qué queda desproblematizado en la representación del “problema”? ¿Dónde están los silencios? ¿Puede pensarse el “problema” de manera diferente?
5. ¿Qué efectos produce esta representación del “problema”?
6. ¿Cómo/dónde se ha producido, difundido y defendido esta representación del “problema”? ¿Cómo podría ser cuestionado, interrumpido y reemplazado? (Bacchi, 2009: XII).

El nuevo cuestionario metodológico desplaza el interés por los beneficios, cambios y permanencias⁶, por un orden discursivo y no discursivo que parte la mirada en dos planos: lo decible e indecible por un lado, mediante las premisas, efectos y lo que podría pensarse de otra forma; y lo institucional por otro, lo cual es denominado como “*condiciones*” (que desplazó la imprecisa noción de *contexto* utilizada en su libro de 1999). A su vez, la reformulación de la grilla suma un aspecto temporal ausente en su primera

⁶ Para reforzar este desplazamiento, Bacchi dirá que el análisis no se ocupa de las ideas o las intenciones, sino de las “profundas premisas conceptuales que operan dentro de las representaciones del problema” (Bacchi, 2009: XIX), por lo cual el objetivo es preguntarse cómo fueron posibles algunas promesas políticas, antes de pensar por su verdad o falsedad.

obra (preguntas por el surgimiento y la circulación), que la autora inscribe directamente al objetivo genealógico que planteó Foucault.

Entonces, ¿qué implican a nivel analítico cada una de estas preguntas, y qué cambios incluyeron? Primordialmente, el objetivo de esta nueva presentación es dar cuerpo a lo que antes abordó mediante casos dejando a la libre interpretación de los lectores. En este sentido, dirá que las presuposiciones (pregunta 2) tienen que ver con los saberes y conceptos (en el sentido que Foucault le dio en *La arqueología del saber*) que sostienen las representaciones, y no con las creencias personales de quienes formulan las políticas analizadas. El foco se ubica en el *pensamiento*, es decir, en lo que puede ser pensado y dicho. Para poder plasmar este análisis, Bacchi propone identificar y analizar los *binarismos*, los *conceptos clave* y las *categorías operantes* (Bacchi, 2009: 7).

Sobre el primero, sostiene que el elemento de afirmación/negación de los términos binarios simplifica “relaciones complejas” (*op. cit.*: 7) y que son una primera entrada para ver los límites implicados en la representación de un problema. Sobre los conceptos clave, dirá que es necesario mantenerlos *abiertos* para pensarlos como elementos de largo arraigo y de definiciones claras hasta que son puestos bajo la lectura (por ejemplo, conceptos como “juventud”, “desempleo” o “democracia”). Finalmente, le atribuirá un lugar central a las categorías en el modo en que el *gobierno*⁷ tiene lugar, pues las categorizaciones organizan los conceptos y términos binarios identificados previamente

⁷ Como dijimos, la noción de gobierno como la conducción de conductas es una de las definiciones clásicas de la grilla de la gubernamentalidad. Foucault entendía que *gobernar* era estructurar un campo posible de acción sobre los demás: “El ejercicio del poder consiste en guiar las posibilidades de conducta y disponerlas con el propósito de obtener posibles resultados. Básicamente, el poder es menos una confrontación entre dos adversarios, o el vínculo de uno respecto del otro, que una cuestión de gobierno. Esta palabra debe ser comprendida en el muy amplio significado que tenía en el siglo XVI. El “gobierno” no se refiere sólo a estructuras políticas o a la dirección

(categorías de edad, de zonas, de enfermedades, de personas, etc.). Bajo esta guía de análisis, se busca desnaturalizar las palabras y ver su funcionamiento en las representaciones de los problemas.

Como dijimos, la tercera pregunta hace hincapié en la *genealogía* de la problematización mediante dos vías: la no discursiva (decisiones y desarrollos específicos en espacios institucionales concretos), y la *competencia* de representaciones a lo largo del tiempo y los espacios, con lo cual se acentúa la contingencia del proceso político puesto que “las cosas podrían haberse desarrollado de manera bastante diferente” (Bacchi, 2009: 10). A la vez, permite ver *relaciones de poder* que implican dominancias entre representaciones. Esta positividad, dada en la identificación de representaciones de problemas, de distribución de sus fundamentos conceptuales, y de sus orígenes y desarrollos, abre la puerta a la pregunta 4 sobre lo *desproblematizado*.

¿Cómo abordar aquello que no aparece en la representación del problema cuando no existe afuera del orden del discurso? Bacchi planteará que el binarismo (pregunta 2) es un modo útil pues la simplificación y limitación de las variantes del problema marcan zonas reducidas (por ejemplo, las líneas difusas entre lo privado y lo público) que en la práctica son más complejas; a su vez, la pregunta 3, que posa su mirada en la competencia, permitiría ver representaciones del problema que han perdido fuerza en el tiempo o aquellas que encuentran respaldo institucional frente a otras. Asimismo, la autora presenta una tercera estrategia de análisis mediante una comparación intercultural (*cross-cultural comparison*) que “refleja contextos institucionales y culturales específicos” (Bacchi, 2009: 14), y que posibilitaría identificar las contingencias de las problematizaciones. En cada caso, se trata de “resaltar las condiciones que permiten

de los estados; más bien designa la forma en que podría dirigirse la conducta de los individuos o de los grupos... (...) Gobernar, en este sentido, es estructurar un campo posible de acción de los otros” (Foucault, 2001: 253-254).

que las representaciones de problemas particulares tomen forma y dominen, mientras que otras queden silenciadas” (*op. cit.*: 14).

Por otro lado, el campo de efectos (la quinta pregunta) ya había sido mencionado en el libro de 1999, aunque en esta oportunidad amplía las definiciones de cada categoría. La base, como dijimos, es que las políticas afectan la vida cotidiana a través de efectos discursivos que limitan los modos de pensar, efectos subjetivadores (subjetivizadores) que establecen posiciones de sujetos y fundamentalmente divisiones en grupos –lo que Foucault (2001: 242) llamó “prácticas divisorias”–, y, sobre todo, los efectos sobre la vida, en el sentido de una afectación directa y *material* sobre la vida y la muerte (Bacchi, 2009: 18). Para poder robustecer esta pregunta, reincorpora una serie de subinterrogantes que formaban parte de su núcleo anterior:

¿Qué es probable que cambie con esta representación del “problema”? ¿Qué es probable que permanezca igual? ¿Quién se beneficiará con esta representación del “problema”? ¿Quién puede verse perjudicado por esta representación del “problema”? ¿Cómo afecta la atribución de la responsabilidad del “problema” a los destinatarios y las percepciones del resto de la comunidad en la definición de culpables? (Bacchi, 2009: 18).

La última pregunta (la sexta) está centrada en cómo y dónde se produce y defiende la representación del problema, para lo cual sugiere recuperar el interrogante 3 y “pensar en los medios a través de los cuales las presentaciones de problemas particulares llegan a su público-objeto y logran legitimidad” (Bacchi, 2009: 19). Finalmente, la autora resalta la necesidad de tener una sólida comprensión de los antecedentes del problema, y de emplazarlo en redes históricas y contemporáneas que lo rodean. A estas redes las denomina “contexto”.

Bajo estos preceptos, propone que el corpus de análisis debe conformarse con lo que Foucault llamaba “textos prácticos” (o “prescriptivos”), es decir,

textos que pretenden dar reglas, opiniones, consejos para comportarse como se debe [...] y que en sí mismos son objeto de “práctica en la medida en que están hechos para ser leídos, aprendidos, meditados, utilizados, puestos a prueba, y en que buscan constituir finalmente el armazón de la conducta diaria”. Estos textos tienen como función ser operadores que permitan a los individuos interrogarse sobre su propia conducta, velar por ella, formarla y darse forma a sí mismos como sujetos éticos (Foucault, 2012: 19).

En ese sentido, una amplia variedad de textos *estatales* y *políticos* pueden proporcionar “puntos de entrada a las problematizaciones y las representaciones del problema” (Bacchi, 2009: 34), pues son producidos por quienes ejercen poder, bajo *sanciones institucionales*, es decir, en el halo de las *prácticas institucionales* (no discursivas) que los sostienen (Bacchi, 2009: 36). Como síntesis metodológica, la autora dirá:

Las problematizaciones son mecanismos de encuadre (*framing*); determinan lo que se considera significativo y lo que queda fuera de consideración. Como resultado, las políticas públicas crean “problemas” que canalizan y, por lo tanto, limitan el conocimiento y la sensibilidad a toda la gama de condiciones problemáticas que conforman nuestra existencia (Bacchi, 2009: 263).

En su libro posterior, publicado en 2016 junto a Susan Goodwin, este encuadre y búsqueda metodológica incorpora algunos elementos. En principio –y como veremos con mayor detenimiento en el apartado siguiente–, el texto se apoya en la noción de gobierno para conectar la producción

y representación de problemas con invenciones⁸ de objetos, sujetos y lugares. En ese sentido, para el enfoque WPR los fenómenos no son entidades singulares o discretas a las que pueda atribuirse una esencia, sino “combinaciones o redes de diversos elementos y relaciones coordinados, organizados, combinados o moldados para que aparezcan como una convergencia” (Bacchi y Goodwin, 2016: 14). Asimismo, las autoras explicitan la definición de “política” que usarán, que incluye “tanto las actividades de las instituciones estatales como las de otras agencias y profesiones involucradas en el mantenimiento del orden social” (Bacchi y Goodwin, 2016: 17). En esa vía, los *textos prácticos*, denominados “textos políticos” (*policy texts*), son puertas de acceso a la reflexión sobre la guía de conductas, e incluyen

documentos, como archivos y registros organizacionales, legislación, decisiones judiciales, proyectos de ley, discursos, transcripciones de entrevistas [...], declaraciones de medios, organigramas, presupuestos, contratos de programas, informes de investigación, e incluso datos estadísticos. En sitios de políticas particulares, los textos escritos pueden incluir registros institucionales, informes organizacionales, programas, etc. (Bacchi y Goodwin, 2016: 17).

La tarea en la identificación, reconstrucción e interrogación de las problematizaciones es captar esa guía de conducta como una *respuesta* y dotarla de inteligibilidad. En línea con esto, el cuestionamiento por la representación del problema permite acceder al *estilo de pensamiento* presente en la práctica de gobierno, y cruza cuatro *invenciones políticas* que le dan cualidad productiva: como dijimos, la política inventa no solo *problemas*, también *sujetos*, *objetos* y *lugares* que se conectan entre sí en las respuestas

⁸ En este texto Bacchi reemplaza la noción de construcción de sus primeros trabajos por la de invención (*making up*), en el sentido que Ian Hacking (1986) le daba a la invención de las clasificaciones científicas y su impacto en otras invenciones, como la categoría de persona.

planteadas como soluciones. Estas *invenciones* recuperan la importancia de entender que un problema puede ser estudiado a partir de cómo es tratado, regulado, clasificado y representado. Como quedó dicho, la *invención de problemas* es una puerta de entrada al juego de verdades, obviedades y prescripciones de buen gobierno necesarias a la práctica gubernamental.

En segundo término, la *invención de sujetos* está ligada al proceso de subjetivación, e implica adentrarse en las categorías de personalidad, posiciones de sujeto y posibles acciones que se asumen al definir los sujetos-objetos de intervención. Esto no significa una invención fáctica, o de sujetos estables en *tipos* predeterminados de personas, sino una invención provisional, contradictoria, inmersa en redes de poder donde las categorías de sujetos usados fundamentan los caminos de gobierno propuestos. Como ya se dijo, en gran medida esta subjetivación es exterior a la autonomía de los individuos, pero tiene impactos en los propios procesos de gobierno de uno mismo⁹ (Bacchi y Goodwin, 2016: 70). La tercera de estas invenciones tiene que ver con los *objetos* que se vinculan a los problemas, especialmente los saberes, presupuestos, conceptos y categorías usados para describirlos (Bacchi y Goodwin, 2016: 81). Se trata, en definitiva, de cómo se objetiviza un problema y de cómo se vuelve objeto de pensamiento a partir del modo en que se lo define (por ejemplo, inclusión social, bienestar, pobreza, etc.) (Bacchi y Goodwin, 2016: 94). Finalmente, la última de las invenciones destacadas por el enfoque WPR se relaciona con la formulación de *lugares o zonas* de existencia de los problemas, y, por supuesto, de resolución. Esta invención

⁹ Para Bacchi y Goodwin, el análisis que despliega su perspectiva “desafía la noción de que los seres humanos tienen características inmutables y que las políticas (simplemente) ‘trabajan con ellos’ [...]. Frente a este punto de vista, a través de las formas en que se representan los ‘problemas’, las políticas están involucradas en la configuración de lo que es posible que los ‘sujetos’ se conviertan, con implicaciones importantes sobre cómo se lleva a cabo el gobierno” (Bacchi y Goodwin, 2016: 81).

implica la asunción de sitios geográficos en los que se marca límites y estabilidades (el barrio, la ciudad, la región, el Estado), que definen territorios donde el gobierno es posible (Bacchi y Goodwin, 2016: 97).

Bajo estos elementos, intentamos sintetizar las bases de la grilla propuesta por Bacchi y sus principales elementos. En el siguiente apartado, proponemos bosquejar sus principales discusiones teóricas y su inscripción dentro de los estudios de gubernamentalidad.

Fronteras y gobierno bajo el enfoque WPR

Como vimos, la premisa de base del enfoque sobre problematizaciones de Bacchi parte de entender que la política no reacciona ante problemas que busca resolver, sino que produce problemas como tipos particulares, a los cuales dota de inteligibilidad. En ese sentido, la autora dirá que “problematización” tiene, en el lenguaje de Foucault, una doble significación: como ‘análisis crítico’ y como ‘producto de prácticas de gobierno’. La intención en este segundo apartado es mapear las fronteras de discusión y, a la vez, reflexionar sobre la inscripción de la propuesta en la analítica de la gubernamentalidad, desde la cual plantea que no puede pensarse al gobierno sin entender que este se produce desde las problematizaciones.

En principio, la autora marca una distancia con análisis políticos que han pensado a los procesos dentro de marcos binarios como estado/mercado, estado/capital o gobierno/sujeto –entre los cuales se ubica a los estudios de gubernamentalidad– (Bacchi, 1999: 11). Estos marcos operaron como fines en sí mismos, y no como *palancas* que permitieran entender de qué manera los problemas afectan nuestra vida. A su vez, el enfoque marca como una gran frontera lo que Bacchi llama el “paradigma de la resolución de problemas” (*problems solving*), donde ubica a una parte

importante de las investigaciones sobre políticas públicas. Lo que distinguiría al paradigma es su visión sobre la política como una toma de decisiones y una búsqueda de soluciones, mientras que el enfoque WPR –al centrarse en las representaciones de los problemas– plantea que eso que se denomina una “decisión” “cierra el espacio para el debate normativo debido a la impresión de que, de hecho, es la mejor solución para un problema” (Bacchi, 1999: 20). Bajo estas coordenadas, *solución* y *problema* son indivisibles.

En una primera instancia, Bacchi sitúa dentro del paradigma de la resolución a lo que denomina “racionalistas comprehensivos” (que verían a la política como el lugar desde donde se reconocen colectivamente ciertos problemas y se resuelven), “racionalistas políticos” (que se enfocarían en la naturaleza disputada del proceso político en la definición de problemas) y un “racionalismo de elección pública” (que conecta demandas con posibilidades materiales y políticas al momento de definir, excluir y solucionar problemas). En todos los casos, Bacchi rechaza la postura sobre lo político como una *reacción* y como el resultado de disputas e intereses cruzado por condiciones de posibilidad que definirían, por ejemplo, la factibilidad de intervenir sobre ciertos problemas y descartar otros. Todos estos elementos (tanto el mostrar la naturaleza reactiva, como rescatar lo que se muestra como *improbable*) se vuelven importantes al momento de reflexionar sobre los supuestos que sostienen un programa político (Bacchi, 1999: 33).

La frontera metodológica que impondrá la autora es entender a la política como un discurso, y ocuparse de los *cierres* y *verdades* implicados en el esquema de saberes y conceptos que trae aparejados toda propuesta de cambio. Pero antes que hacer una reflexión sobre los significados y el sentido, Bacchi establecerá un objetivo que no abandonará y desde el cual sostiene sus diferencias incluso con el mismo Foucault: el examen sobre los efectos (discursivo,

subjetivizador y sobre la vida) implicados en el poder constitutivo de la política como discurso (Bacchi, 1999: 45). Volveremos sobre este punto.

Una segunda línea de distancia se establece respecto a lo que la autora denomina la “sociología de los problemas sociales”, que se centraría en lo que el Estado hace o “deliberadamente se niega a hacer” (Bacchi, 1999: 60), bajo un abanico posible y real de problemas entendidos como construcciones sociales. En contrapartida, el enfoque WPR utiliza la agenda estatal como punto de entrada al problema del gobierno, y aquello que no forma parte del hacer no se entiende como una intencionalidad, sino como una *desproblematización* que, como vimos en el armazón metodológico, implica pensar lo que no ingresa, pero siempre bajo el mismo plano de productividad que lo problematizado. En ese sentido, la atención sobre las problematizaciones resalta, como se ha dicho, que “los problemas son inaccesibles fuera de las formas en que se problematizan” (Bacchi, 1999: 200).

En todos los casos, los planteos fronterizos con el enfoque WPR se sostienen en una visión *humanista* mediante la cual pueden pensarse sujetos autónomos e intencionales que llevan a cabo prácticas *desde fuera* y dan forma a los problemas que son exteriores y que se conectan en la formulación y sus disputas (Bacchi y Goodwin, 2016: 32). Por el contrario, la mirada sobre las problematizaciones parte *desde dentro* para pensar que solo existen prácticas¹⁰ desde las que emergen sujetos y objetos como tipos particulares y objetos de pensamiento.

El enfoque WPR se sostiene en tres premisas, de las cuales hemos mencionado algunos aspectos. La primera de ellas, y quizás la más sugerente, es que “somos gobernados

¹⁰ Las autoras recuperan una noción de práctica de Foucault, quien las define como lugares donde “lo que se dice y se hace, las reglas impuestas y las razones dadas, lo planificado y lo que se da por hecho se encuentran e interconectan” (Foucault, 1991: 75).

a través de problematizaciones" (Bacchi y Goodwin, 2016: 25), por lo que el estudio de la política y el Estado es un punto de acceso para entender el gobierno de las conductas, lo que da a lo estatal un lugar primordial pero no exclusivo en la propuesta. En ese sentido, lo que se pone en relieve son los saberes y las verdades mediante los cuales el gobierno es posible, pero fundamentalmente el estudio sobre problematizaciones procura identificar "el pensamiento detrás de las formas particulares de regulación" (Bacchi y Goodwin, 2016: 30).¹¹ Dirá entonces que toda propuesta política es problematizadora puesto que todo intento de cambio implica hacer inteligible aquello (objetos, sujetos y lugares) que se propone modificar. Antes que seguir a Foucault (quien prácticamente no abordó la relación entre problematización y gobierno), la autora se para en dos hipótesis: en la postulada por Thomas Osborne respecto a que el gobierno político no es posible sin antes problematizar su territorio (Osborne, 1997: 174); y en el planteo de Mitchell Dean en torno a la *identificación de problematizaciones* como la reflexión sobre situaciones específicas donde "la actividad de gobierno se pone en cuestión, los momentos y situaciones donde gobernar se convierten en un problema" (Dean, 2010: 38). En definitiva, se tratará de un estudio sobre *problematisaciones gubernamentales* (Bacchi y Goodwin, 2016: 16), es decir, sobre cómo el problema permite reflexionar sobre las maneras en que se lleva a cabo el gobierno y con qué efectos (Bacchi y Goodwin, 2016: 40), a partir de las formas o *estilos de problematización*.¹²

Esto abre paso a la segunda premisa –la cual ha sido desarrollada en el primer apartado junto con el armazón metodológico–, que exhorta a "estudiar las problematizaciones (a través de la representación del problema) antes

¹¹ "...the thinking behind particular form of rule" (Bacchi, 2009: 30).

¹² Noción que toma de Dean y Hindess (1998) en su descripción de la racionalidad de gobierno operante en Australia durante la segunda mitad del siglo XX y los primeros años del nuevo milenio.

que los problemas" (Bacchi, 2009: 34). Para ello recupera la noción productiva de la práctica discursiva de gobierno, para afirmar que no se trata de construcciones sociales (competitivas) que quedan en el terreno simbólico, sino que afectan directamente a los modos en que las personas se conducen y desarrollan su vida. Por lo cual el discurso político (el de los programas, legislaciones, informes) "hace que las cosas pasen" (Bacchi, 2009: 35), sobre todo a través de sus estatus de verdad y la producción de sujetos-objetos como *gobernables*.

Así también, la lectura sobre las problematizaciones gubernamentales permite abordar los modos en que la política y el Estado son *pensables*. Para ello, Bacchi incorpora, pero a la vez discute, los modos en que los posfoucaultianos han entendido la noción de racionalidad. Si bien sostiene la idea de cierta *familiaridad* –presente, por ejemplo, en Rose, O'Malley y Valverde (2012)– entre prácticas de gobierno (Bacchi y Goodwin, 2016: 45), intenta no presentar modelos ideales (como la noción de liberalismo avanzado de Rose, 2007) sino de pensar heterogeneidades y multiplicidades. No obstante, estas *familias de semejanzas* como puentes de problematización común permiten pensar en *estilos de problematización* y en regímenes de gobierno.

La tercera premisa fundamental que sostiene el enfoque plantea la importancia de "problematizar (interrogar) las problematizaciones a través del abordaje de las premisas y los efectos que las representaciones de los problemas contienen" (Bacchi, 2009: XXI). Se trata de anclar las dos nociones de problematización (como método y como objeto) sobre el cuerpo de verdades asumidas y los modos de afectación. Retomando algunas cuestiones antes mencionadas, es la *evaluación* de los últimos uno de los objetivos primordiales del enfoque WPR, que parte de las *prácticas divisorias* planteadas por Foucault para desgranar el campo de efectos en tres: el pensamiento y sus límites, los sujetos y sus posiciones, y la vida (junto a su calidad y la posibilidad de muerte) como "el impacto material de la representación

del problema" (Bacchi, 2009: 43). En este plano, la noción de crítica como un cuestionamiento a lo *dado por sentado* suma la evaluación de las "consecuencias perjudiciales (recompensar a algunos a expensas de otros)" (Bacchi, 2009: 43) que la política bajo análisis produce sobre ciertos grupos. El análisis de lo problematizado y lo *desproblematizado* posibilita entonces un evaluación sobre los *efectos perjudiciales* que tienen las representaciones de los problemas (Bacchi y Goodwin, 2016: 45) y permitiría (así, en condicional) proponer modos de evitar algunos de ellos.

Como una síntesis de ambos apartados, Bacchi y Goodwin advertirán que

El enfoque WPR [...] debe usarse con cuidado. Algunas premisas clave que a veces pueden escaparse en el proceso de análisis se resumen a continuación:

- Por lo general, los términos "problema" y "problemas" son presentados desacertadamente para significar un supuesto estado de "entidad" fija y fácilmente identificable, lo cual es puesto en duda. Un modo de evitar esto es tener en claro que solo una postura teórica particular, como el positivismo, trata a los problemas como un aspecto simple e incontestable [...].
- El análisis inicia a partir de las propuestas o soluciones dadas, y los investigadores "leen" las representaciones implícitas de los problemas.
- Las referencias al *gobierno* incluyen pero se extienden *más allá del Estado* para abarcar una amplia gama de agencias y personas involucradas en la administración de la sociedad (*societal administration*).
- El término "discurso" se refiere al *background* de saberes involucrados, y los "discursos" son saberes antes que formas de uso del lenguaje.
- Los "sujetos" son provisarios y en formación permanente [...].

- El análisis *posestructural* propuesto busca estudiar no las intenciones ni las opiniones de las personas, sino cómo es posible que esas opiniones e intenciones existan (Bacchi y Goodwin, 2016: 111-112).

Entre el construcciónismo y los estudios de gubernamentalidad, la autora teje un punto de vista que busca esencialmente distanciarse de una parte importante de los análisis de políticas públicas que naturalizan los problemas sociales. En el siguiente apartado nos enfocaremos en los objetivos de base del enfoque WPR y el intento de aportar un modo novedoso de abordaje a la analítica de la gubernamentalidad.

La afectación cotidiana y el gobierno a través de las problematizaciones

Más allá de las premisas analíticas y el armazón metodológico propuesto por el enfoque emplazado en la pregunta por las *representaciones de los problemas*, la mirada de Carol Bacchi supone un tipo de investigación sobre los modos en que vivimos. Los tres libros analizados se presentan al público como un manual de uso de una herramienta analítica que no procura hacer mejores a quienes formulan las políticas públicas, sino reflexionar sobre los modos en que las formas de verdad asumidas interceden en los modos de gobernar. En este sentido, el *gobierno a través de las problematizaciones* y el estudio de las *problematicaciones gubernamentales* es un intento explícito de conectar nociones (gubernamentalidad y problematización) que el propio Foucault dejó a la libre interpretación de sus lectores, y es a través de ella donde Bacchi inscribe con mayor fuerza su producción en la grilla de la gubernamentalidad.

No obstante, en los inicios de su enfoque, el objetivo de la autora era analítico. *Women, Policy and Politics...* buscaba debatir a nivel teórico-metodológico a partir de

preguntarse cómo se estructura la comprensión de los procesos políticos y la formulación de la política pública (en particular, las desigualdades hacia las mujeres). Quitar la naturalización y el realismo de las políticas, y correr la intención y disputas como motores de la historia, implicaba otorgarle a la noción de estrategia un plano diferente. Las representaciones competitivas y dominantes, y el foco sobre lo que se pone en juego mediante la postulación de soluciones, marcaban su campo de interés: cómo se imponen restricciones (no intencionales pero sí productivas) a la visión a través de los problemas. De allí su trabajo de *retroceso* sobre lo dado, supuesto y asumido al mostrar *el mejor camino posible* –tal cual la definición de “conducción de conductas” en Rose, Valverde y O’Malley (2012)– para la resolución de un problema. Como se dijo, no interesa lidiar con los problemas para mejorar la sociedad, sino mostrar (deconstruir) cómo esos problemas sociales son inaccesibles fuera de la forma en que se problematizan. Sin embargo, la autora ubica la importancia sobre los efectos que luego serán fundamentales para el refinamiento de su propuesta.

Hasta este libro, la relación del enfoque WPR con la grilla de la gubernamentalidad aún era de frontera, pues, si bien la autora afirma que “existe una conexión directa entre la gubernamentalidad y la problematización” (Bacchi, 1999: 47), ve una fijación con el problema del autogobierno (bajo un binarismo entre sujeto/gobierno) y una dispersión respecto a la política pública y el Estado –sobre todo sostenido en “Political Power beyond the State”, de Miller y Rose (2008)–. Este aspecto se modificó diez años después, cuando en *Analysing Policy...* planteó como objetivo primordial reflexionar sobre la manera en que el *gobierno tiene lugar* a partir de interrogar los intentos de cambio (el problema) involucrados en la formulación de políticas, pero especialmente sus implicancias sobre los *gobernados*. La noción de efecto, cuyo papel analítico ya había sido formulado, se convierte en una meta para su reflexión sobre lo político. El Estado, las leyes, los programas de gobierno estatal se

vuelven un lugar (en cuanto prácticas) que, de tan visibles, saturan nuestra vida haciéndose invisibles. Al presentar la hipótesis inferencial de que estamos gobernados por problematizaciones, y no por políticas, la autora le da entidad a la guía de conducta bajo la forma del triple efecto: sobre el pensar y el decir, sobre la subjetividad, y sobre la vida y la muerte (y las condiciones para ambos). Dirá Bacchi que

es importante señalar este punto porque el lenguaje de la representación del problema puede llevar a los lectores a pensar que estamos tratando solo al nivel de ideas o impresiones personales, mientras que, de hecho, las formas en que los “problemas” políticos son representados en políticas públicas se traducen en una experiencia real y vívida (Bacchi, 2009: XVIII).

Bajo esas coordenadas, el enfoque WPR procura entender cómo y dónde se dan estos efectos bajo la premisa ética de *ponerse del lado de los grupos perjudicados*. A partir de esto, podemos establecer dos posiciones respecto a los estudios de gubernamentalidad. En la primera de ellas, la autora marca una inscripción e intento de operativizar la noción de gobierno. En la segunda, señala algunas distancias respecto a la estabilidad de ciertas nociones de racionalidad, y sobre todo al espíritu *reactivo* que el mismo Foucault le dio al concepto de “problemática”. Ambas posiciones dan forma a lo que la autora denominará la “ontología política” del estudio sobre el gobierno. Volveremos sobre este punto.

Respecto a la segunda postura, en una entrevista de 1984, Michel Foucault definía a la problematización en estos términos ambiguos:

Para que un dominio de acción, para que un comportamiento entre en el campo del pensamiento, hace falta que cierto número de factores lo hayan vuelto incierto, le hayan hecho perder su familiaridad, o hayan suscitado en torno a él cierto número de dificultades. Estos elementos se desprenden de procesos sociales, económicos o políticos, pero no juegan

en ellos más que un papel de incitación. [...] el trabajo de una historia del pensamiento sería reencontrar en la raíz de estas diversas soluciones la forma general de problematización que las ha tornado posibles –hasta en su oposición misma–; o, más aún, lo que ha hecho posibles las transformaciones de las dificultades y obstáculos de una práctica en un problema general para el que se proponen diversas soluciones prácticas. La problematización responde a estas dificultades, pero haciendo algo completamente distinto a traducirlas o manifestarlas. Elabora al respecto las condiciones en las que se pueden dar respuestas posibles, define los elementos que constituirán lo que las diferentes soluciones se esfuerzan en responder. Esta elaboración de un tema en cuestión, esta transformación de un conjunto de obstáculos y de dificultades en problemas a los que las diversas soluciones buscarán aportar una respuesta, es lo que constituye el punto de problematización y el trabajo específico del pensamiento (Foucault, 1999: 359-360).

Esta *pérdida de familiaridad* que permite las condiciones de respuestas posibles, definiendo los elementos “objeto” de respuesta, es entendida como un análisis realista (de existencia más material, según la autora) y reactivo de esas *condiciones* (Bacchi, 2009: 31). En contrapartida, la autora no niega la existencia de *condiciones problemáticas*, pero su acceso es imposible sin pasar por el tamiz de las representaciones de los problemas, es decir, por el trabajo de *problematizar los problemas*. Es en este sentido en que enfatiza en “identificar las premisas claves subyacentes en los modos de regulación (*modes of rule*) y los efectos de estas premisas en los gobernados” (Bacchi, 2009: 7), distanciándose, asimismo, de autores que procuran crear tipos ideales de racionalidades de gobierno. A propósito, la autora afirma que en

la mayoría de los estudios de gubernamentalidad, se asume la existencia de una confluencia particular de circunstancias que provocan una *reacción* de gobierno en instancias específicas y relativamente raras donde se pone en tela de juicio el rol del gobierno [...]. El enfoque WPR parte de una

incomodidad respecto a cualquier sugerencia de que ciertas condiciones específicas provoquen “respuestas” gubernamentales. Más bien, se hace énfasis en la naturaleza disputada de los “problemas” y en cómo algunas políticas específicas han llegado a ser asumidas como “respuestas” necesarias (Bacchi, 2009: 265-266, cursivas en el original).

Por tanto, para Bacchi es fundamental mantener la concepción híbrida del gobierno (como un poliedro disciplinar, soberano y gubernamental), e identificar “las prácticas divisorias y seguir sus efectos” (Bacchi, 2009: 30) a fines de reconocer y reflexionar sobre las rationalidades, para lo cual el análisis de las problematizaciones es esencial. A nivel esquemático, podríamos señalar ciertos niveles de abstracción y complejización del enfoque WPR que nos ayudarían a captar el movimiento que va desde el *texto práctico* (la formulación de la propuesta política en sentido amplio) a la forma de pensamiento o rationalidad:

- Propuesta política de solución/cambio→ representación del problema→
- Red de problemas, sujetos, objetos y lugares→ prácticas divisorias→ efectos→ gobierno→
- Problemática gubernamental→ estilos de problematización→ rationalidad de gobierno/forma de pensamiento.

Esta lectura ascendente va a contramano del estilo multidimensional que caracteriza a los estudios foucaultianos (incluyendo los de Bacchi), pero nos permite hacer un seguimiento de la propuesta analítica implicada en el enfoque WPR. Cabe señalar, además, que la propuesta articula el doble interés arqueológico y genealógico que el propio Foucault atribuyó al trabajo sobre la problematización: es arqueológico porque “permite analizar las formas mismas de la problematización”, y genealógico porque habilita ver “su formación a partir de las prácticas y de sus modificaciones” (Foucault, 2012: 17).

Finalmente, el esquema ayuda a ubicar al Estado (aunque definido como un jugador entre otros) y las políticas públicas como puertas de acceso ineludibles para el estudio de los modos en que somos gobernados. Las políticas públicas *saturan* nuestra vida, tienen un rol significante en cómo vivimos y nos reconocemos como sujetos. Ese atra-vesamiento sobre las realidades de la vida se denominará la “ontología política” (Bacchi y Goodwin, 2016: 5) del modo en que el gobierno tiene lugar, pues interviene en lo que las personas pueden llegar a ser:

El análisis propuesto destaca la importancia de identificar presuposiciones ontológicas contingentes [...] en las problematizaciones gubernamentales como modo de alentar un replanteamiento de las políticas públicas y los programas específicos que descansan en premisas incuestionables [...]. Además, enfatiza en cómo las políticas desempeñan un rol significante en los procesos de subjetivación, desplegando formas que pueden perjudicar y limitar [...]. Las políticas públicas no son simplemente reacciones sobre “personas que existen”, conceptualizadas como inmutables y con una esencia. Más bien, las políticas públicas se involucran en la forma en que las personas pueden llegar a ser [...]. Los estudios de gubernamentalidad aluden particularmente a las prácticas gubernamentales que constituyen “sujetos” políticos como “gobernables” a través del despliegue de identidades ligadas a conductas consideradas deseables (Bacchi y Goodwin, 2016: 49-50).

Bajo esa caracterización, las autoras reintroducen la *evaluación crítica* del acto productor implicado en las prácticas de gobierno y suman un elemento a las seis preguntas metodológicas descriptas en el primer apartado: la necesidad de “aplicar las preguntas a nuestras propias representaciones de los problemas” (Bacchi y Goodwin, 2016: 20) para reconocernos como parte productora de los objetos de estudio que nos interesan como un modo de “someter nuestro propio pensamiento al escrutinio crítico” (Bacchi y Goodwin, 2016: 24). Esta reflexividad, que Foucault

defendía como una puesta en crisis de lo que somos (Foucault, 2001: 278), es denominada una “ética de la *auto-problematización*” (Bacchi y Goodwin, 2016: 34). Dicha ética, robustecida con el estudio de los efectos y la afección a determinados grupos en favor de otros, cierran el objetivo de los tres *manuales* analizados: brindar herramientas metodológicas para desnaturalizar los modos en que somos gobernados.

Bibliografía

- Bacchi, Carol. (1999). *Women, Policy and Politics. The Construction of Policy Problems*. Londres: SAGE.
- Bacchi, Carol. (2009). *Analysing Policy. What's the Problem Represented to Be?* Melbourne: Pearson Australia.
- Bacchi, Carol y Goodwin, Susan (2016). *Poststructural Policy Analysis. A Guide to Practice*. New York: Palgrave Macmillan.
- Castel, Robert. (1994). “‘Problematization’ as a Mode of Reading History”. En Jan Goldstein, (ed.), *Foucault and the Writing of History* (pp. 237-252). Cambridge: Blackwell Publishers.
- Deacon, Roger. (2000). “Theory as Practice: Foucault’s Concept of Problematization”. *Telos*, 118, pp. 127-142.
- Dean, Mitchell. (2010) [1999]. “Analyzing Regimes of Government”. En *Governmentality. Power and Rule in Modern Society* (pp. 37-51). Londres: Sage Publications.
- Dean, Mitchell y Hindess, Barry [eds]. (1998). *Governing Australia: Studies in Contemporary Rationalities of Government*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Foucault, Michel. (2001) [1982]. “El sujeto y el poder”. En Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (pp. 241-260). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

- Foucault, Michel. (2004). *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, Michel. (2012). *Historia de la sexualidad 2: el uso de los placeres*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Garland, David. (2014). “What is a ‘History of the Present’? On Foucault’s Genealogies and their Critical Preconditions”. *Punishment & Society*, 16, (4), pp. 365–384.
- Gordon, Colin. (2015). “Racionalidad gubernamental: una introducción”. *Nuevo Itinerario Revista Digital de Filosofía*, 10, (X), pp. 1-58.
- Hacking, Ian. (1986). “Making Up People”. En Thomas Heller (ed.), *Reconstructing Individualism: Autonomy, Individuality in the Self Investigation Thought* (pp. 161-171), Stanford: Stanford University.
- Miller, Peter y Rose, Nikolas. (2008). *Governing the Present. Administering Economic, Social and Personal Life*. Cambridge: Polity Press.
- Osborne, Thomas. (1997). “Of Health and Statecraft”. En Alan Petersen y Robin Bunton (ed.), *Foucault, Health and Medicine*. Londres: Routledge.
- Osborne, Thomas. (2003). “Qué es un problema”. *History of the Human Sciences*, 16, (4), pp. 1-17. Traducción: Luciano García.
- Rose, Nikolas; O’Malley, Pat y Valverde, Mariana (2012). “Gubernamentalidad”. *Astrolabio*, 8, pp. 113-152.

Tercera parte: Objetos

5

Gubernamentalidad y comunicación de masas

La emergencia de la sociedad de los públicos

EMILIANO VENIER¹

Introducción

En *Nacimiento de la biopolítica* y en *Seguridad, territorio y población*, Foucault (2008) sostiene que hay dos problematizaciones del Estado a partir del siglo XVII, que son el control de la economía y el control de la opinión pública. Con el nacimiento de la sociedad civil como espacio para resolver las contradicciones entre la economía y la política, van a tener surgimiento los discursos públicos sobre la economía y la opinión sobre temáticas de interés público (Lazzarato, 2007: 94). Desde el siglo XVII se expresó una voluntad de controlar, sustraer la vitalidad de los mecanismos que permitían la circulación de la opinión en las sociedades occidentales. Esta coerción se aplicará mediante

¹ Universidad Nacional de Salta.

diferentes formas jurídicas, desde los mecanismos de censura explícita, hasta las restricciones en la provisión de papel para prensa.

Lo que va a resultar una singularidad a fines del siglo XIX y comienzos del XX va a ser el ingreso de la opinión y la información en el dominio de la biopolítica y las técnicas de seguridad. Este nuevo estatus se expresará, en primer lugar, en el desarrollo de un espacio de producción de saberes nucleados, en un principio, en la psicología de las masas, pero que en poco tiempo incorporaría herramientas del cálculo matemático y estadístico aplicado a la política y al mercado (Mattelart, 2007). En segundo lugar, y con el surgimiento de las tecnologías de la comunicación de emisión (radio y televisión), se desarrollará una serie de regulaciones jurídicas para conducir el funcionamiento de estos aparatos de expresión.

En este proceso se destaca la emergencia de la noción de “público” para caracterizar y problematizar la forma social que debería ser gobernada a partir de la expansión de los medios de comunicación. La palabra “público” había hecho referencia a lo largo de la historia a todo aquello que trascendía el ámbito de lo privado, pero en este contexto servirá de relevo a las categorías de “población” y de “masa” con las que la psicología de las multitudes del siglo XIX pensaron la forma de asociación de individuos que se configuraba en torno a los medios.

Asumiendo una perspectiva de análisis desde la gubernamentalidad, se sostiene que las relaciones de poder se piensan como juego de estrategias entre libertades, y que para pensar técnicas de gubernamentalidad es menester comprender que, para las técnicas de seguridad, el individuo no es el origen absoluto de la acción, que no se actúa sobre el individuo, sino que se interviene sobre una serie de elementos que van a conducir la acción del individuo (Lazzarato, 2006: 74). Asimismo, es necesario considerar a los sujetos involucrados en esa relación con un amplio margen de libertad.

Analizando el devenir de las problematizaciones en el campo de la comunicación, se advierte que en las descripciones sobre las relaciones sociales mediadas por las tecnologías de la expresión y la comunicación, los individuos en cuanto públicos adolecían de esa libertad. Esa relación en términos de asimetría y manipulación dominante fue planteada en las primeras hipótesis del análisis social sobre la comunicación desde los comienzos del siglo XX con la metáfora de la “aguja hipodérmica” o el “público fantasma” planteado por Walter Lippman en esos mismos años; la Escuela de Frankfurt tampoco atribuyó libertad al individuo alienado de la sociedad de la cultura de masas. Una cierta libertad en la significación de los mensajes le será conferida a los públicos mediante hipótesis y teorías de la comunicación y la cultura desarrolladas en EEUU e Inglaterra durante los años 1960 y 1970 que definieron como dominio de su saber las prácticas específicas de los receptores de los mensajes de los medios en su vinculación con las tecnologías.

En este trabajo se buscará recuperar, desde la perspectiva de la gubernamentalidad, esos primeros momentos en la problematización en torno a la noción de público en algunos de los autores que desarrollaron las ideas que más influyeron en el modo de pensar la sociedad y los procesos de la comunicación masiva en los comienzos del SXX, la recepción de esas ideas en la Argentina y el momento de ruptura que significó la emergencia del neoliberalismo como racionalidad de gobierno.

El nacimiento de la sociedad de los públicos

Para Foucault (2008), la sociedad civil constituye un dispositivo que adquirió vitalidad en el capitalismo para lograr conciliar las tensiones entre el *homo œconomicus* y del *homo juridicus*, dos construcciones que resultaron claves para la

gubernamentalidad liberal. Esas dos construcciones se articulaban como un tercer dominio, distinto de los hogares privados y del poder público. La esfera pública se constituyó como el espacio de la sociedad civil, a diferencia de la asociación privada, por una parte, y la sociedad política institucionalizada, por otra. Su especificidad consistió en proporcionar la infraestructura para la elaboración de la opinión pública a través del debate público, es decir, el debate sobre cuestiones de interés general y cuestiones de interés común. A estos debates se suman todos los ciudadanos potencialmente afectados por los resultados de decisiones políticas sobre los temas en juego, y se llevan a cabo de acuerdo con reglas racionales. La participación y la deliberación son los aspectos cruciales de esta esfera de acción social.

Ese espacio en el que se encontraban las opiniones va a sufrir transformaciones vinculadas a las mutaciones de la vida urbana, producidas por la industrialización, y de las formas y las técnicas de gobierno de las democracias masivas en el siglo XIX. Ese espacio pensado por la Ilustración comenzaba a desdibujarse en la consideración de la gubernamentalidad liberal con la aparición de mediadores y técnicas de manipulación para la formación de la opinión en las masas.

La “opinión pública” ya no es el concepto heredado de la Ilustración, concepto normativo de una opinión (idealmente) formada con la razón. Designa más bien a la masa segmentada en la que se expresan intereses divididos y hasta conflictivos. [...] Se deduce que el carácter público de la opinión, es decir, su representación institucionalizada en la prensa y el parlamento, ya no puede ser identificado como antes con algo así como una “voluntad general” digna de ese nombre (Ferry, 1998: 17).

Pero es necesario relacionar esta transformación del espacio de la opinión en las sociedades industrializadas con otros elementos mediante los cuales el pensamiento social, político y económico va a intentar inteligir y conducir las

formaciones y las relaciones sociales. La primera de ellas, según Foucault, será la de población, a la cual ubica como una de las grandes novedades en las técnicas de poder del siglo XVIII. La razón gubernamental comenzará a desarrollar toda una problematización sobre lo viviente y sobre lo humano, desplazándose del derecho a “hacer morir” que caracterizaba al poder feudal, para pensar la población como una potencia a la cual hay que darle vitalidades, hay que hacer vivir.

Como ya se mencionó, una de las grandes novedades en las técnicas de poder, en el siglo XVIII, fue la aparición de la población como el problema económico y político: la población-riqueza, la población-mano de obra o la capacidad de trabajo, la población en equilibrio entre su propio crecimiento y los recursos de los que dispone. Los gobiernos perciben que no están en relación con sujetos, ni con un pueblo, sino con una población, con sus fenómenos específicos y sus variables propias: natalidad, morbilidad, vida útil, fecundidad, estado de salud, frecuencia de las enfermedades, la forma de alimentación y de hábitat (Foucault, 2014: 35).

Frente a esta realidad nueva de la población, en la que una de las particularidades es articular los problemas de salud, de alimento, de mortalidad sobre las necesidades económicas de la producción de riqueza, hubo que desarrollar formas de acción que respondieran a las apuestas planteadas por esta. La población se vuelve así “*constitutive de l'apparition d'un bio-pouvoir: par sa double détermination épistémologique et politique*²” (Olivesi, 2006: 120), que es analizada como un conjunto de elementos que de un lado se relacionan con el régimen general de los seres vivos, y del otro puede dar lugar a intervenciones concertadas (Olivesi, 2006).

² “constitutiva de la aparición de un biopoder: por su doble determinación epistemológica y política” (traducción propia).

Las técnicas de la expresión, la comunicación y la información participan en esa nueva inteligibilidad social y tendrán una relevancia en las consideraciones conducentes a pensar las influencias y las formas del gobierno, sea en términos de amenaza o destacando su potencial gubernamental para orientar las conductas colectivas. Estas especulaciones podrían vincularse al carácter pasivo e influenciable que se le atribuyó desde el pensamiento político al individuo y los agrupamientos sociales en su relación con los medios. En su análisis de la conocida carta de Rousseau (1712-1778) a M. d'Alembert sobre los espectáculos, Kohn (2008) trata de recuperar las complicidades entre la esfera pública y el espectáculo, y los cuestionamientos a la constitución de una subjetividad evasiva de los temas relevantes que Rousseau atribuía a las diferentes formas de espectáculo. En su análisis, Kohn afirma que para Rousseau el teatro inculcaba una especie de inercia y pasividad que derivaba en consecuencias en el ámbito político y cultural. Temía que las élites pudieran usar el teatro para despolitizar a los ciudadanos, haciéndolos conformes con su papel como espectadores, lo que sustraería la capacidad para la participación política (Kohn, 2008: 469). *“For Rousseau the theater is emblematic of a general characteristic of modernity: the growth of the society of the spectacle and the decline of participatory public life”* (Kohn, 2008: 469).³

El paso de una forma de participación activa en la vida política a la manera pasiva que se constituía, según Rousseau, a causa de la popularización del teatro comercial también es trabajada por Mondzain (2007) en su genealogía del dispositivo que instaló un modo de establecer lo visible y lo invisible, lo que el espectador puede y no puede

³ “Para Rousseau, el teatro es emblemático de una característica general de la modernidad: el crecimiento de la sociedad del espectáculo y el declive de la vida pública participativa” (traducción propia).

ver de un espectáculo, constituyendo una subjetividad que Mondzain denomina "*homo spectator*" y que se trasladará al espacio de la vida pública.

De esta manera, en las sociedades que se habían agenciado libertades políticas, como las de la libertad de expresión y de reunión, se comenzaban a desarrollar debates en torno a la naturaleza de la opinión colectiva y sus supuestos efectos sobre la vida en la ciudad. Esto dio lugar, en el siglo XIX, a toda una preocupación por las conductas colectivas y las diferentes formas de influencia que alientan esas conductas como un tema de interés central en los estudios de las nacientes ciencias sociales, bajo el problema de las multitudes y las masas. Esos primeros estudios se inscribían, según Mattelart, en

la misma línea que las tesis de la escuela de antropología criminal, y de las de la psicología de las multitudes. Prefigurando el conductismo, la concepción predominante del recetor es la de un individuo que funciona como autómata en una visión manipuladora de la sociedad. Pero la polémica sobre la relación entre hipnotizado e hipnotizador que caracterizaría la relación entre el individuo y el colectivo también da origen a un enfoque etnográfico de los públicos en cuanto a factores constitutivos de un nuevo tipo de sociedad (Mattelart, 2007: 279).

De esta manera, los estudios sobre la criminalidad de la psicología comenzaron a trazar el camino para que la psicología de las multitudes diera los primeros debates sobre las relaciones entre la sociedad y los nacientes medios de comunicación. En este contexto, los trabajos relevados (Castillo Castillo, 1996; De Fleur y Ball-Rokeach, 1986; Latour, 2008; Lazzarato, 2006; Lazzarato, 2007; Mattelart, 2007; McQuail, 2010; Moragas Spà, 2003) destacan tres autores cuyas singulares indagaciones tuvieron una amplia recepción en el pensamiento social de occidente: el sociólogo italiano Scipio Sighele (1868-1913), el médico francés Gustave Le Bon (1841-1931) y el sociólogo, criminólogo

y psicólogo social francés Gabriel Tarde (1843-1904). Lo que aparece en los planteos de estos autores, aunque de manera particular en Sighele y Tarde, es la idea de que las agrupaciones sociales no son algo dado ni se generan espontáneamente, sino, como todos los fenómenos sociales, son producto de ciertas prácticas.

Las contribuciones de Le Bon a la noción de público no son tan relevantes como sí lo han sido las repercusiones de sus reflexiones sobre las multitudes en la peligrosidad que implicaban los procesos de sugestión cuando los individuos se encuentran en una agrupación. Las multitudes como aglomeraciones de individuos asumen una identidad singular que trasciende las particularidades de los individuos que la componen. Le Bon les asignaba un alma cuyas características son combinadas con las características de la raza. Pero más allá de los rasgos que pudieran asumir las multitudes en virtud de la raza predominante en los individuos que la integran, siempre esa muchedumbre será para Le Bon un ser “impulsivo, irritable, irracional, exagerado en sus sentimientos, carente de juicio y de espíritu crítico” (Le Bon en Mattelart, 2007: 305).

El aporte de Sighele a los estudios sobre la conformación del público y las nuevas “formas de sugestión” que representa la prensa y el periodismo están desarrolladas en el capítulo tercero de la segunda entrega de *La foule criminelle* (Sighele, 1901). Aquí presentará un esquema en que el fenómeno de la sugestión convierte al periodista en un líder que, mediante sus opiniones, puede influir en los comportamientos de una agrupación de individuos lectores a la cual denominará “público”. A esta la distinguirá de otros agrupamientos colectivos, como la multitud a la que considera como una formación superada por el público moderno, cuyo proceso lo describirá de la siguiente manera:

Les publics modernes [...] sont beaucoup moins stables et beaucoup moins définis: ils sont, si je puis m'exprimer ainsi, des organismes mobiles et fluctuants, car on ne peut jamais

préciser la qualité des individus qui les composent, et encore moins leur nombre. Un public est aujourd’hui une espèce de nébuleuse; s’il est facile de distinguer le point central, il est difficile de déterminer les limites. On y entre et on en sort à son gré; et les raisons héréditaires ou traditionnelles n’ont guère de force pour contraindre quelque personne à faire partie de l’un ou de l’autre de ces publics. Nous pouvons dire que le public est – pour la vie sociale – ce qu’est pour la vue une chute d’eau, qui nous produit toujours la même impression, quoique les gouttes d’eau qui la composent changent continuellement. Les gouttes du public sont les individus.

Et non seulement il y a une variation continue dans les gouttes qui forment la cataracte, ou – pour abandonner la métaphore – dans les cellules qui forment cet organisme collectif qui est le public, mais encore ce même organisme perd de plus en plus les caractères de stabilité et d’intangibilité qu’il avait autrefois⁴ (Sighele, 1901: 217).

En su análisis sobre los públicos, Sighele se remite en numerosas oportunidades a Gabriel Tarde, de la misma manera que lo hará Le Bon en una oportunidad, y que también lo harán los padres del pragmatismo norteamericano promotores de los estudios en medios de comunicación.

⁴ “Los públicos modernos [...] son mucho menos estables y mucho menos definidos [que los públicos del siglo XVII y XVIII]: son, si puedo expresarlo así, organismos móviles y fluctuantes, porque nunca se puede especificar la calidad de las personas que la componen, y mucho menos su número. Un público es ahora una especie de nebulosa; si es fácil distinguir el punto central, es difícil determinar los límites. Entramos y salimos a voluntad; y las razones hereditarias o tradicionales tienen poca fuerza para obligar a cualquiera a ser parte de uno u otro de estos públicos. Podemos decir que el público es –para la vida social– lo que para la vista es una cascada, que siempre produce la misma impresión, aunque las gotas de agua que la componen cambian continuamente. Las gotas del público son los individuos.

Y no solo hay una variación continua en las gotas que forman la catarata, o –abandonando la metáfora– en las células que forman este organismo colectivo que es el público, sino que también este mismo organismo pierde cada vez más características de estabilidad e intangibilidad que tuvo otras veces” (traducción propia).

El problema de las multitudes argentinas

Los desarrollos realizados por Le Bon, Sighele y Tarde tuvieron una recepción inmediata por la intelectualidad argentina de fines del siglo XIX tanto en las figuras de José María Ramos Mejía⁵ (1849-1914) como de su discípulo José Ingenieros (1877-1925). Ambos intelectuales son representantes del pensamiento social biológico-positivista y sus contribuciones son consideradas como parte esencial de la matriz del pensamiento argentino, y particularmente de aquel que buscó indagar en la dinámica y el gobierno de lo social (Terán, 2008: 19-20). En la obra de Ramos Mejía, hay dos textos que son destacados como influyentes en las problematizaciones sobre el gobierno: *Las multitudes argentinas* (1899) y *Los simuladores del talento* (1904). En ambas obras aparece una mirada de lo social que, por un lado, remite a lo planteado por Le Bon para las multitudes europeas en cuanto a las características de la irracionalidad y emocionalidad que las hace, en cierto modo, irascibles e impredecibles. En este esquema, el individuo es un ser que se disuelve en la multitud entregándose a la pasión y a la sumisión de una autoridad o conductor con capacidad de sugerirlo. Esta subjetividad, que pone en relieve Ramos Mejía, se relaciona con las producidas en el ámbito de las instituciones disciplinarias, como el ejército y los hospitales. Lo que Ramos Mejía veía en los individuos que conformaban la multitud argentina era

el individuo humilde, de conciencia equívoca, de inteligencia vaga y poco aguda, de sistema nervioso relativamente rudimentario é ineducado, que percibe por el sentimiento, que piensa con el corazón y á veces con el vientre: en suma

⁵ José María Ramos Mejía fue miembro de la Academia Nacional de Medicina desde 1905. Amigo íntimo del presidente Carlos Pellegrini, fue elegido diputado en 1888 y en 1883, fundó y dirigió la Asistencia Pública de Buenos Aires y presidió el Departamento Nacional de Higiene y el Consejo Nacional de Educación (1908-1913).

el hombre cuya mentalidad superior evoluciona lentamente, quedando reducida su vida cerebral á las facultades sensitivas (Ramos Mejía, 1899: 11).

La maleabilidad de los individuos que conforman esas multitudes es responsable del surgimiento y permanencia de líderes como Juan Manuel de Rosas (Ramos Mejía, 1899). Pero Ramos Mejía también considera que estas multitudes constituyen los músculos de la nación, son los brazos que ganaron las batallas y los que producen los bienes materiales. Su esfuerzo y compromiso intelectual, entonces, será identificar los elementos que enferman por contagio al organismo social, y reconducir esas fuerzas hacia la virtud, que no será tanto el *homo æconomicus* –se encuentra en su obra todo un cuestionamiento al mercantilismo y su moral–, sino un sujeto más próximo al sujeto ilustrado (Terán, 2008: 21).

En su libro *Los simuladores de talentos en las luchas por la personalidad y la vida*, Ramos Mejía desarrolla el fenómeno psicológico-social de la simulación, y, entre los “aparatos para simulaciones de talentos”, se destacan el uso del lenguaje en diversas prácticas discursivas que provocan sugerión y contagio colectivo.⁶ En el capítulo IV, va a incorporar el problema del fenómeno de la prensa y el periodismo como uno de los “auxiliares de la simulación”, un instrumento que se pone al servicio del simulador con alta capacidad de sugerión en los individuos y cuyo funcionamiento respondería casi exclusivamente a intereses mercantiles.

En la hipnosis periodística la disposición del espíritu para creerlo todo; hace retroceder al lector espantado ante un león imaginario, muestra la mancha de sangre palpitante, el estigma de la vergüenza donde no hay sino aire o espacio vacío [...]. Primoroso instrumento aquel que sin necesitar de

⁶ También incorpora en su argumentación una serie de mecanismos de defensa que desarrollan los individuos de los diferentes niveles sociales para eludir el contagio malicioso de los simuladores.

la hipnosis obtiene tan pasiva obediencia. Ella como los sugeridores ambulantes demuestra claramente la pasividad del ser humano á la heterosugestión de la prensa y la facilidad con que la representación mental se transforma en sensación y en acto (Ramos Mejía, 1904: 182-183).

Para Ramos Mejía, la ampliación del mercado de lectores, como consecuencia de la incorporación de destrezas lectoras en la población producto de la educación pública, no contribuyó con la constitución de un público ilustrado y crítico. Aquello que aparece en los diarios o en innovaciones, como el cine o la fotografía, constituyen instrumentos dañinos por su eficacia para construir el engaño y la sugestión en las masas.

La era de los públicos: contribuciones de Gabriel Tarde

En la bisagra que implicó el cambio de siglo, el sistema conceptual de Gabriel Tarde resulta interesante en sus contribuciones para pensar la emergencia de una nueva inteligibilidad de lo social, a partir de las dinámicas que comenzaban a advertirse por la presencia de los medios masivos de comunicación en las ciudades.

El concepto de “público” es desarrollado por Gabriel Tarde en su escrito de 1901 titulado *La opinión y la multitud* (Tarde, 2011, 2013), donde plantea distinguir la forma de masa o multitud –utilizadas por la sociología del siglo XIX– y propone la noción de público o públicos como “la forma moderna de los colectivos sociales” (Nocera, 2013). Tarde sugiere que las multitudes son un sujeto colectivo, son una reminiscencia del pasado, que presentan en este sentido “algo de animal” y que están condenadas a desaparecer del escenario social, sustituidas por los públicos. La multitud requiere del espacio para materializarse, y esa presencia en simultáneo es posible por la acción de un líder que movilice a los individuos a congregarse. La idea de

público está más vinculada con el tiempo que con el espacio. Los individuos no se ven conducidos en el contacto de reuniones públicas, sino que cada vez más la sugerión se transmite desde arriba.

Para Tarde, el público es una agrupación social dispersa en la que la afectación de las mentes de unas sobre las otras se produce por una acción a distancia (Tarde, 2013). La temporalidad, la actualidad promovida por la prensa es determinante para la conformación de los públicos, y esa sensación de actualidad se construye a través del dispositivo de las noticias. Asimismo, para Tarde el individuo puede formar parte de diferentes públicos, lo que le brinda a esta forma de asociación un carácter singular ya que, por ejemplo, un individuo no podría formar parte de dos clases sociales al mismo tiempo.

La formación de un público supone entonces una evolución mental y social mucho más avanzada que la formación de una multitud. La acción de sugerir, puramente ideal, el contagio sin contacto, que supone ese agrupamiento puramente abstracto y, sin embargo, tan real, esa multitud espiritualizada, elevada, por decirlo así, al segundo grado de potencia, solo ha podido nacer a partir de muchos siglos de vida social más grosera, más elemental (Tarde, 2013: 88-89).

El público constituye una relación más desterritorializada que las otras formas de vínculo, enlazada por una “comunicación de espíritu a espíritu” (Tarde citado en Lazarato, 2006: 114) en la que opera todo un proceso de persuasión irradiada desde los medios de comunicación (Tarde se referirá fundamentalmente a la prensa escrita) y favorecida por la sensación de actualidad que estos construyen con el dispositivo de la noticia. También advertirá que, en esta experiencia temporal generada por la prensa, lo actual no es lo que está ocurriendo, sino lo que actualmente desperta interés en un grupo social. La pasión por la actualidad aumenta con la socialidad. Es la necesidad de compartir la actualidad la real vinculación entre los lectores de la prensa.

La afectación no se produce por las opiniones particulares, sino por la sensación de compartir una actualidad. Tarde ejemplifica diciendo que, si un individuo lee con avidez la noticia de un diario y no se da cuenta sino luego de un rato de que el diario es de la semana pasada, inmediatamente el individuo pierde el interés. ¿Por qué? Dice Tarde de que porque advierte que es el único lector. Entonces explica esa sensación de desasosiego por no corresponder a la actualidad.

Esa “sugestión a distancia” (Tarde, 2013: 88) que produce la prensa a los individuos que constituyen su público se hace posible para Tarde porque existe una práctica intensa en la vida urbana de sugestión por proximidad, en un proceso imitativo que el autor describirá minuciosamente. Tarde introduce la figura del publicista⁷ en relación con el público. El publicista es proclive a captar un estado de conciencia individual o “estado de espíritu” al cual le da una expresión. Ese estado de espíritu se vuelve una especie de fuerza colectiva que conducirá, por sugestión, a otros individuos (Tarde, 2013: 95) mediante una “corriente continua de informaciones y de excitaciones comunes” (Mattelart, 2007: 310).

Esos flujos o corrientes que unifica y vivifica la prensa y el periodismo son conducidos para Tarde por la conversación, y es la conversación la principal fuerza constitutiva de la opinión; la prensa lo que hace es alimentarla. La ampliación de conversaciones simultáneas sobre un mismo tema en su magnitud, y en un ámbito geográfico cada vez más extenso, constituye una de las características de la sociedad de los públicos, y explica, para Tarde, la potencia creciente

⁷ Puede resultar sintomático que la noción de publicista sea retomada unos pocos años más tarde por Emil Dovifat, para definir un campo de estudios empíricos sobre los medios de comunicación masivos que se denominó la “*Publizistik*” (Valbuena, 1997), que sostenía un modelo verticalista de la comunicación.

de la opinión contra la tradición; también explica tanto la movilidad de la opinión, como el contrapeso de su poder (Tarde, 2013: 154-155)

Otra distinción relevante que Lazzarato recupera del esquema de Tarde, que se encuentra en el texto *La psicología y la economía política* (Tarde, 2011), es el planteo de que los procesos de la economía están vinculados, a partir de las leyes de la imitación, a los procesos de la opinión y la comunicación. Es decir que comunicación y economía forman parte de una misma dimensión. Este modo de articularlas lo distingue del esquema de la tradición marxista en la que la economía forma parte de la estructura y la opinión de la superestructura. En el esquema de Tarde, no hay estructura y superestructura, sino dispositivos que están agenciados conjuntamente, y la comunicación y la opinión pública es estratégica para las condiciones de la economía: en la sociedad de control, la producción de bienes va encabalgada a la producción de necesidades y deseos mediante la publicidad y la comunicación (Lazzarato, 2007). En su sistema Tarde abre una crítica a la economía política por su tendencia economicista y su tendencia a eludir el tratamiento de la imitación o propagación de los hábitos de consumo, la oposición o las luchas en el seno de las relaciones de producción y de consumo, y los procesos de innovación como los tres aspectos que le parecen esenciales para comprender la vida económica (Mattelart, 2007: 315).

Es posible rastrear las influencias de la propuesta sociológica de Tarde como zócalo de diversos abordajes sociológicos y comunicacionales, particularmente los estudios de procedencia norteamericana. En primer lugar, la tradición del pragmatismo norteamericano en las figuras de Dewey y Parks, la tradición de los *Mass Communication Research* en la figura de Paul Lazarsfeld (Katz, 2008), y, según afirma Mattelart, algunos han sugerido que el sistema de Tarde ha contribuido a brindar elementos a los partidarios del difusionismo, una concepción evolucionista de la difusión de la innovación que tuviera adeptos en la línea

de investigación e intervención en comunicación, que tuvo una presencia importante en Latinoamérica en la década del 50 (Mattelart, 2007: 314).

El problema de la opinión pública para el pragmatismo norteamericano de la Universidad de Chicago

El otro conjunto de ideas que remiten al modo en que se ha pensado la articulación de lo social bajo la clave de público, en el contexto de la crisis de lo social de los primeros años del siglo XX, es el desarrollado por la tradición del pragmatismo norteamericano. Mientras en Europa la perspectiva hegemónica del pensamiento social lo ostentaba la sociología positivista o la dialéctica del materialismo histórico del marxismo, en Estados Unidos la orientación será psicosociológica y con una fuerte influencia de los trabajos de Gabriel Tarde. Dentro de esta tradición cuyo núcleo se estableció en la Universidad de Chicago, son tres los autores más reconocidos que han fijado su interés en desarrollar en profundidad esta categoría explicativa: Robert Park (1864-1944), John Dewey (1859-1952) y, unos años más tarde, Herbert Blumer (1900-1987), en la línea del interaccionismo simbólico.

Por un lado, Robert Park, en 1904, publicará su tesis doctoral bajo el título “La masa y el público: una investigación metodológica y sociológica” (Park, 1996). En este trabajo el autor parte de las conceptualizaciones realizadas desde la “psicología de las masas”, recogiendo los aportes de Sighele, Le Bon y Tarde. Los conceptos clave de esas dinámicas serán los de “imitación” y “oposición”, recuperados del pensador francés Gabriel Tarde. En esta tesis, si la idea de imitación le permite a Park ubicar el proceso que alimenta y configura una asociación determinada, la oposición,

llevada a una perspectiva colectiva, le permitirá describir el fenómeno de la opinión pública que será resultante del “comportamiento crítico” de individuos o grupos.

La llamada “opinión pública” no es más que un impulso colectivo carente de ilustración que puede manipularse con eslóganes. El periodismo moderno, del que se supone que instruye y dirige la opinión pública al informar y discutir sobre los acontecimientos, tiende a convertirse sencillamente en un mecanismo para el dominio de la atención social. La opinión que surge de esta manera adopta una figura lógicamente similar al juicio derivado de la percepción irreflexiva: la opinión se forma directamente al percibir la idea.

Es característico de la masa que se mueva siempre en la etapa perceptiva del desarrollo de la conciencia. En cambio, lo característico del público es que su conducta, que se expresa en la opinión pública, sea el resultado de una discusión en la que los individuos adopten posiciones opuestas. Tal discusión se basa en el relato de los hechos (Park, 1904: 404).

La producción de una agrupación social cualquiera en un público se funda, para Park, en los valores objetivos que individuos reflexivos discutan y compartan en torno a determinadas construcciones ideales del mundo (Park, 1904: 405).

Por su parte, John Dewey, quien desarrolló la conceptualización del público en el libro *La opinión pública y sus problemas* (Dewey, 2004), hace referencia a una forma de asociación de individuos en defensa o en la promoción de unas consecuencias que se producen por las transacciones privadas o públicas. Como las consecuencias de las acciones pueden extenderse más allá de los implicados directamente en las transacciones, Dewey define dos tipos de intereses y de medidas de regulación de los actos. En un caso, el control se dirigirá a los directamente implicados; en otros casos, cuando el interés se genera por estar afectado por la

influencia práctica de la acción en cuestión, el control debe ejercerse por medios indirectos. A partir de aquí, posiciona Dewey su hipótesis.

Los afectados indirecta y seriamente para bien o para mal forman un grupo lo bastante distintivo como para exigir un reconocimiento y un nombre. El nombre escogido es el público. Este público se organiza y se hace efectivo mediante los representantes que, como guardianes de las costumbres, como legisladores, como ejecutivos, jueces, etc., se ocupan de sus intereses específicos utilizando para ello unos métodos con los que se pretende regular las acciones conjuntas de los individuos y los grupos. Entonces en este sentido, la asociación se procurará a sí misma una organización política, y nace algo que viene a constituir el gobierno: el público se constituye como un Estado político (Dewey, 2004: 75).

Para sugerir el interés por la opinión pública, Dewey ejemplifica con la conversación, que, cuando es entre dos individuos, en general, constituye un acto privado. Allí posiciona una transacción de tipo privado cuya consecuencia puede ser pública en virtud del tenor de la conversación o de su objeto. El caso de los medios de comunicación masivos implicará siempre consecuencias (positivas o negativas) directas o indirectas para todo un conjunto de individuos que conforman, integran o conviven en una determinada unidad política territorial. Esa afectación se da en el plano de la estimulación de determinadas corrientes de opinión, y también en la estimulación de determinadas conductas o pautas de comportamiento que son fijadas en los diferentes productos culturales que circulan. Entonces, a partir de la comunión que se establece en torno a las opiniones o a las pautas, los individuos que conforman una comunidad de sentido o de intereses se agruparán conformando un público más o menos activo.

El planteo de Dewey es un planteo constructivista en el sentido de que plantea que la democracia y el Estado son invenciones que se ajustan a las necesidades de

determinados grupos, asociaciones o públicos. Con ello se propone demostrar que la posibilidad de una democracia está más cerca de un arte que de una ciencia. Solo hay que remitirse a la historia, dice Dewey, y constatar cuáles han sido los movimientos, las necesidades y las fuerzas que han dado lugar a las formas de gobierno que luego se instituyeron. Esas formas institucionales han asumido diferentes modalidades en diferentes momentos y sociedades. La posibilidad de profundizar la democracia para Dewey se asienta en el paso de la Gran Sociedad (la sociedad industrial, desintegrada, de multiplicidad de públicos descoordinados y desconectados) a una Gran Comunidad conectada y activa en la comunión de intereses individuales y colectivos. La apuesta de Dewey por la Gran Comunidad se elevará a partir de dos pilares: el conocimiento social y la comunicación.

El conocimiento social es un conocimiento práctico de cómo identificar, recuperar y conducir las necesidades de los públicos o comunidades específicas. En este plano, la comunicación asume una doble relevancia en el sentido de constituir una herramienta para favorecer el diálogo de puesta en común de las percepciones individuales y poner en circulación los flujos de la opinión colectiva. Por otro lado, la comunicación se vuelve relevante para poner en común el conocimiento social generado, de modo que pueda alimentar procesos de apropiación por parte de individuos y grupos para mejorar las formas de vida y la experiencia política y gubernamental.

El tercero de los autores, que, desde la Universidad de Chicago, ha propuesto una definición de “público” que ha tenido repercusiones en el campo de la investigación social y de la comunicación, ha sido Herbert Blumer, referente del interaccionismo simbólico. Casi cincuenta años después de los trabajos de Dewey y Park, Blumer actualizará la noción de público de acuerdo con ciertos compromisos que marcaban el contexto histórico en el que fue pensado:

Se usa el término “público” para referirse a un grupo de gente [que]: a) se enfrenta a un problema; b) que está mentalmente dividido en cuanto al modo de resolverlo, y c) que abre un debate con este fin. [...]. La existencia de un problema, de un debate y de una opinión colectiva es la marca de un público (Blumer citado en Castillo Castillo, 1996: 79).

Blumer piensa la idea de público en su distinción con la de masa que aún pervive como categoría. Le generan cierto desasosiego las transformaciones culturales que fueron producidas en la sociedad norteamericana por la intervención de factores como los periódicos, el cine, la radio y la televisión. Estos elementos han contribuido, según el pensamiento de Blumer, a la desintegración de la sociedad, siendo perjudiciales para la constitución de una subjetividad participativa de las problemáticas de interés colectivo.⁸ En cambio, guarda esperanzas de que el individuo podrá eludir el aislamiento y la alienación si se constituye en público, es decir, si puede ser interpelado por los problemas y participar en un espacio para confrontar opiniones y encontrar una resolución conjunta o bien una opinión colectiva.

⁸ El factor del aislamiento físico y «normativo» del individuo en la masa es lo que explica, en gran parte, el interés que la teoría hipodérmica concede a la capacidad manipuladora de los primeros medios de comunicación de masas. Los ejemplos históricos de los fenómenos de propaganda de masas durante el nazismo y los períodos bélicos proporcionaban, obviamente, amplias corroboraciones a dichos modelos cognoscitivos. Una segunda razón importante en esta caracterización de las masas es su continuidad con parte de la tradición europea del pensamiento filosófico-político: las masas son una agregación que surge y vive más allá y contra los vínculos comunitarios preexistentes, que resulta de la desintegración de las culturas locales, y en la que los papeles comunicativos son forzosamente impersonales y anónimos. La debilidad de una *audience* indefensa y pasiva deriva precisamente de esta disolución y fragmentación (Wolf, 1987: 27).

Del público fantasma a la constitución de un cuerpo político

Las primeras décadas del siglo XX constituyeron un momento de crisis del liberalismo económico y la economía de mercado. El orden capitalista liberal impulsado desde el siglo XVII por la industrialización, la especialización y la división del trabajo había logrado instalarse en gran parte del mundo occidental, y prometía extenderse al resto del planeta, aunque no sin conflictos y descontentos derivados de las formas de explotación y las desigualdades sociales. Frente a los eventos que mostraban los límites del *laissez faire*, aparecía la necesidad de una forma de gobierno de la población que permitiera regular los desequilibrios, y allí emergió el *welfare state*, es decir, el Estado benefactor, interviniendo en dominios que, para los defensores del orden liberal, le estaban vedados: el mercado y la opinión pública.

Esta solución, que era conducida por formas de gobierno totalitarias, será advertida por los liberales más ortodoxos como un límite al juego de las libertades individuales, una intromisión que no conduce al buen gobierno⁹, a la felicidad de la población, sino que, por el contrario, se traduce en formas totalitarias y despóticas que llevan a la pobreza.

En la búsqueda de la salida al atolladero, hubo un esfuerzo que fue a contrapelo del sentido que tenía la circulación de las ideas en ese momento. Originado en los Estados Unidos, el análisis de la prensa y la economía política en la sociedad occidental elaborado por Walter Lippman tuvo una importante recepción en diferentes países de Europa.

⁹ Sin embargo, para Robert Castel (en Corcuff, 2014), el “estado social”, a partir de la promoción de un conjunto de “soportes sociales”, como previsión y seguridad social, pensiones y seguros, y otros dispositivos de solidaridad, constituye las bases del individualismo moderno en el orden neoliberal.

Para Lippman, la crisis debía resolverse apelando a una vía que, por un lado, revisara y corrigiera los errores del liberalismo clásico y conservador (el *laissez faire, laissez passer*) que condujeron a la crisis; pero que, por otro lado, esa solución no implicara poner límites a las libertades individuales, al despliegue de las fuerzas de ese *homo œconomicus* cuyo ímpetu había logrado transformar la condición de vida de gran parte de la población. La iniciativa comenzó a tener carácter orgánico cuando en 1938 el francés Luis Rougier convocó en París a un conjunto de personalidades que estaban pensando una vía que permitiera la renovación del liberalismo en aquel momento.¹⁰ La reunión llevó el nombre de Coloquio Lippmann en referencia al periodista norteamericano, quien el mismo año publicaría el libro *The Good Society* (Lippmann, 1944), un pormenorizado estudio sobre el estado de la economía y la política en la sociedad occidental de comienzos del siglo XX que sería el *leitmotiv* del evento. El Coloquio Lippmann fue el ensayo para la constitución en 1947 de la Sociedad *Mont Pelerin*, el primer *think tank* de ese nuevo arte para el gobierno que adquirió el nombre de “neoliberalismo” en aquella reunión de 1938.

La figura de Lippmann resulta sugestiva no solo en el contexto del origen del neoliberalismo, sino también en el origen de las reflexiones políticas, periodísticas y académicas en torno a los medios de comunicación de masas, los procesos de la opinión pública y la conformación de los

¹⁰ De la reunión participó “un importante contingente de extranjeros, entre quienes se encontraban José Castillejo (España), Marcel van Zeeland (Bélgica), John Bell Condliffe, Friedrich von Hayek, Michael Polanyi (Gran Bretaña), Michael Heilperin (Polonia), Ludwig von Mises, Alexander Rustow, Wilhelm Röpke, el Dr. [Alfred] Schütz (Escuela Austríaca), B. Hooper y Walter Lippman (Estados Unidos), profesores participantes de la Facultad de Derecho (Louis Baudin y Bernard Lavergne), de dueños racionalizadores (Louis Marlio, Auguste Detoeuf, Ernest Mercier) de la Editorial de Médicis (Marcel Bourgeois), de altos funcionarios de la administración económica (Jacques Rueff y Roger Auboin, director general del Banco de Pagos Internacionales), y finalmente los que Louis Rougier llamó “el congreso juvenil” (Raymond Aron, Étienne Mantoux, Robert Marjolin, André Piatier)” (Denord, 2001).

públicos en las formas de gobierno democráticas del siglo XX. El autor, casi veinte años antes de ser invitado por Rougier, afirmaba contundentemente que, “en sentido estricto, la crisis actual de la democracia occidental es una crisis de su periodismo” (Lippmann, 2011: 7).

Los libros *Liberty and the News* (1920), *Public Opinion* (1922) y *The Phantom Public* (1925)¹¹ constituyeron obras referenciales para los estudios en comunicación en Norteamérica y en nuestra región, en especial en los primeros momentos de las escuelas de periodismo y comunicación. Al respecto, Noam Chomsky destaca la relevancia de la figura de Lippmann como “la más respetada del periodismo norteamericano durante medio siglo” (Chomsky, 2005). El parecer de Lippman en referencia al juego de la opinión y el gobierno en la democracia se mantiene en un terreno entre una cautelosa expectativa y el escepticismo. En su primer libro, *Libertad y Prensa*, aunque crítico de la labor de la prensa, mantiene cierta expectativa en los medios de comunicación masivos y en la opinión que circula por la prensa, como el pilar que permite la ilustración del público-ciudadano en la Gran Sociedad donde

los individuos actúan y se relacionan entre sí en un entorno que ya no es el mundo visible de los hogares, sus vecindarios y sus comunidades. Es un entorno invisible del que necesitan recibir información (Lippmann, 2011: 101).

Sin embargo, las imágenes del mundo que la prensa acerca a los ciudadanos se conforma, en su mayoría, de noticias “sin requisito de fiabilidad, test de credibilidad o castigo por perjurio alguno” (Lippmann, 2011: 33).

Lippmann deja en claro, particularmente en su libro *El público fantasma*, sus cuestionamientos hacia las democracias populares, y niega la posibilidad de existencia de

¹¹ Publicados en castellano como *Libertad y prensa* (2011), *La opinión pública* (2003) y *El público fantasma* (2011).

un público omnicompetente que pueda asumir una reflexión y una acción política que permita la conducción hacia el progreso. En este contexto, la opinión está conducida por los medios de comunicación, que contribuyen a formar las imágenes del mundo en la mente de los públicos. Los gobiernos siempre advirtieron en la prensa un instrumento para establecer los consensos necesarios. Así describe Chomsky la posición de Lippmann al respecto del gobierno en la democracia norteamericana.

dice [Lippmann] que hay un nuevo arte en el método de la democracia, la manufactura del consenso. Al manufacturar el consenso, puede superar el hecho de que formalmente mucha gente tenga derecho a votar. Podemos hacerlo irrelevante, porque podemos manufacturar el consenso y asegurarnos de que sus opiniones y actitudes estén estructuradas de tal forma que siempre hagan lo que les digamos, incluso si tienen un modo formal de participar. Así tendremos una democracia real. Funcionará correctamente (Chomsky, 2005).

Sin embargo, advierte Lippmann, el logro de ese consenso depende cada vez más de la mediación de las empresas periodísticas, una actividad privada, lo que evidencia una contradicción difícil de resolver para la articulación política, ya en los inicios del siglo XX (Lippmann, 2011). Los problemas que señala son la falta de regulación de la actividad periodística, que los periodistas carecen del profesionalismo para asumir esa función y que las empresas periodísticas están manejadas por empresarios que, en no pocas oportunidades, pondrán el interés particular por sobre el interés general. Este escenario, sumado a su comprensión de que los públicos populares son fácilmente moldeados por la propaganda que circula por los medios masivos, termina de configurar el escepticismo que Lippmann guardará para la constitución de un cuerpo político para una democracia en la Gran Sociedad.

Existe en la bibliografía norteamericana todo un tratamiento de las posiciones sostenidas por Dewey y por Lippman, a las cuales se las enfrentó. Bruno Latour, en el libro *Ensamblando lo social*, recupera esta problematización y sugiere que lo que aparece tanto en Dewey como en Lippman es un compromiso por solucionar un problema central de la política que se hace visible con el surgimiento de la sociedad como categoría, que es la recomposición y amalgama de un cuerpo político que restaure la fragmentación resultante de la sociedad. A ambos autores los une la preocupación por constituir un cuerpo en constante peligro de disolución: ese fantasma que denomina Lippman para referirse a la forma en que devino el público en los albores de un siglo XX en el que se presentaba al orden liberal relevado por formas colectivistas y despóticas de gobierno.

La concepción fantasmagórica del cuerpo político descrito por Lippman es una constante que aparecerá bajo la figura del alienado por las industrias culturales o del narcotizado por los contenidos de entretenimiento de los *mass media*. Dewey, en debate con las ideas de Lippman, responde que, desde el mito del contrato social, ese fantasma siempre estuvo en riesgo de disolución. Nunca se supuso la existencia de un público como una esencia, un ser cuya vitalidad no le estuviera dada por la acción política (Latour, 2008: 231).

En este dilema constitutivo de las problematizaciones de la economía política, los nuevos medios masivos como articuladores de la opinión comenzaban a considerarse parte estratégica del problema de la disolución del público, pero, al mismo tiempo, de la solución para reconstituir el agregado humano informe, para materializar la forma fantasmagórica en un cuerpo políticoreasumiendo, en palabras de Latour, esa “hazaña imposible de la política”.

Bibliografía

- Blumler, Jay; Gurevitch, Michael y Katz, E. (1984). "Reaching Out: a Future for Gratifications Research". En Karl Rosengren, L. A. Werner, y Philip Palmgreen (Eds.), *Media Gratifications Research: Current Perspectives*. Beberly Hills: Sage.
- Castillo Castillo, José. (1996). "La era de los públicos: medios de comunicación y democracia". *Revista Estudios Políticos*, 92, pp. 77–96.
- Chomsky, Noam. (2005). "La propaganda". *Revista Chasqui*, 90.
- Dayan, Daniel. (2008). "Prefacio: Relatar al público". En *En busca del público* (pp. 13–20). Barcelona: Gedisa.
- De Fleur, Melvin y Ball-Rokeach, Sandra. (1986). *Teoría de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.
- De Moragas Spà, Miquel. (2003). *Interpretar la comunicación. Estudios sobre medios en América y Europa*. México: Gedisa.
- Denord, Francois. (2001). "Aux origines du néo-libéralisme en France". *Le Mouvement Social*, 195, (2), 9.
- Dewey, John. (2004). *La opinión pública y sus problemas*. Madrid: Morata.
- Ferry, Jean-Marc. (1998). "Las transformaciones de la ciudadanía política". En *El nuevo espacio público* (pp. 13–27). Barcelona: Gedisa.
- Foucault, Michel. (2014). *Defender la sociedad* (6.º ed.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Katz, Eliuh. (2008). "La herencia de Gabriel Tarde. Un paradigma para la investigación sobre la opinión y la comunicación". En Daniel Dayan (Ed.), *En busca del público* (pp. 317–328). Barcelona: Gedisa.
- Kohn, Margaret. (2008). "Homo spectator". *Philosophy & Social Criticism*, 34 (5), pp. 467–486. Recuperado de <https://goo.gl/dFJzz1>.
- Latour, Bruno. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.

- Lazzarato, Maurizio. (2006). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Lazzarato, Maurizio. (2007). *Biopolítica. Estrategias de gestión y agenciamientos de creación*. Cali: Fundación Universidad Central – IESCO.
- Lippmann, Walter. (2011). *Libertad y prensa*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Mattelart, Armand. (2007). *La invención de la comunicación*. Mexico: Siglo XXI Editores.
- Mattelart, Armand y Mattelart, Michel. (2010). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- McQuail, Denis. (2010). *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.
- Mondzain, Marie-José. (2007). *Homo Spectator*. París: Bayard.
- Morley, David (2008). “La ‘recepción’ de los trabajos sobre la recepción. Retorno a El Público de Nationwide”. En Daniel Dayan (Ed.), *En busca del público* (pp. 29–48). Barcelona: Gedisa.
- Nocera, Pablo. (2013). “Gabriel Tarde y las formas elementales del Espíritu Público”. En *La opinión y la multitud* (pp. 13–84). Buenos Aires: Urbanita.
- Olivesi, Stephane. (2006). “La population. Restitution d'une généalogie”. En Yves Chevalier y Catherine Loneux (Eds.), *Foucault à l'œuvre* (pp. 119–137). París: E.M.E..
- Park, Robert Ezra. (1904). “La masa y el público. Una investigación metodológica y sociológica”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 74/96(1994), pp. 361–423.
- Ramos Mejía, José. (1899). *Las multitudes argentinas*. Recuperado de Ramos Mejía, José (1904). *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad y la vida*. Buenos Aires: Félix Lajouane. Recuperado de <https://goo.gl/sHF3hr>.
- Sighele, Scipio. (1901). *La Foule Criminelle; Essai de Psychologie Collective*. Alcan: París. Tarde, Gabriel. (2011). *Creencias, deseos, sociedades*. Buenos Aires: Editorial Cactus.

- Tarde, Gabriel. (2013). *La opinión y la multitud*. Buenos Aires: Urbanita.
- Terán, Oscar. (2008). “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980”. En *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, (pp. 13-92). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Valbuena, Felicísimo. (1997). *Teoría general de la información*. Madrid: Noesis.

6

El gobierno del trabajo a través de la gestión y administración

JOAQUÍN BARTLETT¹

Introducción

Ante la polisemia de estudios inscriptos dentro de la grilla analítica de la gubernamentalidad², es importante distinguir que, en cuanto perspectiva, permite reconstruir las formas en que se problematizan esferas sociales, que, en su mismo proceso, se vuelven inteligibles y susceptibles de ser operacionalizadas bajo prácticas concretas destinadas a la “conducción de conducta” (Rose, O’Malley y Valverde, 2012). A modo “de acción sobre las acciones de los otros” (Foucault, 1988: 15), el gobierno es –antes que una relación de imposición– una relación de positividad entre programas y deseos canalizados por prácticas racionales y por la demarcación contingente de márgenes de acción que, aunque operen en diferentes planos, convergen en un campo problematizado (Castro-Gómez, 2010). En una definición mínima de gubernamentalidad, circunscribir, racionalizar y promover

¹ Universidad Nacional del Nordeste.

² Noción introducida por Foucault (2006) en sus cursos del 78 y del 79, estuvo ligada en su principio a “dar cuenta de las transformaciones sociales y políticas que se producen desde el siglo XVII y que, según el autor, supusieron un proceso de gubernamentalización del Estado” (Grinberg, 2007: 96).

son dimensiones y efectos del problematizar el poder en su tamiz positivo, es lo que para Rose (1997) conlleva la relación con un tipo de conocimiento de lo social:

Aunque todas las fórmulas de gobierno dependen de un conocimiento de lo que tiene que ser gobernado y, por supuesto, constituyen ellas mismas una cierta forma de conocimiento de las artes de gobierno, las estrategias liberales vinculan el gobierno con conocimientos positivos sobre la conducta humana desarrollados por las ciencias humanas y sociales (Rose, 1997: 28).

Conocimiento sobre las artes de gobierno que se traduce en la “reflexión sobre la mejor manera posible de gobernar” (Bröckling, 2015: 45); de modo que sistematizar y racionalizar se conjugan al intento de dar sentido operativo a la abstracción simbólica inherente a las premisas de gobierno. Premisas que no deben ser explicadas en cuanto sustrato ideológico que termina de dar sentido último a las prácticas de gobierno. No se trataría de “develar” la intención de gobernar, sino describir cómo se racionalizan y estabilizan las relaciones de poder en un momento histórico, qué tipos de saberes intervienen y demarcan un campo de acción antes poco inteligible.

Inscribir al trabajo como un problema de gobierno nos permite, en una distinción básica, delimitar aquellos aspectos vinculados de manera directa e indirecta. Con relación a los aspectos que se vinculan de manera indirecta, describiremos brevemente las dimensiones que se articularon, en el marco de la emergencia de lo social, en un orden externo atravesado por prácticas de gobierno, que, a su vez, sirvieron para la constitución de un cuerpo de trabajadores en cuanto población. Por otra parte, el problema de gobierno relacionado de manera directa con el trabajo lo suscribiremos a la emergencia de la gestión y administración como disciplina, que racionalizó los procesos de

trabajo dotándolos de una primigenia episteme, constituida por saberes prácticos y enmarcados en las disciplinas economías e ingenieriles.

El trabajo y el orden externo: la emergencia de lo social y el trabajo

El trabajo como dimensión articulada a lo social adquiere materialidad en el siglo XIX bajo la mirada atenta sobre aquellos “moralmente sospechosos” de resquebrajar una cohesión que trascendía a los propios individuos. Múltiples “ortopedias” sociales emergen en un doble sentido: como lazo social y como posibilidad de quiebre. “Una aporía fundamental en la cual la sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura” (Castel, 1997: 20). El trabajo se inscribe en esa doble figura de lo social. Tironeado en sus sentidos, al igual que la pobreza, por los “poetas de la moralización” y los “partidarios de la lucha de clase” (Castel, 1997: 269).

A decir de Coriat (1993), se inician tres cambios fundamentales para dicho periodo. El control del proceso de trabajo, en el marco del taller de oficios, se ve inclinado hacia una racionalidad sistematizada en espacio de las nuevas fábricas. La primitiva figura del artesano y sus secretos dejan paso al moderno obrero especializado, cambio fundamental de un proceso histórico que condesa la división entre concepción y ejecución del trabajo. Aspecto también señalado por Castel (1997: 334) como condición de posibilidad para la futura sociedad salarial:

Con la “organización científica” del trabajo, el trabajador no es fijado por una coacción externa sino por el despliegue de las operaciones técnicas cuya duración ha sido definida de modo riguroso mediante un cronometraje. De tal modo se elimina “el paseo” del obrero, y con él, el margen de iniciativa y libertad que el trabajador había logrado preservar. Más

aún: al hacerse simples y repetitivas las tareas parcializadas, resultaba inútil la calificación refinada y polivalente. Se le quitaba al obrero el poder de negociación que podía tener gracias al “oficio”.

Estos son aspectos importantes, pero conciernen a un campo de problematización relacionado con el espacio de trabajo en primera instancia, antes que con las dimensiones emergentes de lo social. Volveremos sobre este punto crucial en el segundo apartado.

Segundo, la producción en masa surge como norma en el proceso de acumulación; el trabajador aparece ahora como un enclave doblemente ligado al mercado en cuanto objeto del proceso y sujeto consumidor; y, por último, podemos mencionar las prácticas estatales destinadas a disciplinar y organizar la fuerza de trabajo.³

Tres fenómenos concomitantes, donde el primero se presenta como el más específico y suscripto a la organización de la fábrica como institución con plena autonomía⁴; el segundo, como un efecto de expansión y homogenización de las mercancías; y el tercero, como un marco contextual donde se cruzan instituciones subsidiarias en el marco de emergencia del liberalismo y lo social. Son instituciones destinadas a cumplir la condición de separar efectivamente a activos, semiactivos e inactivos, teniendo como eje al trabajo (Castel, 2010); instituciones que, como sabemos, suscriben formas comunes en la administración de una economía del tiempo y del espacio. “El rigor del tiempo industrial

3 “Ante todo, había que fijar en torno a las nuevas concentraciones industriales y urbanas a esas formidables masas de hombres ‘vagabundos’, campesinos expropiados de sus tierras, inmigrantes a los que el hambre y la miseria mantenían en estado de permanente insubordinación” (Coriat, 1993: 5).

4 De Gaudemar (1991) distingue tres pasajes en los modelos fabriles, que a su vez se corresponden con tipos de prácticas disciplinarias: 1) las prácticas de disciplinación extensiva (ciclo panóptico) ligadas a la “fábrica fortaleza”; 2) las prácticas disciplinarias mecánicas, donde incluimos la emergencia de la ciencia administrativa y el modelo fabril taylorista-fordista; y 3) el espacio que se abre a partir del fordismo contractualista y, posteriormente, del toyotismo.

ha conservado durante siglos un ritmo religioso”, dirá Foucault (2008: 173) al momento de describir la emergencia de las disciplinas y su acople sobre formas institucionales preestablecidas.

Las prácticas del Estado destinadas a dar un orden de lo social como nuevo emergente por fuera del ámbito fabril operaron en un plano de reforma en el marco de la consolidación del liberalismo. Vínculo no solo entendido como una doctrina político-económica, sino como un modo de racionalidad ligado al arte de gobernar, el cual funciona históricamente como “una problemática prodigiosamente fértil, un vector continuo de invención política” (Gordon, 2015: 21). El liberalismo fue, para ese momento histórico, práctica y regulación en tanto que el postulado de *laissez faire* requirió la demarcación de los espacios de intervención de la razón de Estado. En otros términos, aquellos lugares propios de intervención estatal en contrapartida con los fenómenos que se debían regir por las “leyes” del mercado. Por lo tanto, el Estado, en el marco de consolidación de liberalismo, tiene la “función esencial de garantizar el desenvolvimiento de esos fenómenos naturales que son los procesos económicos” (Foucault, 2006: 404). De ese modo, el proletariado, devenido en asalariado, “tiene en adelante mucho más que perder sus cadenas” (Castel 2010: 21), ya que la organización de la fuerza de trabajo por fuera de la fábrica constituyó un entramado de tecnologías gubernamentales de protección vinculados a él; en un sentido preciso, un entramado de tecnologías que garantizaban la reproducción social y brindaban un punto de fuga al antagonismo capital/trabajo más allá de su desarrollo en el ámbito fabril.

La emergencia de lo social se sitúa en la tensión histórica de mediados y fines del siglo XIX, que incluye la pendular relación entre mercado y Estado, con la desconfianza latente de que una mayor mediación estatal conlleve a una hegemonía de políticas socialistas. En este marco, la problematización del trabajo se vio redefinida por una serie

de tecnologías gubernamentales, como es el caso de la estadística, corroborando empíricamente la necesidad de los seguros de desempleo ante contextos de crisis, y dejando de lado el argumento de individuos desempleados por propia decisión (Donzelot, 2014).

La centralidad de la relación plural entre gobierno y trabajo por fuera del espacio constitutivo de este último (las fábricas) deviene justamente de los efectos de su ausencia. Los “improductivos” constituyeron un objeto de orden externo con relación al trabajo, que desplegó una racionalidad en torno a una economía de lo social. Donzelot, tomando como eje el núcleo familiar, describe en el mismo sentido los efectos de la mendicidad y la pobreza como impedimentos de reproducción social y de la fuerza de trabajo, al mismo tiempo que como una amenaza ante posibles revueltas; “estrategia de familiarización de las capas populares” (Donzelot, 2008: 46) que se articuló en la figura de las mujeres. Estos aspectos, en su desarrollo histórico, feminizaron campos profesionales dentro de una economía de la afectividad:

A la lógica de la *preservación para el matrimonio* debe, pues, sucederle la de la *preparación para la vida familiar*: desarrollar la formación doméstica [...], crear carreras específicas para mujeres, orientadas a prepararlas positivamente para la vida familiar; evitar que las obreras caigan en la prostitución; y, por último, reducir la rivalidad entre hombres y mujeres inscribiendo las carreras sociales femeninas como una prolongación de sus actividades domésticas (Donzelot, 2008: 45).

Las formas en que la cuestión social se volvió tangible son heterogéneas en sus prácticas de gobierno, no así en sus efectos de dotar de estabilidad a diferentes órdenes de interacción: madre e hijo, docente y alumno, juez y delincuente. Un orden exterior al trabajo vinculado por sus insuficiencias y tensiones en la constitución de las poblaciones como objeto, exterior a la relación nodal dada por el salario, pero que tuvo como objetivo (explícito o no) la delimitación

de campos de acción para el Estado. Por otro lado, dejaba un espacio que debía ser gobernado bajo sus propias lógicas de problematización: las fábricas.

El espacio fabril, en su delimitación, requirió de una racionalidad de gobierno que estuviera sujeta a un saber particular, a formas específicas de intervención y relación, con autonomía suficiente para especular, experimentar y sistematizar experiencias ligadas a la acción administrativa. Por fuera de ello, los problemas ligados al trabajo no fueron, en esencia, un aspecto unívoco y constitutivo de lo social y sus formas de gobierno, pero sí (y a medida que la relación salarial adquiría centralidad) se volvieron un punto más de apoyo por el cual problematizar campos de injerencia. De ese modo, trabajo y familia, trabajo y delito, trabajo y pobreza, trabajo e higiene, por ejemplo, fueron nodos por los cuales lo social fue tratado en parcelas reductibles a formas de gobierno.

El trabajo y el orden interno: la construcción de una disciplina

Como describimos en el primer apartado, el trabajo funcionó como uno de los ejes por los cuales lo social pudo ser suscripto a diferentes ámbitos de problematización e intervención. Pero, a su vez, el trabajo como relación social típica del capitalismo se vio interpelado desde diferentes campos teóricos que lo fueron delimitando y dotando de especificidad. Desde sus inicios, la disciplina de gestión y administración se vincula a ello, y adquiere centralidad por relacionarse estrechamente con un espacio, un sujeto y una acción: la fábrica, el trabajador y el proceso de trabajo. Creemos que problematizar a la gestión y administración del trabajo desde el enfoque de la gubernamentalidad y racionalidad de gobierno habilita la posibilidad de preguntarse por las condiciones de emergencia del trabajo, esto

es, por qué aspectos se articularon para que el trabajo se volviera una realidad plausible de ser objetivada teóricamente. En otros términos, nos permite preguntarnos por el trabajo como objeto necesario de intervención o regulación, como terreno con actores de acciones más o menos predecibles y eje articulador de otras esferas sociales. Nos vincula también con algunas características de la gestión del trabajo, producto de una configuración determinada: la división entre control y propiedad del capital en la emergencia de las grandes industrias de fines del siglo XIX.

Mientras que la empresa moderna ganaba en dimensiones, la complejidad de su gestión y administración se veía interpelada por la necesidad de profesionalización y racionalización teórica de sus tareas. A partir de obras como *Principles of Scientific Management* (publicado en 1911 por Frederick Taylor) y *General and Industrial Management* (publicado en 1929 por Henri Fayol), el naciente campo disciplinar tenía como territorio central a las fábricas, y se concentraba en racionalizar los procesos productivos imperantes que luego se traducirían en “escuelas” y “estilos” administrativos, como el conocido ejemplo del fordismo. Las características y premisas industriales de especialización, división del trabajo, control por tareas pueden ser rastreadas en dichos textos. Y justamente por estas mismas dimensiones es por lo que se puede describir a este tipo de teorizaciones como racionalidades centradas en los aspectos técnicos del proceso productivo; en partes diferentes, a los procesos de reglamentación de los espacios fabriles destinados a disciplinar el cuerpo de trabajadores, antes que ajustar el proceso productivo a un estricto orden espacio-temporal.

Se trata a la vez de distribuir a los individuos en un espacio en el que es posible aislarlos y localizarlos; pero también de articular esta distribución sobre un aparato de producción que tiene sus exigencias propias. Hay que ligar la distribución de

los cuerpos, la disposición espacial del aparato de producción y las diferentes formas de actividad en la distribución de los “puestos” (Foucault, 2008: 168).

La descripción de Foucault responde a una de las formas de caracterizar la emergencia histórica de las disciplinas, pero ¿de dónde proviene la especificidad del problema de la división y distribución del trabajo para la gestión y administración? Si bien cronológicamente la publicación de *Shop Management* por parte de Taylor en 1903 es considerada una de las obras pioneras de la administración y gestión, sus conceptualizaciones teóricas pueden encontrarse en la obra del matemático inglés Charles Babbage, que publica *On the Economy of Machinery and Manufactures* en 1832. El libro de Babbage (1846) encontró una rápida difusión por ser uno de los primeros en recopilar información empírica de los procesos de trabajo y, además, por generar polémica al exponer los “secretos” del comercio.⁵

A su vez, el principio de división del trabajo introducido por Babbage se funda en los postulados de Adam Smith sobre las ventajas del trabajo: incremento de destrezas del obrero, ahorro del tiempo y el avance tecnológico que permite a cada obrero producir más. La continuidad que describe Braverman (1981) entre Smith y Babbage está dada por el nivel de profundidad en el análisis del proceso de trabajo y la creación del trabajo fragmentado. En otros términos, la capacidad de cálculo por trabajo realizado adquiere precisión mientras más simple sea cuantificarlo. Y como consecuencia:

⁵ Polémica que el mismo Babbage se encarga de aclarar en el segundo prefacio de su libro: “Me ha sido objetado que he expuesto demasiado libremente los secretos del comercio. Los únicos secretos reales del comercio son la industria, la integridad y el conocimiento: a los poseedores de estos, ninguna exposición puede ser perjudicial; y nunca dejan de producir respeto y riqueza” (Babbage, 1846: VIII, traducción propia).

Traducido en términos de mercado, esto significa que la fuerza de trabajo capaz de ejecutar el proceso puede ser comprada más barata en forma de elementos disociados que como capacidad integrada en un obrero en singular (Braverman, 1981: 103).

Si con Adam Smith el trabajo adquiere centralidad en cuanto objeto en un nuevo campo epistemológico dado por la economía, con Babbage se empiezan a profundizar en el marco de la división del trabajo las líneas que relacionan tiempo con especialización, especialización con profesionalización y aumento de capacidades:

La repetición constante del mismo proceso necesariamente produce en el obrero un grado de excelencia y rapidez en su área particular que nunca posee una persona que está obligada a ejecutar muchos procesos diferentes (Babbage 1846: 172).⁶

Mismo argumento introducido por Adam Smith: la división del trabajo no solo trae beneficios productivos y de rentabilidad, sino también potencia las habilidades del trabajador al especializarlo en un número reducido de tareas. El problema de la eficiencia del trabajo también se inscribe en la relación obrero-herramienta. Siguiendo la lógica de Babbage, tareas repetitivas llevan a un mejor conocimiento por parte del trabajador del uso de máquinas y herramientas involucradas en el proceso de trabajo. Esto es un aspecto importante dado el contexto de innovación tecnológica, pero también, y en un sentido más estricto, la simplicidad de las tareas a realizar con herramientas le permitirían una mayor concentración.

Entonces, tanto para Smith como para Babbage tenemos dos beneficios concretos de la división del trabajo, uno que actúa como argumento justificativo y efecto concreto en el plano del trabajador, con el aumento de habilidades,

⁶ Traducción propia.

especialización y profesionalización; por otro lado, una línea conceptual que actúa a nivel de los procesos de trabajo, permitiendo un mejor cálculo en la retribución de la fuerza de trabajo e introduciendo una serie de problemáticas relacionadas, como el ejercicio del mando. Sumado a esto, la división del trabajo se configura como un arquetipo de la modernidad, en el sentido de que, antes que una tecnología de cálculo, es presentado como un tipo de racionalidad que consiente, promueve y habilita la innovación y la creatividad en los trabajadores:

Me limitaré a observar, entonces, que la invención de todas esas máquinas que tanto facilitan y acortan las tareas derivó originalmente de la división del trabajo. Es mucho más probable que los hombres descubran métodos idóneos y expeditos para alcanzar cualquier objetivo cuando toda la atención de sus mentes está dirigida hacia ese único objetivo, que cuando se disipa entre una gran variedad de cosas (Smith, 1994 [1776]: 39).

Estas premisas tuvieron un marco de difusión y aplicación específico dentro de la sociedad estadounidense de ingenieros mecánicos, que empieza a publicar para fines del siglo XIX una serie de artículos que retoman la gestión y administración del proceso de trabajo como objeto de estudio. La preocupación del campo ingenieril por el proceso de trabajo está inscripto en la utilización eficiente de los recursos (más allá de su lógica de imbricación en el terreno fabril como disciplina de constante innovación en el contexto de la Revolución Industrial), en un problema de eficiencia entre los procesos diseñados, en las tecnologías involucradas, y en la correcta adecuación del trabajador entre esos dos aspectos. De ahí que la convergencia entre ingeniería y economía terminarían siendo en parte las disciplinas fundacionales de gestión y la administración.

El mayor problema para el ingeniero ha dejado de ser cómo hace las cosas, porque eso es algo que sabemos, sino que es cómo hacerlo a un bajo costo; se trata entonces de un problema fundamentalmente de la economía (Towne, 1905: 8).⁷

El ingeniero es, por la naturaleza de su vocación, un economista. Su función no es solo diseñar, sino también diseñar para asegurar el mejor resultado económico (Taylor, 1919: 7).⁸

The Engineer as an Economist, de Henry R. Towne, es un ejemplo de la incipiente gestión y administración, y de sus preguntas por el proceso y combinación eficiente de recursos. Sentadas las bases de los beneficios en diferentes planos de la división del trabajo y la extensión de su práctica, el texto de Towne es una muestra de la incorporación no solo de los consabidos favores de dividir el trabajo “de acuerdo con las cualificaciones personales” de modo que cada trabajador esté lo “mejor equipado”, sino también de la necesidad de cálculo para la formación del trabajador: “el menor tiempo de instrucción para el trabajo subdividido reduce el período de tutela a salarios más bajos” (Towne, 1886: 20). Lo que tenemos para principios de siglo XX en el campo industrial de Estados Unidos es una embrionaria red conceptual que incluye procesos de evaluación de rendimiento, tipos y ejercicios de mando, aprendizaje y cálculo del salario. Conceptos que en 1914 ya se engloban bajo el título de “sistema taylorista” o “scientific management”, publicados en su gran mayoría por la American Society of Mechanical Engineers (Thompson, 1914).

Para este mismo periodo, la autonomía de la gestión y administración como disciplina gana espacios en las universidades estadounidenses, impulsada por empresarios como Joseph Wharton, fundador de la Escuela Wharton y promotor de los primeros cursos dentro de la Universidad

⁷ Traducción propia.

⁸ Traducción propia.

de Pensilvania. La Escuela Wharton es un buen ejemplo de las denominadas “escuelas de negocios”, hoy reunidas en la Fundación Global para la Educación Administrativa (GFME, por sus siglas en inglés), centros educativos que empezaron a agrupar a la creciente ramificación de tecnologías empresariales: administración, contabilidad, economía, mercadotecnia.

Si en su desarrollo histórico las escuelas de negocios se convirtieron en las instituciones por excelencia en la transmisión de saberes y valores ideológicos capitalistas (Boltanski, Chiapello, 2002), se debió en parte al segmentado cuerpo de estudiantes con que contaron desde su inicios, constituido por cuadros gerenciales y ejecutivos en actividad o con perspectiva de insertarse en la dirección de las empresas. Por último, las escuelas de negocios se constituyeron por dentro de las universidades, generando lazos de dependencia económica y de estructura académica y compartiendo cursos y seminarios comunes (Grey, 2004).

El orden interno: problemas y prácticas

Decíamos anteriormente que los métodos de racionalización de los procesos de trabajo estuvieron articulados inicialmente por las disciplinas económicas e ingenieriles. Su espacio de gobierno (Rose, 2007), suscripto a las fábricas, tuvo como problema la búsqueda de eficiencia y, con ello, el desarrollo heterogéneo de tecnologías, sobre todo aquella referida al cálculo exacto entre salario y trabajo.

De igual modo, la búsqueda de eficiencia se vinculó a un orden valorativo mayor, emplazado en los principios de progreso y grandeza de una nación. Por ejemplo, el empresario e ingeniero Towne, prologando el libro *Shop Management* de Taylor, destacó el liderazgo de Estados Unidos como nación que ejemplificaba los ideales de progreso y eficiencia industrial. Las premisas de progreso

nacional y eficiencia industrial fueron, dentro de la American Society of Mechanical Engineers, un lugar común de justificación argumentativa, también para postular la utilidad de la naciente ciencia administrativa. Esta asociación nucleó a Taylor y a la gran mayoría de ingenieros que empezaron a sistematizar las prácticas de gestión en las fábricas a partir de experiencias en otras instituciones, como es el caso de Frank Gilbreth, que inició el estudio de tiempos y movimientos teniendo como objetivo la forma más rápida y segura para desarmar y armar fusiles para la Primera Guerra Mundial. Varios de los escritos de Gilbreth fueron en coautoría con su esposa Lillian Gilbreth⁹, pionera en el campo de la psicología industrial, línea teórica que se profundizaría años después con las publicaciones de Elton Mayo, con base en los conocidos experimentos de Hawthorne y la búsqueda de relación entre productividad y satisfacción del trabajador.

El estudio de tiempos y movimientos constituyó la base empírica sobre la cual la gestión y administración iría adquiriendo validez científica. Los procesos productivos en los cuales se llevaban a cabo los relevamientos fueron diversos. Promovidos desde la American Society of Mechanical Engineers, los ingenieros empezaron a realizar registros de diversas formas, previa sistematización y generalización de las tablas de doble entrada de Taylor, donde también se debían registrar los promedios por los cuales comparar y estandarizar los rendimientos. Por su parte, Frank Gilbreth innovó en el registro al ser el primero en filmar procesos de trabajo.

Entre Taylor y los Gilbreth se pueden marcar varias diferencias. La primera y más explícita se concentra en la representación del tipo de trabajador industrial. Son

⁹ Gilbreth, Frank y Gilbreth, Lillian. *Scientific Management in Other Countries than the United States*. (1924). Chicago: Society of Industrial Engineers.

Gilbreth, Frank y Gilbreth, Lillian. *The Quest of the One Best Way*. (1924). Chicago: Society of Industrial Engineers.

conocidas las descripciones del obrero “evasivo” referidas en *Shop Management* y luego retomadas en *The Principles of Scientific Management* por parte de Taylor. En resumen, se trataba no solo de un obrero por naturaleza holgazán, sino de un obrero que también tenía conciencia de ello al punto de escatimar esfuerzo de manera metódica. En términos de Taylor, un tipo de “holgazanería innata” y otra “sistemática”¹⁰. Opera aquí un orden diferente de justificación de aquella búsqueda de grandeza y prosperidad nacional, se trata de la identificación de una suerte de obstáculo que la nueva ciencia de la administración venía a sortear. Pero, como describimos anteriormente, la búsqueda de eficiencia en la gestión y administración también redundaba en beneficios para el trabajador, al especializarlo y profesionalizarlo. En este punto, el obrero y sus “holgazanerías” tendrían una solución sistematizada, asegurando su “máximo de prosperidad” al igual que los patrones:

El principal propósito de la administración debería consistir en asegurar el máximo de prosperidad al empleador [...], grandes dividendos [...], desarrollo de cada rama del negocio a su más alto grado de perfección [...]; de la misma manera, el máximo de prosperidad para cada empleado, [que] significa no solo salarios más altos que los que reciben comúnmente los hombres de su clase, sino también, y esto es aun de mayor importancia, el desarrollo de cada hombre a su estado de máxima eficiencia, de manera que pueda efectuar, en la forma más eficiente posible, el trabajo más apropiado a su capacidad natural (Taylor, 1969 [1911]: 11).

¹⁰ “Esta holgazanería o simulación del trabajo proviene de dos causas. Primero, del instinto y la tendencia natural de los hombres a despreocuparse y buscar la comodidad, lo cual podría denominarse ‘holgazanería innata’. Segundo, de razonamientos más o menos confusos nacidos de sus relaciones con otros obreros, lo cual podría ser denominado ‘holgazanería sistemática’” (Taylor, 1969 [1911]: 17).

Que la gestión y la administración se terminaran convirtiendo en el eje articulador y punto de apoyo de dos actores antagónicos terminaría siendo una premisa que, un siglo después, todavía puede encontrarse en los textos de gestión y administración. El axioma de intereses comunes hoy adquiere sentido a partir no ya de un valor común dado por la eficiencia o la grandeza de una nación, sino más bien a partir de la noción de *interés*. Este reconocimiento de un trabajador¹¹ con propósitos fue, en última instancia, consecuencia de las figuras ligadas al emprendedurismo y las teorizaciones sobre el capital humano.

Con los Gilbreth el problema de la eficiencia adquiere una mayor complejidad, al ser vinculado al campo de la salud y las tensiones presentes entre el mundo laboral y la vida familiar. Lo que para Taylor es un problema de naturaleza del obrero se traduce en el estudio del agotamiento que genera el uso incensario de movimientos, es decir, en un problema de cálculo en el proceso. De ahí la propuesta de diecisiete movimientos básicos para realizar cualquier tipo de tarea, los conocidos movimientos *therbligs*¹²; en un plano más amplio, se reconoce la heterogeneidad en los

¹¹ Palabra que fue desapareciendo de los textos de gestión, siendo suplantada por conciliadores términos, como “colaborador”, “asociado” o el genérico “persona”.

¹² Los movimientos son: buscar, seleccionar, tomar, alcanzar, mover, sostener, soltar, colocar en posición, precolocar en posición, inspeccionar, ensamblar, desensamblar, usar, demora inevitable, demora evitable, planear y descansar. Cada uno de estos movimientos llevaron el nombre de “*therbligs*” (Gilbreth al revés).

efectos que genera el proceso de trabajo¹³, agregando una correlación entre fatiga y productividad, donde Taylor veía holgazanería y los Gilbreth encontraban compromiso.

También surgen las primeras nociones de “retribución” simbólica (hoy teorizada como salario emocional) al agregar al proceso de trabajo dimensiones como la motivación y la satisfacción. Si bien de manera difusa, se apela a un compromiso por parte del trabajador, que va más allá de la ecuación taylorista productividad-salario. Con los Gilbreth el compromiso y la responsabilidad son *disposiciones cuantificables* que se relacionan más allá del ámbito fabril:

Los trabajadores del país han reconocido desde hace tiempo la necesidad de eliminar la fatiga; los empleadores se están dando cuenta de que están pagando un alto precio por la fatiga. Muchos empleadores han resuelto que, en lo que respecta a sus plantas, debe eliminarse la fatiga innecesaria. Han resuelto que llegará el día en que cada trabajador se irá a su casa del trabajo feliz con lo que ha hecho, con la menor cantidad de cansancio innecesario, y preparado para regresar en perfectas condiciones al día siguiente. Cuán pronto llegará este tiempo tan deseado depende de la cooperación del público, del sentimiento público que pueda despertarse (Gilbreth, 1919: 158).¹⁴

Si bien el campo de la administración científica del trabajo de Taylor y sus colegas, reunidos en la American Society of Mechanical Engineers, ya se presenta como hegemónico en las fábricas de principio de siglo XX, por lo menos en lo que hace a Estados Unidos y Europa, la

¹³ “Una multitud de trabajadores sale de la fábrica después del trabajo del día. Algunos se apresuran a casa; otros caminan a un ritmo pausado. Algunos se mueven lentamente y con esfuerzo. Algunos tienen sus cabezas hacia atrás y una expresión satisfecha en sus caras. Otros tienen sus cabezas inclinadas hacia delante, y se ven como si la vida no valiera la pena. ¿Cuál es la diferencia entre los miembros de este grupo? Principalmente, una cuestión de fatiga. La fatiga es el efecto secundario del trabajo” (Gilbreth, 1919: 4, traducción propia).

¹⁴ Traducción propia.

corriente de la gestión y administración encontraría en el ingeniero francés Henri Fayol otro punto de problematización relacionado con el proceso administrativo.

La propuesta de Fayol es, en comparación con la escuela norteamericana, integradora en lo que respecta a la descripción y necesidad de racionalizar más allá de la ejecución del trabajo. Lo que se termina de cristalizar en los textos de Fayol es la dinámica empresarial subdividida en áreas¹⁵ o funciones, donde se empieza a teorizar y describir de manera novedosa lo que hoy conocemos como área de recursos humanos. Bajo las operaciones administrativas, se pueden encontrar, por ejemplo, tareas de formación y selección de personal. De manera taxativa, Fayol (1969: 150) enumera las cualidades que todo trabajador debe tener (físicas, intelectuales, morales, de cultura general, de conocimientos especiales, experiencia), y estos elementos servirían para proposiciones ideales; no así las operaciones administrativas que entrarían en un problema de cálculo ligado a la posición de cada trabajador. Por ejemplo, sobre un valor total de 100, Fayol asigna para un jefe de taller 25 puntos de capacidad administrativa y 45 de capacidad técnica.¹⁶ Lógicamente, la variación de puntajes en capacidades técnicas decrece a medida que las capacidades administrativas aumentan. La construcción de estos modelos de capacidades no solo permite la posibilidad de una mejor distribución de tareas, sino que también permiten, sobre todo para niveles por

¹⁵ Fayol entiende la gestión y administración como la práctica concreta de cinco operaciones básicas: 1) técnicas; 2) comerciales; 3) financieras; 4) de seguridad; 5) administrativas. Funciones que, en las novedosas escuelas de negocios, adquirían un tipo de formación específica a partir de disciplinas clásicas, como la contabilidad o ingeniería y las recientes titulaciones en administración de empresas.

¹⁶ Completando el valor total: 5 puntos de capacidad comercial, 0 puntos de capacidad financiera, 10 puntos de capacidad de seguridad y 15 puntos de capacidad contable.

arriba del operativo, la prescripción de habilidades, saberes y experiencias. También ejemplifica lo que es para Fayol una subestimación de la capacidad administrativa.¹⁷

Por último, la escuela administrativa francesa reunida en el Centre d'Études Administratives¹⁸, que Fayol lideraba, emprendió el abordaje de la administración para el ámbito del Estado. No tenía del todo en sus principios las tensiones inherentes al campo de lo que después se denominó “*new public management*”¹⁹. Es decir, no se trataba de reformular la relación Estado-sociedad a partir de la mediación del mercado y de políticas de activación ciudadana. Más bien se trataba de los primeros intentos de trasladar y optimizar los principios administrativos que guiaban la escuela fayolista a la esfera pública en puja con el modelo burocrático. Taylor y Fayol compartían el anhelo de una disciplina administrativa de carácter universal. Pero fue este último quien explicitó la necesidad de introducir las premisas administrativas que emergían de las experiencias empresariales al ámbito del Estado.

La opinión pública puede ser encaminada hacia las reformas por el conocimiento de los principios y normas de la doctrina administrativa, y la difusión de esta puede ser ayudada mediante su enseñanza en las escuelas superiores. Pero el efecto sería demasiado lento. Podría acelerarse aplicando inmediatamente el método administrativo en todos los servicios públicos (Fayol, 1969 [1916]: 342).

¹⁷ “Tienen la finalidad de llamar la atención pública sobre la importancia de la función administrativa en las empresas industriales”, aclaraba Fayol (1969 [1916]: 158).

¹⁸ La otra asociación francesa en el campo de la administración postulaba los principios tayloristas y se denominaba Conference de l'Organisation Française. Era conducida por el ingeniero Charles de Fréminville.

¹⁹ Para un abordaje desde la perspectiva de la gubernamentalidad sobre el *new public management*, ver Botticelli, S. (2017), *La impronta neoliberal en el new public management: gobernar a través del mercado*. Trab. soc. [online]. N.º 29, 677-692.

Consideraciones finales

La aspiración de Taylor y Fayol, como de otros pioneros del campo de la administración, estaba vinculada a la posibilidad de llevar las prácticas de gestión a la mayoría de las esferas sociales. Podemos arriesgar que dicho deseo se fue cumpliendo progresivamente. Un signo de lo anterior es la diseminación de ofertas académicas ligadas al campo de la gestión, que superaron ampliamente su marco de origen dado por la empresa. Cultural, salud, educación son algunos ejemplos de los espacios sociales en los cuales la gestión y administración se introdujo como un tipo particular de racionalidad.

Lo que podemos denominar como “racionalidad administrativa” estuvo en sus inicios vinculado a dos espacios particulares de saber: la economía y la ingeniería. En resumen, el primero lo dotaría de las teorizaciones alrededor de la división del trabajo, por el cual se irían hilando y ramificando las dimensiones de abordaje y los problemas inherentes al tiempo y el movimiento. El segundo campo brindaría el terreno práctico y empírico donde el espíritu de experimentación y luego formas uniformes de relevamiento harían de la administración una creciente disciplina que adquiriera científicidad y legitimidad de intervención en el gobierno de la empresa. Se trataba del análisis del sujeto en su dimensión productiva, en la descomposición de sus acciones en pos de una articulación con procesos y objetos. De manera progresiva, la constante complejización de la nueva disciplina corrió de la mano de la delimitación y descripción de un sujeto trabajador que dejaba sus artilugios de holgazanería taylorista para adquirir motivaciones propias. La teoría de la gestión y administración nunca negó la capacidad racional del sujeto, la diferencia reside en cómo se problematizó el fin último de esa racionalidad: el pasaje de un valor negativo (trabajador holgazán) a otro positivo (trabajador motivado). No podemos establecer una línea directa que parte de ese sujeto racional al actor que administra su

capital en la teoría del capital humano, pero sí por lo menos una mínima relación que tendió a profundizarse, en la cual “el individuo aparece aquí [...] como institución económica cuya permanencia, como en una empresa, depende de una multiplicidad de actos de elección” (Bröckling, 2015: 102). Estar motivado, involucrarse y “sentirse parte” es una elección del trabajador, que fue adquiriendo relevancia a medida que las técnicas de administración brindaban herramientas para gobernar esa libertad.

En este punto es en donde las prácticas de gobierno adquieren, dentro de la gestión y administración, unas primeras y rudimentarias formas de positividad, ya no relacionada con beneficios abstractos de las naciones industriales, sino más bien con la activación del sujeto trabajador como responsable de sus propios éxitos y fracasos. El pasaje que se da dentro del corto periodo de expansión y consolidación de la gestión como disciplina es, en sí, un movimiento que va de racionalizar las dimensiones técnicas a racionalizar los aspectos simbólicos en los procesos de trabajo y el trabajador. En otros términos, de gestionar la relación sujetos-objetos (obreros y máquinas) a gestionar el vínculo con uno mismo (el trabajador y su liderazgo, preocupaciones, formas de comunicarse, su cultura, etc.). Lo que hoy conocemos como “coaching”, o tecnologías similares, no es más –ni menos– que aspectos derivados de aquellas primeras problematizaciones en torno a los intereses del trabajador: prácticas subsidiarias a los procesos de trabajo y de acumulación.

Fuentes

Taylor, Frederick (1969) [1911]. *Principios de la administración científica*. Buenos Aires: El Ateneo.

- Fayol, Henri (1969) [1916]. *Administración industrial y general: previsión, organización, mando, coordinación, control*. Buenos Aires: El Ateneo
- Scientific Management in Other Countries than the United States (1924); The Quest of the One Best Way (1924).
- Babbage, Charles. (1846). *On the Economy of Machinery and Manufactures*. London, J. Murray. Recuperado de <https://goo.gl/4yfeaA>.
- Smith, Adam (1994) [1776]. *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editores. Recuperado de <https://goo.gl/hAhXHh>.
- Towne, Henry (1905). *The Engineer as an Economist: An Address Given at the Commencement Exercises of the Thomas S. Clarkson Memorial School of Technology* Collección americana. Recuperado de <https://goo.gl/9ahuuh>.
- Taylor, F. (1919). *Shop Management*. Harper Brothers. Recuperado de <https://goo.gl/xYSJ2Y>.
- Thompson, Clarence (1914). *Scientific Management. A Collection of the More Significant Articles Describing the Taylor System of Management*. Cambridge, Harvard University Press. Recuperado de <https://goo.gl/Rx6kwy>.
- Gilbreth, Frank y Gilbreth, Lillian (1919). *Fatigue Study. The Elimination of Humanity's Greatest Unnecessary Waste: A First Step in Motion Study*. Londres: George Routledge. Recuperado de <https://goo.gl/c3dNd6>.

Bibliografía

- Benjamin, Coriat (1993). *El taller y el cronómetro. Essay sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Madrid: Siglo XXI.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.

- Braverman, Harry (1981). *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en siglo XX*. México Distrito Federal: Editorial Nuestro Tiempo.
- Bröckling, Ulrich (2015) *El Self Emprendedor. Sociología de una forma de subjetivación*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Castel, Robert (1997). *La gestión de los riesgos: de la antipsiquiatría al post-análisis*. Barcelona: Anagrama.
- Castel, Robert (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Castel, Robert (2010). *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castro-Gómez, Santiago (2010). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Donzelot, Jaques (2014). "Lo social competitivo". *Fronteras*. N.º 8. pp. 17–30.
- Donzelot, Jaques (2008). *La policía de las familias*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Foucault, Michel (2008), *Vigilar y castigar*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2008). *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1988). "El sujeto y el poder". En *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 50, N.º 3, pp. 3-20. Recuperado de <https://goo.gl/y8bBkN>.
- Foucault, Michel (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gaudemar, Jean Paul (1991). *El orden y la producción. Nacimiento y formas de la disciplina de fábrica*. Madrid: Editorial Trotta.

- Gordon, Colin (2015). "Racionalidad gubernamental: una introducción". *Nuevo Itinerario Revista Digital de Filosofía*, Vol. 10. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste.
- Grey, Christopher (2004). "Reinventing Business Schools: the Contribution of Critical Management Education". *Academy of Management Learning and Education*, Vol. 3, pp. 178-186
- Grinberg, Silvia Mariela (2007). "Gubernamentalidad: estudios y perspectivas". *Revista Argentina de Sociología*, Vol. 5 (8), pp. 97-112. Recuperado de <https://goo.gl/LPA6-R9>.
- Polanyi, Karl (2011). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestros tiempos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rose, Nikolas (1997). "La Epidemia Neoliberal: El gobierno en las democracias liberales 'avanzadas': del liberalismo al neoliberalismo". *Archipiélago: Cuadernos de Crítica de la Cultura*, N.º 29, pp. 25-40.
- Rose, Nikolas (2007). "¿La muerte de lo social? Reconfiguración del territorio de gobierno". *Revista Argentina de Sociología*, N.º 8 (5), pp. 111-150.
- Rose, Nikolas; O'Malley, Pat y Valverde, Mariana (2012). "Gubernamentalidad". *Astrolabio*, N.º 8, pp. 113-152.

